

En el nombre de Dios, el Compasivo, el Misericordioso

Anecdótico

Ayatullah Morteza Mutahari

Biblioteca Islámica Ahlul Bait (P)

Título original: *Dastón Rastón*

Autor: Ayatullah Morteza Mutahari

Traducción: Luqmán Abu Mahmud Colmenero

Edición digital: Biblioteca Islámica Ahlul Bait (P)

www.biab.org
correo@biab.org

Introducción

Morteza Mutahari, el autor de la presente obra, nació el 2 de febrero de 1919 en un pueblo del Jorasán (Noroeste de Irán) y falleció el 2 de mayo de 1979 en Teherán, asesinado por miembros de un grupúsculo contrarrevolucionario, algunos meses después de la victoria de la revolución islámica.

Estudió durante dieciséis años literatura, filosofía, jurisprudencia, y otras disciplinas islámicas en la ciudad religiosa de Qom y luego enseñó filosofía y ciencias religiosas en la Universidad de Teherán.

Su actividad política contra el régimen del Shah le supuso ser arrestado en diversas ocasiones por la demasiado célebre Savak, luego fue prohibida su audiencia. Jugó por lo tanto un papel fundamental en el proceso de instauración de la revolución islámica. Especialmente en la sensibilización y la movilización de grupos religiosos y de estudiantes, en estrecha colaboración con Imam Jomeini.

Autor de más de cuarenta obras, esencialmente en el dominio de la filosofía y de la sociología islámicas y comparadas, puede ser considerado con justicia como uno de los precursores del renacimiento del pensamiento islámico en el mundo contemporáneo.

El Islam ha llevado el luto de su desaparición. El Imam Jomeini dijo con ocasión de su martirio: “...*He perdido un hijo muy querido: mi luto es por alguien que se encontraba entre los defensores del fruto de mi existencia. (...) Mutahari era una parte de mi ser*”.

Dostón Rostón, libro del que presentamos aquí al lector la traducción del primer volumen, es una obra un poco aparte en la obra de Morteza Mutahari, y no se trata de un texto filosófico ni de un análisis sociológico o histórico. Se trata aquí de una colección de relatos tomados no solamente de los libros de *hadiz* (episodios de la vida del Profeta (PBd) o de los Imames de su descendencia (P) sino también de diversos libros de historia, relatando anécdotas de personalidades notables, célebres o desconocidas, musulmanas o no.

El objetivo del autor, como explica en el prólogo de la edición iraní, era contribuir a la guía y a la educación moral con historias instructivas, escritas en lenguaje simple, accesible a todos. La ética (*Ajlaq*) o ciencia del comportamiento, es una rama fundamental de la religión islámica, es a esta rama que se refiere *Dostón Rostón*, bajo la forma no de una exposición, sino de relatos verídicos transmitidos de fuentes seguras.

Como él mismo dice, Morteza Mutahari no ha añadido a estas historias ninguna moraleja, esforzándose hasta en la elección de los títulos, para no apuntar hacia ninguna conclusión, con el fin de dejar esta tarea a manos del lector e incitarle a la reflexión. Pues es bien evidente que el objetivo de estos relatos no es únicamente distraer al lector, sino inspirar en él el respeto a ciertas actitudes, a ciertos valores éticos y de hacer que éstos influyan en su propio comportamiento.

A modo de conclusión, evoquemos la referencia de esta obra al Santo Corán en los términos de su autor:

“La utilización que hemos hecho del Santo Corán descansa en el principio mismo de la redacción de esta obra, pues el Corán es el primer libro que ha incluido un ‘Relato de los Verídicos’ en sus altas enseñanzas, en el diseño de la guía y de la educación social de la humanidad”.

Anecdótico

El Corán evoca así este aspecto educativo:

«Ellos son quienes Dios ha dirigido. Sigue tú su dirección»

Corán 6:90

Entre las obras de Mutahari se encuentran: *Los principios de la filosofía y el método del realismo; La Justicia Divina; Los derechos de la mujer en el Islam; Las causas de la atracción por el materialismo; El hombre y el Destino; La cuestión del «hiyáb»; Las revoluciones islámicas a lo largo de los últimos cien años; Iniciación a las ciencias islámicas (lógica, filosofía, dialéctica, mística, principios de jurisprudencia, sabiduría práctica); Iniciación al Corán; La usura, la banca, el seguro; Filosofía de la Ética, etc.*

1 - El Profeta Muhammad y los dos círculos de creyentes

El Profeta (PBd) entró en la Mezquita de Medina¹ y su mirada se posó sobre dos grupos, cada uno de los cuales formaba un círculo. Uno de ellos se dedicaba a prácticas de adoración y *dikr* (recuerdo) de Dios, el otro a la enseñanza y al estudio.

El Profeta (PBd), recorriéndolos con la mirada, se regocijó y se alegró al verlos: *-Estos dos grupos hacen buenas obras y están en el camino del bien y de la felicidad-* dijo volviéndose hacia a aquellos que le acompañaban, después añadió: *-He sido enviado sobre todo para enseñar y para instruir-*. A continuación se dirigió al grupo de aquellos que se afanaban en el estudio y la enseñanza y se unió a su círculo.

2 - El hombre que pidió ayuda

Meditando sobre su pasado cargado de penas, recordaba los días amargos y llenos de aflicción que había pasado, en los que ni siquiera podía asegurar la subsistencia diaria a su esposa e hijos. Y meditaba sobre la manera en que esta corta frase, nada más que una frase, le vino al oído en tres ocasiones, le fortaleció el espíritu y cambió el curso de su existencia, salvándole a él y a su familia de la pobreza y de la miseria que les abrumaba.

Era uno de los compañeros del Profeta (PBd) y la pobreza y la indigencia habían hecho presa en él. Sintiendo desesperado, finalmente, un día decidió, tras haber consultado con su mujer y aconsejado por ésta, ir a exponer su situación al Profeta (PBd) y pedirle ayuda económica.

Salió pues con esta intención. Pero no había presentado todavía su petición cuando la siguiente frase le llegó al oído: *“Ayudamos a quienquiera que nos pida ayuda, pero Dios eliminará la necesidad de quien disimule la dificultad y se abstenga de tender la mano ante una criatura”*.

Volvió a su casa aquel día sin haber dicho una palabra y se encontró de nuevo cara a cara con la silueta de la pobreza planeando sobre su casa. Al día siguiente, decidido, se dirigió con la misma intención de entrevistarse con el Profeta (PBd), de boca de quien escuchó de nuevo la misma frase: *“Ayudamos a quienquiera que nos pida ayuda, pero Dios eliminará la necesidad de quien disimule la dificultad y se abstenga de tender la mano ante una criatura...”*.

Anecdótico

Volvió a su casa otra vez sin haber manifestado todavía su petición. Viéndose así siempre entre las garras de la pobreza, débil, miserable e impotente, se dirigió por tercera vez y con la misma intención al Profeta (PBd), Éste movió de nuevo los labios repitiendo la misma frase en el mismo tono que daba vigor al corazón y certeza al espíritu.

El hombre notó entonces, al escuchar esta frase, certeza en su corazón y sintió que aquello significaba la llave de su problema. Salió andando con un paso más seguro, diciéndose: *“No iré jamás en busca de la ayuda y de la asistencia de las criaturas. Me apoyaré en Dios y recurriré a la energía y a las capacidades que han sido depositadas en mi ser. Le pido a Él que me conceda el éxito en aquello que emprenda y me preserve de la necesidad. ¿Qué labor soy capaz de llevar a cabo?”* -se preguntó-.

Le pareció que por el momento era capaz de ir al bosque y recoger leña como combustible y llevarla a vender. Tomó prestada un hacha y se dirigió al bosque. Recogió leña y la vendió, saboreando el placer del producto de su trabajo. Continuó su trabajo durante los días siguientes hasta que pudo procurarse con el dinero poco a poco, ganado, una bestia de carga, un hacha y otros instrumentos de trabajo. Perseveró así en su labor hasta proveerse de un capital y de esclavos.

Después de esto el Profeta (PBd) vino un día y le dijo, con una sonrisa en sus labios:

- ¿No te lo había dicho? Ayudamos a quien quiera que nos lo pida, pero Dios...

3 - Petición de un *du'a*

Un individuo excitado y ansioso, se aproximó a Imam As-Sadeq (P) y le dijo:

- *¿Quieres hacer un du'a (súplica) a mi favor para que Dios me conceda ayuda, pues soy realmente pobre y sin recursos?*

- *Jamás haré un du'a como ese* -respondió el Imam-.

-*¿Por qué?* -inquirió el hombre-.

- *Porque Dios ha determinado una vía para ello. Ha ordenado aplicarse en la búsqueda del pan cotidiano, y solamente después, reclamarlo. Pero tú, quieres permanecer sentado en tu casa y atraer el pan de cada día con la invocación.*

4 - La ligadura de rodillas del camello

La caravana había caminado durante varias horas, y el cansancio se hacía sentir entre los jinetes y las cabalgaduras. Así que, en cuanto alcanzó un paraje provisto de agua, la caravana hizo alto. El Profeta (PBd), que acompañaba a la caravana, también hizo arrodillar a su camello y descendió de su montura. Todos se ocuparon, ante todo, de alcanzar el agua y hacer los preparativos de la oración.

Tras haber puesto pie en tierra, el Profeta (PBd) se dirigió hacia el agua. Pero después de recorrer cierta distancia, sin decir nada a nadie, se volvió hacia su montura. Sus compañeros se preguntaban con asombro si no habría desaprobado este lugar para hacer alto y si daría la orden de partir de nuevo.

Esperaban pues, todo oídos, la orden de salida. La asamblea aumentó su asombro al ver que, llegado a su camello, el Profeta (PBd) cogió una rodillera y le ató las rodillas; volviendo hacia su destino anterior.

De una y otra parte salieron exclamaciones:

- ¡Oh Enviado de Dios! ¿por qué no nos has pedido que hagamos ese trabajo en tu lugar y te has molestado en volver sobre tus pasos, cuando nosotros hubiésemos estado orgullosos de rendirte ese servicio?

- No pidáis nunca ayuda a otro en vuestros asuntos -les respondió- y no os apoyéis sobre los demás, aunque no sea más que para pedir un palillo.

5 - Un compañero de peregrinación

De vuelta de la peregrinación, un hombre contaba al Imam As-Sadeq (P) las aventuras de su viaje y de sus compañeros de ruta. Alababa en particular, de manera extremada, a uno de ellos:

- ¡Un hombre tan noble! Estábamos orgullosos de la compañía de un hombre tan honorable, volcado sin descanso a las prácticas religiosas. Apenas habíamos hecho alto en una etapa cuando se iba a un rincón donde extendía su alfombra de la oración y se abandonaba a sus prácticas de adoración.

- ¿Quién se ocupaba de sus necesidades entonces y quién cuidaba de su montura? -preguntó el Imam-

- Era sobre nosotros sobre quienes recaía el honor de llevar a cabo esas labores. El no se dedicaba más que a sus santas ocupaciones y no se ocupaba en absoluto de esas cosas -Respondió el hombre-

- A causa de esto, vosotros erais superiores a él -respondió el Imam (P)-.

6 - Comida en comunidad

Después de que el Profeta (PBd) y sus compañeros descendieran de sus monturas y descargaran los equipajes, la asamblea decidió sacrificar un cordero y prepararlo para la comida.

- *Yo me ocupo de sacrificarlo* -dijo uno de los compañeros-.
- *Yo de despellejarlo* -dijo otro-.
- *Yo me ocupo de poner a cocer la carne* -añadió un tercero-.
- *Y yo de ir a recoger leña al bosque* -dijo el Profeta (PBd)-.
- *¡Oh Enviado de Dios!* -le dijo la asamblea- *no te fatigues. Siéntate pues tranquilamente, nosotros llevaremos a cabo estas labores con agrado.*
- *Ya sé que lo haríais así* -respondió el Profeta (PBd)- *pero a Dios no le gusta ver a una de sus criaturas en posición privilegiada entre sus compañeros, atribuyéndose una prerrogativa por encima de los demás.*

Así pues, salió en dirección al bosque y volvió transportando ramas y leña en cantidad necesaria.

7 - La caravana que iba a la peregrinación

Una caravana de musulmanes que iba en dirección a Meca hizo alto en Medina y descansó algunos días, retomando después el camino para Meca.

A mitad de camino entre Medina y Meca, la gente de la caravana se encontró con un hombre que conocían. Mientras conversaban, este hombre vio entre ellos a una persona cuya cara era la de las gentes de bien, y que se afanaba en el servicio de las personas de la caravana haciendo sus labores y cubriendo sus necesidades con destreza y vivacidad.

-¿Conocéis a la persona que está sirviéndoos y cubriendo vuestras necesidades? -preguntó, estupefacto, a la gente de la caravana-

-No, no lo conocemos. Se unió a nuestra caravana en Medina. Es un hombre de bien, piadoso y virtuoso. Nadie le ha pedido que trabaje para nosotros y es por su propia voluntad que ayuda a los demás y colabora en sus tareas. -respondieronle-

-Es evidente que no le conocéis. Si no, no os mostrarais tan insolentes y no estaríais dispuestos a que se ocupe de vuestros asuntos como un criado. -les increpó esta persona-

-¿Quién es pues? -le preguntaron-

-Es 'Ali Ibn Husein, Zain Al'Abidin -respondió-

La asamblea, turbada, se levantó y quiso besar las manos y los

Anecdotalario

pies del Imam para excusarse.

- *¿Por qué has actuado así ante nosotros? -le reprocharon-hemos, Dios no lo quiera, cometido una insolencia contigo, siendo culpables así de un gran pecado.*

- *Os he elegido deliberadamente -respondió el hijo de Husein (P)- como compañeros de viaje a vosotros que no me conocíais, pues a menudo viajo con gentes que me conocen y, por ello, se muestran muy amables y gentiles hacia mí por ser nieto del Enviado de Dios, no dejándome realizar ningún trabajo ni servicio. Esa es la razón por la que me he inclinado a elegir como compañeros de viaje a quienes no me conocen y por la que me he abstenido igualmente de presentarme a fin de poder gozar del beneficio de servir a mis amigos.*

8 - El musulmán y uno de “La gente del libro”²

En aquellos tiempos, la ciudad de Kufa era el centro de gravedad del gobierno islámico. A través de todo el vasto territorio islámico de la época, a excepción de la parte de Siria, las miradas estaban puestas en esta ciudad para ver qué orden emitía y qué decisiones tomaba.

Aconteció que dos personas, un musulmán y uno de la “gente del Libro”, se encontraron un día en el camino en los alrededores de esta ciudad. Se preguntaron sus destinos respectivos. Resultó que el musulmán iba a Kufa y que el hombre de la «gente del Libro» tenía intención de dirigirse a otro lugar de las cercanías. Como su trayecto era común durante una parte del viaje, convinieron recorrerlo juntos y conversar el uno con el otro.

El trayecto común fue recorrido con cordialidad, al hilo de discusiones y entretenimientos diversos. Llegados a la separación de los dos caminos, el hombre de la «gente del Libro» vio con gran asombro que en lugar de partir hacia Kufa, su compañero musulmán tomaba la misma dirección que él.

-¿No me habías dicho que querías dirigirte a Kufa? -le preguntó-

- Sí -respondió su compañero-

-¿Por qué vienes pues por aquí? El camino de Kufa es aquél -respondió el judío-

Anecdótico

- *Ya lo sé, querría acompañarte un poco, pues nuestro Profeta (PBd) ha dicho:*

“Cada vez que dos personas se entretienen una con la otra en un camino, adquieren un derecho la una sobre la otra”.

- *Tú has adquirido ahora un derecho sobre mí, y es a causa de este derecho que tienes, por lo que quiero acompañarte un poco. Por supuesto, volveré en seguida sobre mis propios pasos.*

- *¡Oh!, es ciertamente en razón de sus costumbres generosas que vuestro Profeta (PBd) ha adquirido tanta influencia y tanto poder entre las gentes y que su religión se ha extendido por el mundo con tanta velocidad -exclamo el judío-*

Sin embargo, el asombro y la admiración del hombre de la gente del Libro llegaron al colmo cuando supo que este amigo musulmán no era otro que el califa de la época, ‘Ali Ibn Abu Tálib (P). No tardó en hacerse musulmán y contarse entre los compañeros piadosos y devotos de ‘Ali (P).

9 - El cortejo del califa

En ruta hacia Kufa, ‘Ali (P) entró en la ciudad de Enbár, cuyos habitantes eran iraníes. Los jefes de los pueblos y los campesinos iraníes celebraron que su califa bien amado atravesase su ciudad. Salieron a su encuentro, y cuando la montura de ‘Ali se puso en marcha, comenzaron a correr delante de ella. ‘Ali les hizo venir y les preguntó:

-¿Por qué corréis?. ¿A qué se debe vuestro comportamiento?.

- Es una manera que tenemos de honrar a los gobernadores y a las personas que respetamos. Es una tradición y una suerte de costumbre que está en uso entre nosotros.

- Este acto os hace sufrir en este mundo y os hará desgraciados en el más allá. -les respondió ‘Ali (P)- Absteneos para siempre de este tipo de actos que os humillan y os degradan. Por otra parte, ¿Qué utilidad tienen estos actos para aquellos a los que se dirigen?.

10 - El Imam Báqer (P) y el hombre cristiano

El Imam Muhammad Ibn ‘Ali Ibn Al-Husein (P) tenía el sobrenombre de *Báqer*, es decir “El que penetra profundamente”, también se le llamaba *Báqer al-’ulum*, “El que penetra profundamente las ciencias”.

Por derivación e ironía, un cristiano hizo un cambio del término, diciéndole :

- *Tu eres baqar (un buey).*

El Imam, sin mostrarse incomodado ni manifestar cólera, le respondió simplemente:

- *No, no soy baqar, sino Báqer.*

- *Eres hijo de una mujer que era cocinera* -replicó el cristiano-

- *Sí, esa era su profesión. No es algo a considerar como una ignominia o una vergüenza.*

- *Tu madre era negra, impúdica y de mala lengua.* -insistió maleducadamente-

- *Si esos atributos que tú adjudicas a mi madre son exactos, que Dios la absuelva y perdone sus pecados. y si son mentiras, que Él te perdone por haber mentado y calumniado.*

A la vista de tal estoicidad por parte de un hombre que tenía el poder de someter a toda suerte de persecuciones a un extraño a la religión islámica, el cristiano sintió que dentro de él se producía

Ayatullah Morteza Mutahari

una revolución interna y una atracción hacia el Islam y finalmente se hizo musulmán.

11 – El Profeta (PBd) y el beduino

Un árabe nómada y rudo entró en Medina y se dirigió directamente a la mezquita, resuelto a conseguir oro y plata del Enviado de Dios. Se introdujo en un momento en que el Profeta (PBd) se encontraba ante su multitud de compañeros y amigos. Expuso pues su petición y reclamó una limosna. El Profeta (PBd) le dio algo, pero el beduino no se sintió satisfecho y consideró esta donación como mínima. Además, hizo comentarios groseros y fuera de lugar e hizo prueba de insolencia hacia el Enviado de Dios. Los compañeros se violentaron y faltó poco para que le dañaran, pero el Profeta (PBd) se opuso.

A continuación, el Profeta (PBd) llevó al beduino a su casa y le asistió aún más con cierta suma de dinero. A su vez, el beduino vio de cerca que la condición del Profeta (PBd) no se parecía en absoluto a la de los jefes y gobernadores que habla podido ver hasta entonces, y que allí no había amasados ni oro ni riquezas.

A la mañana siguiente, antes de marchar, manifestó su satisfacción y profirió una palabra de agradecimiento. El Profeta (PBd) le dijo entonces:

- Ayer hiciste comentarios groseros y fuera de lugar que provocaron la cólera de mis compañeros, y temo que después te hagan daño. Ahora que has dicho estas frases de agradecimiento en mi presencia. ¿Podrías repetir las ante la asamblea, a fin de que desaparezca la cólera y el desagrado que sienten al verte?.

- No tengo inconveniente -respondió el beduino-..

Al día siguiente se llegó a la Mezquita cuando todos estaban reunidos. El Profeta (PBd) se puso frente a la asamblea y dijo:

- *Este hombre afirma que está satisfecho de nosotros. ¿Es así?*

- *Así es* -respondió el beduino, y repitió la frase de agradecimiento que había proferido en privado. Ante ello, los compañeros del Profeta (PBd) manifestaron su satisfacción-

En ese instante, el Profeta (PBd) se volvió de nuevo hacia la asamblea y dijo:

- *Mi caso con este hombre es como el de aquella persona cuyo camello se espantó y escapó. Todo el mundo se puso a gritar y a correr tras el camello, intentando ayudar a su dueño. Así, el camello se encabritó más y aceleró su huida. El propietario del camello llamó a la gente y les dijo: «Os lo ruego, dejad mi camello tranquilo. Yo se mejor que nadie cómo apaciguarlo».*

Habiendo la gente cesado su persecución, fue y cogió un puñado de hierba y se colocó dulcemente ante el camello, después, sin correr ni gritar, avanzó poco a poco enseñando la hierba todo el rato. Cogió así con toda facilidad la brida de su camello y se puso en camino.

Si yo os hubiese dejado hacer, ayer este desgraciado beduino habría muerto en vuestras manos y ¡en qué mala condición!, ¡la de la incredulidad y la idolatría!. Por eso me opuse a vuestra intervención y le he tratado yo mismo con dulzura y amabilidad.

12 - El Imam Hussein (P) y el hombre sirio

Un individuo originario de Siria, en camino para la peregrinación o por otro razón, llegó a Medina. Su mirada se detuvo en un hombre que le impresionó por la gravedad de su porte.

-¿Quién es ese hombre?, -preguntó-.

- Husein, hijo de 'Ali Ibn Abu Tálib -le respondieron-.

El recuerdo de la estúpida propaganda³ que había penetrado en su espíritu le hizo hervir de cólera y, con intención de agradar a Dios, prodigar a Husein Ibn 'Ali todas las injurias e invectivas que pudo. Mientras decía todo lo que quiso y se desahogaba, el Imam Husein, sin enfadarse ni mostrarse inquieto, posó en Él una mirada llena de amor y benevolencia, y le recitó los versículos coránicos siguientes, pues hablan de la bondad de carácter, el perdón y la tolerancia:

«Practica el perdón; ordena el bien; aléjate de los ignorantes. Cuando una tentación del demonio te incita al mal, busca la protección de Dios, pues Él es quien escucha y quien lo sabe todo...».

Corán 7: 199 -202

después le dijo:

- *Estamos a tu disposición para cualquier tipo de servicio o de ayuda... ¿Eres originario de Siria?*

- *Sí* -respondió aquel hombre-.

Ayatullah Morteza Mutahari

- He experimentado este tipo de humor y de carácter, y se el origen. Eres extranjero en nuestra ciudad, añadió. Estamos listos para proporcionarte ayuda si necesitas algo; estamos dispuestos a acogerte entre nosotros, a vestirte, a darte dinero. -le dijo Husein (P)-.

El hombre sirio, que esperaba enfrentarse a una reacción violenta y jamás habría pensado encontrarse frente a tanta indulgencia y tolerancia, se asombró hasta tal punto que dijo.

- Me gustaría que la tierra se hundiera y me tragara de repente y no haber manifestado mi insolencia de manera tan desconsiderada e irreflexiva. Hasta este momento, no odiaba a nadie en la tierra tanto como a Husein y su padre, y desde este momento, nadie me es, sin embargo, más querido.

13 - El hombre que pidió consejo

Procedente del desierto, un hombre llegó a Medina y fue a visitar al Profeta (PBd), solicitando un consejo. El Profeta (PBd) le dijo:

- No te encolerices

El hombre volvió a su tribu y se enteró de que un acontecimiento importante se había producido en su ausencia. Jóvenes de su tribu habían sustraído los bienes de otra tribu, la cual había tomado represalias. La situación poco a poco había llegado a un punto delicado y cada una de las dos tribus había tomado sus armas, listas ambas para la guerra. Esta noticia suscitó su cólera. Reclamó rápidamente su armadura y, armado de ella, se incorporó a las posiciones de su tribu. Se disponía a intervenir cuando el pasado le vino a la memoria. Se acordó que había ido a Medina y de las cosas que allí había visto y oído; se acordó que había pedido un consejo al Enviado de Dios y que éste le había dicho: «*No te encolerices*

Se sumió en sus pensamientos:

-¿Por qué me he excitado? -se preguntó-. ¿Por qué razón me he puesto la coraza y me he dispuesto ahora a matar o a ser matado?. ¿Por qué me he puesto, sin razón, sobresaltado y furioso?.

Entonces se dijo que había llegado el momento de poner en práctica la corta frase del Profeta (PBd). Se adelantó, invitó a los jefes del campo adversario a aproximarse y les dijo:

- ¿Por qué esta querrela?. Si se trata de resarcirse de la

Ayatullah Morteza Mutahari

trasgresión que cometieron nuestros jóvenes ignorantes, estoy dispuesto a pagar con mis propios bienes. No hay razón para que nos matemos los unos a los otros por una cosa así, ni que derramemos la sangre de unos y otros.

El campo adversario, que había escuchado los razonamientos sensatos y magnánimos de este hombre, se vio estimulado en su orgullo y generosidad:

- Nosotros no valemos menos que tú -le dijeron-. Puestas así las cosas, renunciamos totalmente a nuestro derecho.

Y los dos ejércitos regresaron a sus tribus respectivas.

14 - El cristiano y la coraza de ‘Ali (P)

En la Época del califato de ‘Ali en Kufa, éste perdió su coraza, que fue encontrada algún tiempo después en casa de un hombre cristiano. ‘Ali le llevó ante el juez:

- Esta coraza es mía y ni la he vendido ni regalado a nadie. Sin embargo, acabo de encontrarla en casa de este hombre -explicó ‘Ali (P)-.

- El califa ha expuesto su reivindicación -dijo el juez al cristiano-. ¿Qué tienes que decir?.

- Esta coraza es la mía -respondió- puede que el califa se haya equivocado.

El juez se volvió a ‘Ali y dijo:

- Tú eres quien reclama y esta persona niega. Por consecuencia, es a ti a quien corresponde presentar una prueba de tu reivindicación».

‘Ali se echó a reír.

- El juez dice verdad -dijo- haría falta ahora que yo presentase un testigo, pero no tengo testigo.

El juez, puesto que el reclamante no tenía pruebas, pronunció una sentencia favorable al cristiano, el cual tomó la coraza y se marchó.

El hombre sabía bien a quién pertenecía la coraza y, tras haber dado algunos pasos, se puso a temblar en su fuero interno. Volvió

ante el juez y dijo:

- Esta manera de gobernar y de comportarse no revela el comportamiento de un hombre ordinario, sino el gobierno propio de los justos profetas . Tras esto, declaró que la coraza pertenecía a ‘Ali.

No se tardó en verle, convertido en musulmán, combatir con fe y fervor bajo el estandarte de ‘Ali (P) en la guerra de Nahraván⁴ .

15 - El Imam Sadiq (P) y un grupo de sufis

Sufián Assawri⁵ que vivía en Medina, llegó a casa del Imam As-Sadeq (P). Lo encontró vestido con una vestimenta blanca, de una delicadeza, parecida a la película que separa la clara de huevo de la cáscara.

- Esta vestimenta no es digna de ti -le dijo a modo de reproche- De ti se espera que guardes la abstinencia, que tengas piedad y que guardes las distancias frente a este bajo mundo.

- Quiero decirte unas palabras -le respondió el Imam- Escúchalas bien pues te resultarán útiles para tu vida en este mundo y en el más allá. Si estás realmente equivocado e ignoras el verdadero punto de vista del Islam a este respecto, mi discurso te resultará muy provechoso. Pero si tienes por deseo introducir en el Islam una innovación, de desviar y de invertir las verdades, eso es otro problema, y esas intenciones no te serán provechosas.

Puede que te imagines la condición simple y pobre del Enviado de Dios y sus compañeros en aquellos tiempos, y pienses que constituye una especie de deber y obligación para todos los musulmanes hasta el día del Juicio Final, el tomar como ejemplo este tipo de situación y vivir siempre en la pobreza. Pero sabe que el Enviado de Dios vivió en una época y en un medio donde predominaba la pobreza, las dificultades y la indigencia. La mayor parte de la gente estaba privada de los medios más elementales de existencia, y las condiciones de

vida particulares del Profeta (PBd) y de sus compañeros estaban unidas a la situación general de aquel tiempo. Pero si, en una época, los medios de vida son abundantes y existen posibilidades de sacar provecho a los dones divinos, los hombres más dignos de disfrutar de estos beneficios son entonces los hombres buenos y justos, y no los libertinos ni los malhechores; son los musulmanes, y no los descreídos.

¿Qué cosa en mi has considerado como un defecto?. Juro por Dios que, aunque tú ves que yo disfruto los dones divinos, desde que alcancé la pubertad no pasa ni un solo día ni una noche en que no esté vigilando la procedencia de mis bienes, por si encuentro algo que no es mío en ellos y devolverlo en seguida a quien le pertenece.

Sufián no pudo objetar la lógica del Imam y salió avergonzado y vencido. Reuniéndose con sus amigos y condiscípulos, les contó el incidente. Estos decidieron ir en grupo a contradecir al Imam.

Un cierto número de ellos acudió a él.

- Nuestro amigo no ha conseguido exponer bien los argumentos -le dijeron-. Nosotros hemos venido ahora a condenarte con nuestros argumentos claros.

-¿Cuáles son vuestros argumentos? -preguntó el Imam-. Enunciadlos pues.

- Nuestros argumentos provienen del Corán -respondió la asamblea-.

-¿Qué mejor argumento que el Corán?. Explicaos -les dijo el Imam- os escucho.

- Fundamentamos nuestra aserción y la justicia de la doctrina que hemos adoptado en dos versículos coránicos, y esto mismo nos es suficiente. En el Santo Corán, Dios hace así el elogio de un grupo de compañeros (del santo Profeta (PBd)):

«... ellos dan prioridad a los otros sobre sí mismos, mien-

tras que están en la indigencia. Aquellos que se guardan de su propia avidez.... aquellos serán salvados».

Corán, 59:9

El Corán dice más adelante:

«Alimentan al pobre, al huérfano y al cautivo, por el amor de Dios».

Corán, 76:8

.Cuando llegaron a este punto de su discurso, una persona sentada al margen de la asamblea, que escuchaba sus palabras, dijo:

- Lo que yo he comprendido hasta aquí es que ni vosotros mismos creéis en vuestros propios argumentos. Habéis hecho de esas palabras una manera de desinteresar a las gentes de sus bienes, a fin de que os los den a vosotros y beneficiaros vosotros mismos en su lugar; pues no se ha visto en la práctica que vosotros os apartéis ni os privéis de la buena comida.

- Renuncia por el momento a estos argumentos -dijo el Imam- son vanos.

Después, volviéndose a la asamblea les dijo:

- Decidme entonces, vosotros que os referís al Corán, si discernís en él o no los versículos explícitos, los implícitos, los abrogantes, y los abrogados. Todo miembro de esta Comunidad (de musulmanes) que se extravió, lo hizo por lo mismo, porque recurrió al Corán sin tener un conocimiento exacto de él.

- Por supuesto, poseemos algunos conocimientos en este terreno -respondió la asamblea- pero no de una manera completa.

- Vuestra desgracia también viene de ahí, -respondió el Imam- y los hadices del Profeta (PBd), como los versículos del Corán, requieren una información y un conocimiento completos.

En cuanto a los versículos coránicos que habéis citado, no

indican la prohibición de beneficiarse de los dones divinos, sino conciernen al perdón, la indulgencia y la abnegación. Hacen el elogio de un pueblo que, en un momento determinado, dio prioridad a los otros sobre el mismo, y les dio bienes que le eran lícitos a él. Si no se los hubiera dado, tampoco habría cometido ni un pecado ni una infracción. Dios no le había ordenado actuar de esa manera, y por supuesto, tampoco se lo había prohibido en aquel momento. Se puso en la molestia y en la miseria por simpatía y caridad, dando a los demás, y Dios le dará la retribución. Este versículo no se conforma pues con vuestro alegato, pues vosotros impedís y censuráis a la gente el utilizar sus propios bienes y los beneficios que Dios les ha decretado. Aquel día, los miembros de esta tribu dieron a manos llenas, pero una prescripción completa y perfecta en este terreno llegó a continuación de parte de Dios, determinando los límites de esta acción. Es bien evidente que esta prescripción es abrogante de su acción y que debemos ajustarnos a esta prescripción y no a aquella acción.

Para mejorar la situación de los creyentes y por la mediación de Su Clemencia particular, Dios ha prohibido que el individuo se ponga en necesidad, él y los suyos, dando a otros lo que tiene en la mano, pues en la familia de un individuo se encuentran débiles, niños, ancianos decrepitos que no tienen capacidad de esfuerzo. Si tengo que dar el panecillo de que dispongo, mi familia, que está a mi cargo, peligrará. Así, el Profeta (PBd) dijo:

“Cualquiera que posea algunos dátiles, algunos panecillos o algunos dinares que tenga intención de dar en limosna, debe hacerlo en primer lugar a sus padres, en segundo lugar a su mujer, sus hijos y a él mismo, en tercer lugar a sus parientes y a sus hermanos de religión, y en cuarto lugar dedicarlo a obras piadosas”.

Este cuarto caso viene después de todos los demás. El Enviado de Dios, al saber que un hombre de Ansár dejó hijos de

Anecdótico

corta edad y que había dado en el camino de Dios toda su fortuna, dijo:

“Si me hubieseis informado antes, no habría permitido que le enterraseis en el cementerio musulmán: por su negligencia deja hijos que deben tender la mano ante la gente”.

Mi padre el Imam Báqer (P) me relató estas palabras del Enviado de Dios:

“En vuestras limosnas, comenzad siempre por vuestra familia, en orden de parentesco: tiene prioridad quien es más próximo”.

Además de todo esto, el Santo Corán prescribe vuestro método y vuestra doctrina, diciendo:

«He aquí quienes son los servidores del Misericordioso: (...) aquellos que, en sus limosnas, no son ni pródigos ni avaros, sino que observan el equilibrio y la justa medida».

Corán, 25:65.

Numerosos versículos coránicos prohíben el derroche y el exceso en la largueza, de la misma manera que prohíben la avaricia y la mezquindad. El Corán ha asignado a esta acción la medida y la moderación, y no que el hombre dé a los demás todo lo que posea y se quede él mismo con las manos vacías, recurriendo entonces a la invocación: “¡Oh Dios mío!, dame el pan de cada día”. Dios no concede jamás este tipo de invocación, pues el Profeta (PBd) dijo:

“Dios no atiende la invocación de las siguientes personas:

A - Quien pide a Dios el mal para su padre o su madre.

B - Quien ha prestado un bien sin tomar testigo ni recibo de vuelta y, si el deudor ha consumido el bien, recurre entonces a la invocación, pidiendo a Dios una solución. Por supuesto, su invocación no es atendida, pues él ha

borrado con su propia mano la vía del recurso dando su bien sin recibo ni testigo.

C - Quien pide a Dios que aparte la maldad de su mujer, pues la solución está en sus propias manos: si está verdaderamente importunado por esa mujer, puede rescindir, con el divorcio, el contrato de matrimonio.

D- Quien está sentado en su casa, cruzado de brazos, y reclama a Dios su pan cotidiano. Dios responde así a esta criatura ávida e ignorante: «¡Criatura mía! ¿No te he dado la posibilidad de moverte y desplazarte? ¿No te he dado órganos y miembros válidos? Te he dotado de brazos, piernas, ojos, oídos y de razón a fin de que reflexiones, que veas, oigas y que te muevas. La creación de todo ello responde a un objetivo y un destino. Tu gratitud por estos beneficios consiste en emplearlos. Por consiguiente, te he señalado un ultimátum según el cual debes implicarte en la búsqueda del pan cotidiano, obedecer Mi orden relativa al esfuerzo y a la actividad y no ser un fardo para los demás. Por supuesto, si concuerda con mi entera voluntad, te concederé una abundante subsistencia, y lo mismo si por algunas razones y a causa de algunas conveniencias, tu nivel de vida no adquiere amplitud, habrás cumplido evidentemente con tu deber -haciendo el esfuerzo requerido- y serás excusado».

Quien habiéndole concedido bienes y fortuna en abundancia los dilapidó. Recurriendo entonces a la invocación: '¡Oh Dios mío! dame mi pan cotidiano'. Dios le dice en respuesta: «¿No te he concedido tu pan cotidiano en abundancia?. ¿Por qué no has observado la moderación?. ¿No te había ordenado ser moderado en las donaciones?. ¿No te había prohibido la prodigalidad y las donaciones excesivas?».

Quien hace un du'a relativo a la ruptura de las relaciones familiares y pide a Dios cualquier cosa que implique esta rup-

Anecdotalario

tura (o aquel que ha efectuado esta ruptura y que ha hecho una invocación a propósito de un problema cualquiera).

Dios ha enseñado en el Corán, dirigiéndose en particular a Su Profeta (PBd), la manera de hacer limosna, pues sucedió la historia siguiente: Una cierta suma de oro se encontraba en casa del Profeta (PBd), quien quería utilizarla en beneficio de los pobres y no quería que permaneciese en su casa ni tan siquiera por una noche. Distribuyó pues, por aquí y por allá la totalidad del oro en el espacio de una jornada. Al día siguiente por la mañana, un necesitado se presentó y le pidió ayuda insistentemente. Pero el Profeta (PBd) no tenía ya nada más para darle, lo que le puso extremadamente triste y pesaroso. Entonces es cuando fue revelado un versículo del Corán, que dio instrucciones relativas a esta cuestión:

«No pongas tu mano cerrada a tu cuello, y no la extiendas tampoco demasiado ampliamente, sino te encontrarás reprochado y falto de recursos»

Corán, 17:29

Estos son los hadices que nos han llegado del Profeta (PBd), y los versículos del Corán también confirman el contenido de estos hadices, y por supuesto, los que son seguidores del Corán y tienen fe en Él, también tienen fe en el contenido de los versículos del Corán.

En el momento de su muerte, se pidió a Abu Bakr que hiciese testamento de sus bienes a lo que dijo: «Que un quinto de mis bienes sea dado como limosna y que el resto vuelva a mis herederos y un quinto no es poca cosa». Abu Bakr testó pues un quinto de sus bienes, mientras que un enfermo tiene el derecho, en su lecho de muerte a testar hasta un tercio. Si hubiese estimado que era mejor hacer uso de la integridad de su derecho, habría pues testado un tercio.

La vía y el método seguidos por Salmán y Abu Dhar, a los que conocéis por su sabiduría, su piedad y devoción, eran igual-

mente conformes a lo que ya he expuesto.

Salmán, cuando recibía del tesoro público su parte anual, separaba de un lado el montante de sus gastos por un año para que le permitiese vivir hasta el año siguiente, por lo que le dijeron: “Tu que estás tan lleno de devoción y de piedad, ¿piensas en ahorrar para un año?. Puede ser que te mueras hoy mismo o bien mañana y que no llegues al fin del año”. Salmán respondió: “También puede ser que no me muera. ¿Por qué consideráis como válida sólo la hipótesis de la muerte?, también existe la hipótesis de que permanezca vivo, en este caso tendré necesidades y gastos. ¡Oh ignorantes!, olvidáis que el yo del ser humano si no dispone en cantidad necesaria de los medios de subsistencia hace prueba de pereza y negligencia en la obediencia a Dios y pierde su ardor y su energía por la justa causa, pero se acrecienta si estos medios le son entregados en cantidad necesaria”.

En cuanto a Abu Dhar, poseía algunos camellos y algunos corderos de los que utilizaba la leche, y si alguna vez le entraban ganas de comer carne, si le venía un invitado o veía a otros en necesidad, utilizaba la carne. Y si quería dar a los demás, se reservaba para sí una parte igual a la de los demás. ¿Quién fue el más sobrio de ellos?. El Profeta (PBd) ha dicho respecto a ellos cosas que todos ya sabéis. Así pues, estos hombres no se gastaron jamás la totalidad de su haber en el nombre de la devoción y la piedad, y no tomaron esta vía que proponéis hoy y que quiere que las gentes renuncien a todo lo que tienen y se queden, ellos y los suyos en dificultad.

Os informo de manera formal de este hadiz que mi padre ha relatado de su padre y sus antepasados del Enviado de Dios, que dice:

“No hay nada más sorprendente que el estado al que llega el creyente, que si su cuerpo queda despedazado en piezas, sería feliz y dichoso, de la misma manera que si le

Anecdótico

fuera concedida la propiedad del Oriente y del Occidente, sería igualmente feliz”.

La felicidad del creyente no está subordinada al hecho de que sea ciertamente pobre e indigente. Ella emana de su espíritu de fe y de convicción, pues sea cual sea la situación en la que se encuentre, sea la pobreza e indigencia o la riqueza y la opulencia, sabe que tiene en esta situación un cierto deber y, lo cumple convenientemente. Así, no hay nada más extraordinario que el estado alcanzado por el creyente, en el que todos los acontecimientos, las dificultades y las fatigas se transforman para él en bien y felicidad.

No se si ya os he dicho bastante hoy o si tengo que añadir algo...

Sabed que en la alborada del Islam, en aquella época en que el número de musulmanes era mínimo, la ley del Ida requería que un musulmán resistiera frente a diez descreídos, y si no resistía, ello constituía un pecado, un delito y una trasgresión; pero ya que después hubo más posibilidades, Dios aportó un gran alivio por Su bondad y Su clemencia y modificó esta ley de manera que cada musulmán no tuviera el deber de resistir más que frente a dos descreídos y no frente a más.

Quiero haceros una pregunta relativa a la ley y a los procesos islámicos: suponed que uno de entre vosotros esté procesado y que la cuestión del proceso sea la manutención de su esposa y el juez pronuncia una sentencia según la cual deberá asegurar su manutención. ¿Qué hace entonces?. ¿Pretexta que es un asceta y que ha vuelto la espalda a los bienes de este mundo?. ¿Esta excusa es plausible? Según vuestro parecer, la sentencia pronunciada por el juez en cuanto a la manutención de su mujer. ¿Es conforme a la justicia y a la equidad o constituye una injusticia y un delito?. Si decís que esta sentencia es injusta habréis dicho una mentira manifiesta y por esta calumnia impropia, habréis cometido injusticia y deslealtad con-

tra toda la comunidad islámica. Y si admitís que la sentencia del juez es justa, vuestra excusa es nula, y admitiréis pues que vuestro método y vuestro procedimiento son vanos.

Otra cuestión: hay circunstancias en la que el musulmán da una serie de limosnas, obligatorias o no, como el zakát o la kaffárah. Así, suponiendo que la piedad tenga por significado el volver la espalda a la vida y a sus necesidades, y suponiendo que todos los hombres, conforme a vuestro deseo, se transformen en ascetas y se desentiendan de la vida y de lo que se necesita, ¿En qué quedan las donaciones expiatorias y las limosnas obligatorias? ¿En qué quedan el zakát obligatorio sobre el oro, la plata, los corderos, camellos, bueyes, dátiles, pasas y demás?. Entonces ¿Qué es de estas limosnas en cuestión?. Estas donaciones, ¿Acaso no se han prescrito para que los «sin recursos» accedan a una vida mejor y se beneficien de los dones de la vida?. Esto muestra en sí que el objetivo de la religión y la finalidad de sus principios es acceder a los beneficios de la existencia y beneficiarse de ellos. Si la finalidad y el plan de la religión fuesen la pobreza y el fin último de la educación religiosa fuera que el ser humano se desentendiera de este mundo y viviera en la indigencia y en la miseria. Los pobres entonces habrían alcanzado el objetivo supremo, y entonces habría que guardarse de darles nada, a fin de que no pierdan su estado agradable y bienaventurado. Ellos mismos no deberían aceptar nada, estando inmersos en el bienestar.

Básicamente, si la verdad es como lo decís, no conviene conservar un bien; tenemos que dar todo lo que nos llega a las manos, y no queda lugar para el zakát.

Parece pues que habéis adoptado un método extremadamente desagradable y peligroso, y que invitáis a la gente a una doctrina errónea. La vía que seguís y a la que llamáis a los demás resulta de una ignorancia evidente frente al Corán, la tradición del Profeta (PBd) y sus hadices. No se trata aquí de hadices dudosos, sino que, al contrario, el Corán atestigua su autenti-

Anecdotalario

ciudad. Pero vosotros rechazáis los hadices auténticos del Profeta (PBd) si no concuerdan con vuestra manera de proceder, lo que es en sí mismo una ignorancia más. Vosotros no meditaís en los significados de los versos coránicos y en los puntos sutiles y sorprendentes que contiene y de los que hace uso. Vosotros no conocéis la diferencia entre lo abrogante o lo abrogado, lo explícito y lo implícito. No discernís entre lo que está ordenado y lo que está prohibido.

¿Qué pensáis vosotros de la historia de Suleiman hijo de Daud quien reclamó a Dios el más alto reino al que se pudiese acceder?. (Ver Corán, 38:35.)

Dios le concedió un reino así. Evidentemente, Suleiman no reclamaba nada ilegítimo. Ni Dios en el Corán, ni ningún creyente han criticado a Suleiman por haber querido un reino tal en este mundo. Es lo mismo del Profeta (PBd) Daud que vino tras Suleiman, así como de Iusuf que dijo oficialmente al soberano

«Adjudícame la tesorería, pues soy buen guardián, y buen conocedor».

Corán, 12:55

Después su situación fue tal que se le confiaron los asuntos de la regencia de Egipto hasta los alrededores del Yemen. La gente se llegaba de los alrededores y de lejos, por la penuria que sobrevino entonces, compraban provisiones y volvían. Es bien evidente que ni Iusuf aspiró a una acción inicua, ni Dios en el Corán le criticó por esta acción. Igual que en la historia de Dhul Qarnain que era una criatura que amaba a Dios, y a la que Dios amaba. Los bienes del mundo fueron puestos a su disposición y llegó a ser poseedor del Oriente y del Occidente.

¡Oh vosotros!. Renunciad a esta vía inconveniente e instruíos en las verdaderas costumbres del Islam. No transgredáis lo que Dios ha ordenado o prohibido y no inventéis mandamientos. No os inmiscuyáis en los asuntos que no conozcáis. Infor-

Ayatullah Morteza Mutahari

maos de la ciencia de estas cuestiones a través de sus sabios. Preocupaos de reconocer lo abrogante de lo abrogado, lo explícito de lo implícito y lo lícito de lo ilícito. Esto es mejor para vosotros, más seguro y más alejado de la ignorancia. Apartaos de la ignorancia de la que muchos son partidarios, al contrario del saber, que tiene pocos partidarios. Dios ha dicho :

«Por encima de cada sabio existe otro superior»

16 – ‘Ali y Assem ibn Ziad

Tras el fin de la guerra del Yamal⁶. ‘Ali (P) entró en Basora. Durante su permanencia, fue un día a visitar a uno de sus compañeros, llamado ‘Ali ibn Ziad Haressi. Este hombre poseía una casa amplia y suntuosa.

Al ver una morada de tal grandeza y de tal superficie, ‘Ali le dijo:

-¿De qué te sirve una casa de esa superficie en este mundo, cuando tienes más necesidad todavía de una amplia morada en el más allá? Pero si quieres, puedes hacer de esta amplia casa de este mundo, un medio de acceder a la amplia morada del más allá, acogiendo invitados y recibiendo a tus parientes próximos, dando a los musulmanes sus derechos y utilizándola como medio de vivificación y divulgación de estos derechos. Y, haciéndola salir del monopolio de las codicias personales y de la utilización individual.

-¡Oh! Amir al Muminín, tengo quejas que hacerte contra mi hermano Assem, dijo ‘Ali ibn Ziad.

-¿Cuáles son tus quejas?.

- Se ha vuelto anacoreta, lleva ropas gastadas, se ha aislado y retirado del mundo y ha abandonado todas las cosas y a todo el mundo.

-¡Que le hagan venir!.

Hicieron venir a Assem, ‘Ali se volvió hacia él y le dijo:

- ¡Oh enemigo de tu propia vida!. El Diablo te ha quitado la razón. ¿Por qué no tienes piedad de tu mujer y de tus hijos?. ¿Crees tú que Dios te ha hecho lícito los beneficios puros de este mundo y luego se incomoda de que te aproveches de ellos?. Eres menor que todo eso para Dios.

-¡Oh Emir al Muminín! -dijo Assem- tú mismo eres como yo, te impones tú también el rigor, eres exigente hacia ti mismo en la vida, tampoco llevas ropas suaves y no comes comidas deliciosas. Yo no hago pues más que lo que tú haces y sigo la misma vía que tú».

- Estás en un error. Yo soy diferente a ti. Tengo un título que tú no tienes. Ocupo el puesto del Imamato y del gobierno, y el deber del gobernador y del Imam es otro deber. Dios ha prescrito a los jefes equitativos tomar las clases más débiles del pueblo como medida de su vida personal, y vivir como viven las gentes más pobres, a fin de que conozcan las dificultades de la pobreza y la indigencia, y que su aspecto sea reconfortante para el pobre. Por consecuencia, yo tengo un deber y tú otro.

17 - El rico y el necesitado

El Profeta (PBd) estaba sentado como de costumbre entre la asamblea. Sus compañeros, formando un círculo alrededor de él, le rodeaban como el engaste de un anillo. Mientras tanto entró un musulmán que era un hombre pobre y con ropa harapienta. Conforme a la tradición islámica, según la cual, entrando en una asamblea, debe uno, sea cual sea su rango, sentarse allá donde haya un espacio vacío, sin pretender un sitio especial bajo el pretexto de que su rango lo exige así, este hombre miró a su alrededor con atención y viendo un lugar vacío, fue a sentarse allí. Así fue a instalarse al lado de un hombre rico, que recogió sus prendas y se puso aparte. El Profeta (PBd), que vio su comportamiento, se volvió hacia Él y le dijo:

- *¿Tienes miedo de que algo de su pobreza se pegue a ti?.*
- *¡No, oh Enviado de Dios!.*
- *¿Tienes miedo de que algo de tu riqueza le contamine?.*
- *¡No, oh Enviado de Dios!.*
- *¿Tienes miedo de que tus ropas se ensucien y se ajen?.*
- *¡No, oh Enviado de Dios!.*
- *¿Entonces por qué lo has evitado y te has apartado?.*
- *Reconozco que he cometido un error y en expiación de mi pecado, estoy ahora dispuesto a dar la mitad de mis bienes a este hermano musulmán.*
- *Pero yo no estoy dispuesto a aceptar* -contestó el hombre de

los harapos-

-¿Por qué? -preguntó la asamblea-

- *Porque tengo miedo de que un día me llene de orgullo y me comporte ante un hermano musulmán de la misma manera que esta persona lo ha hecho conmigo.*

18 - El comerciante y el caminante

Un hombre huesudo y de alta estatura, de cuerpo atlético y el rostro curtido señalado por las heridas del campo de batalla y con el rabillo del ojo desgarrado, pasó por el mercado de Kufa con pasos firmes y seguros. Allí, un comerciante estaba sentado delante de su tienda. Para provocar la risa de sus amigos, arrojó un puñado de inmundicias en dirección del hombre. El caminante, sin fruncir el ceño ni prestarle atención, prosiguió su camino con el mismo paso firme y seguro. Cuando se hubo alejado, uno de los amigos del comerciante le dijo:

- *¿Has reconocido quién era el caminante al que has ofendido?*

- *No. Era un caminante como cualquiera de los miles de que pasan cada día ante nuestros ojos. ¿Quién era pues esta persona?*

- *¡Toma!. ¡No lo has reconocido!. Ese caminante era Málík Ashtar Nayái en persona, el célebre comandante y jefe del ejército.*

- *¿¡Cómo!?. ¿Ese hombre era Málík Ashtar?. ¿El mismo que pasma de miedo el corazón desde lejos y cuyo nombre hace temblar a los enemigos?*

- *SÍ, era él y nadie más que él.*

- *¡Desgraciado de mí!. ¿Qué he hecho yo?. Va a ordenar que me castiguen y que me corrijan severamente. Voy corriendo a arrojarme a sus pies y suplicarle que corra un velo sobre mi*

falta.

Siguió los pasos a Málik Ashtar y le vio caminar en dirección de la mezquita. Se puso a seguirle y le vio ponerse en oración. Esperó pues a que acabara su oración, después fue a él y se presentó con un tono suplicante e implorante.

- Soy el que ha hecho prueba de ignorancia e insolencia hacia ti -le dijo-.

- En cuanto a mi, juro por Dios, que no he venido a la mezquita más que a causa de ti, le respondió Málik, pues he comprendido que eres muy ignorante y extraviado, tú atormentas a la gente sin razón. He tenido compasión de ti y he venido a hacer un du'a al respecto, para pedir a Dios que te guíe por el camino recto. No, no tenía hacia ti las intenciones que tú creías - fue la fulminante respuesta de Málik Ashtar .

19 - Al-Ghazali y los bandoleros

Al-Ghazali, ilustre sabio del Islam, era originario de Tus (Tus era un pueblo de las proximidades de Mashad, en Irán). En aquella época, es decir alrededor del siglo quinto de la Hégira, Neyshabour era el centro y la cabeza de partido de ese cantón y era famoso por su escuela. Los amantes de la ciencia de esta región venían aquí a instruirse y a estudiar. Al-Ghazali conforme a la costumbre, se dirigió igualmente a Neyshabour y a Gorgán, y durante años adquirió conocimientos a los pies de los maestros y eruditos, con avidez y un deseo ardiente. A fin de que sus conocimientos no cayesen en el olvido y que los frutos que había así recogido no se le fuesen de las manos, los anotaba a medida que los recogía y los agrupaba en opúsculos. Quería estos opúsculos, que eran el producto de años de trabajo, como a la niña de sus ojos.

Años más tarde, decidió regresar a su patria. Empaquetó en un fardo los opúsculos puestos en orden y, con una caravana, se puso en camino en dirección a su tierra natal.

La caravana se topó por casualidad con una banda de bandoleros, que la hicieron parar y arrebataron uno a uno todo lo que encontraban de bienes y fortuna.

Llegó el turno de Al-Ghazali. Cuando la mano de los bandoleros se dirigió a la alforja, Al-Ghazali se puso a suplicar y a lamentarse.

- Excepto esto -decía- llevaos todo lo que poseo. Dejadme esto, por favor.

Los bandoleros se figuraron que ciertamente había en el inte-

rior de ese saco bienes de gran precio. Lo abrieron pues y no encontraron otra cosa mas que unos manojos de papel ennegrecido.

-*¿Qué es esto -preguntaron- y para qué sirve?*

-*Sea lo que sea -respondió Al-Ghazali- no os sirve para nada, pero me es útil a mí.*

- *¿En qué te es útil?*

- *Son los frutos de años de estudios. Si me los cogéis, mis conocimientos estarán arruinados, y mis años de trabajo en la vía del estudio de la ciencia habrán sido en vano.*

- *Verdaderamente, ¿tus conocimientos consisten en lo se encuentra aquí dentro?*

- *Sí.*

- *¿Una ciencia cuyo lugar es el fondo de un saco y que es susceptible de ser robada?. ¡Eso no es ciencia!. Ve a meditar tu suerte.-respondió uno de los ladrones-*

Estas simples palabras populares trastornaron el espíritu cultivado y sagaz de Al-Ghazali. Él, que no pensaba hasta ese día más que en escuchar maquinalmente al profesor y en anotar en sus cuadernos todo lo que escuchaba, se dedicó a educar su cerebro para la reflexión, a meditar y a indagar por más tiempo y recomendar los asuntos útiles al registro de su espíritu.

Los mejores consejos -decía Al-Ghazali- Aquellos que transformaron el gobierno de mi vida intelectual, los escuché de la boca de un asaltador de caminos.

20 - Ibn Sina e Ibn Mascouvieh

Abu 'Ali ibn Siná no había alcanzado todavía la edad de veinte años y ya se había instruido en las ciencias de la Época y había llegado a ser el más eminente de su tiempo en teología, ciencias naturales, matemáticas y ciencias religiosas. Fue un día a las clases de Abu 'Ali ibn Mascouvieh, ilustre sabio de aquella época. Con mucho orgullo, arrojó una nuez delante de Ibn Mascouvieh y le dijo:

- ¡Determina su superficie!

Ibn Mascouvieh puso delante de Ibn Siná unos fascículos de una obra que había escrito en la rama de la ética y de la educación, titulado *Taharat ul-A'rad*.

- Reforma de inmediato tu conducta -le dijo- antes de que yo determine la superficie de la nuez. Tienes mucha más necesidad de enmendar tus costumbres que yo de determinar la superficie de esta nuez.

Estas palabras pusieron a Abu 'Ali en una gran confusión y le sirvieron de orientación ética a lo largo de toda su vida.

21 - Recomendación de un asceta

El calor estival se había intensificado. El sol caía fuerte sobre Medina y sobre los jardines y las granjas de los alrededores. Fue entonces cuando un hombre llamado Muhammad ibn Mokader, que se identificaba con los ascetas, con los piadosos y con los anacoretas, llegó casualmente a los alrededores de Medina. Su mirada se posó de súbito en un hombre corpulento que con toda evidencia había salido a esta hora del día para visitar y ocuparse de sus granjas y que, a causa de su corpulencia y fatiga, andaba con la ayuda de varias personas que estaban a sus costados y pertenecían seguramente a sus próximos.

- ¿Quién es este hombre, se preguntó, que se afana con este calor por las cosas de este mundo?. Se acercó todavía más. ¡Sorprendente!. Este hombre es Muhammad ibn 'Ali ibn Husein. ¿Por qué esta honorable persona persigue las cosas de este bajo mundo?. Tengo que aconsejarle y disuadirle para que actúe de otro modo.

Se acercó y le saludó. El Imam Báqer (P), sofocado y bañado en sudor, le devolvió el saludo.

- ¿Conviene que un hombre honorable como tú salga de su casa en busca de las cosas de este mundo, a esta hora del día y con un calor semejante, sobre todo con esta corpulencia que te hace ciertamente soportar muchos sufrimientos? -le preguntó-

-¿Quién está avisado de la muerte?. ¿Quién sabe cuándo morirá?. Puede que la hora de tu muerte suene en este mismo

Anecdótico

instante. Si, Dios no lo quiera, la muerte te sorprende en tal estado, ¿cuál será tu suerte?. ¡No es digno de ti que persigas las cosas de aquí abajo y soportes tantos sufrimientos y penas, con esta corpulencia, con estos días de calor. Esto no es digo de ti!.

El Imam Báqer (P) retiró sus brazos de las espaldas de sus hombres y se apoyó contra el muro.

- Si la muerte me sorprendiera en este mismo instante, dejaría este mundo en estado de adoración de Dios y cumpliendo con mi deber, pues este trabajo es la obediencia y la sumisión mismas a Dios. ¿Tú te has figurado que el culto se reduce al dīkr (mencionar el nombre de Dios), a la oración y a los «du'a» (ruegos a Dios)? Como ves, tengo una existencia que administrar, tengo gastos y si yo no trabajo, si no me esfuerzo, habré de tender una mano mendicante hacia ti y tus semejantes. Yo voy a ganarme mi subsistencia a fin de no tener necesidad de nadie. Si yo me encontrara en estado de pecado, de infracción de los mandamientos divinos, es cuando debería temer la llegada de la muerte y no en mi estado actual de obediencia a la orden de Dios que me ha encargado no ser un fardo para los demás y ganarme yo mismo mi propia subsistencia»

- ¡Qué error he cometido entonces! - dijo el asceta - Me figuraba que aconsejaba a otro. Me acabo de dar cuenta que era yo mismo quien estaba en el error, que seguía una línea de conducta errónea, y que era yo quien tenía una gran necesidad de ser aconsejado.

22 - En el banquete del califa

Motawakel, califa abbásida sanguinario y tiránico, estaba asustado de la atención espiritual que el pueblo otorgaba al Imam Hadi (P), y no soportaba el que las gentes estuvieran dispuestas de buen grado a obedecer sus órdenes. Además, malas lenguas le dijeron que el Imam, ¿quién sabe? alimentaba quizás secretamente el deseo de una revolución y que no era improbable que se encontrasen en su casa armas o al menos cartas que fuesen un indicio en la materia. Es así que un día, después de la media noche, cuando todo el mundo se había ido a dormir, Motawakel envió a casa del Imam, de manera secreta y sigilosa, a un cierto número de sus verdugos y de sus próximos para inspeccionar su morada y detenerle. Motawakel había tomado esta decisión mientras estaba bebiendo embriagantes, en un banquete que había organizado. Sus agentes entraron de improviso en la casa del Imam y se ocuparon en primer lugar del Imam mismo. Le vieron sentado sobre arenilla en una habitación en la que había levantado la estera, absorto en el *dikr* y en confidencias y ruegos dirigidos al Creador. Entraron en las otras piezas y no encontraron nada de lo que buscaban. Se vieron pues obligados a contentarse con llevar al Imam a presencia de Motawakel.

Cuando el Imam entró, Motawakel, sentado en el lugar de honor del banquete, estaba bebiendo. Dio orden de hacer sentar al Imam a su lado. Este se sentó pues, y Motawakel le ofreció la copa de vino que tenía en la mano. El Imam rehusó diciendo:

- Juro por Dios que el vino jamás ha penetrado en mis venas ni en mi carne. Líbrame de ello.

Anecdótico

Motawakel consintió.

- *Recita algunos versos, -dijo entonces-, honra nuestra asamblea declamando poemas exquisitos que hagan nuestras delicias*

- *Yo no soy hombre de poesías -dijo el Imam- y tengo en la memoria pocos poemas antiguos.*

- *No hay pretexto, es absolutamente imprescindible que recites algunos poemas -insistió el tirano-*

El Imam se puso pues a recitar versos de este talante:

“Se hicieron una morada de altas cimas; hombres armados estaban permanentemente a sus costados y los vigilaban, pero ninguno de ellos pudo detener la muerte y preservarlos del perjuicio del tiempo.

A fin de cuentas, al flanco de estas cimas elevadas, del seno de estas murallas sólidas y firmes, fueron arrojados al fondo de los abismos del sepulcro, y ¡con qué pena descendieron a estos abismos!

Es entonces cuando se elevó la voz de un heraldo, gritándoles: ¿Dónde han ido los atavíos y las coronas, la suntuosidad, la gloria y la magnificencia?. ¿Dónde han ido, esos rostros sensuales que tras cortinas multicolores, por ostentación y por orgullo, siempre se ocultaron a la mirada de las gentes?.

¡La tumba desacreditó la grandeza de sus destinos. Esos rostros sensuales transformaron después de todo, el campo en gusanos de tierra moviéndose sobre ellos!

¡Durante largo tiempo, bebieron y comieron de los bienes de este mundo e ingirieron de todo; pero aquellos mismos que fueron consumidores de todas las cosas fueron a su vez consumidos por la tierra y los insectos de ella!”.

La voz del Imam, con un timbre particular y un tono que pene-

Ayatullah Morteza Mutahari

tró hasta el fondo del alma de los asistentes, incluido el mismo Motawakel, acabó el poema. Los vapores del alcohol se evaporaron del cerebro de los bebedores. Motawakel estrelló violentamente contra el suelo su copa de vino y fluyeron lágrimas de sus ojos.

Así es como fue arruinado este banquete y como la luz de la verdad llegó, aunque por un corto instante, a descargar un corazón lleno de crueldad del polvo de la vanidad y la indolencia.

23 - La oración del *'Id*

Tras haber vencido y hecho desaparecer a su hermano Muhammad Amin y mientras todo el vasto territorio del califato de la época fue puesto bajo su dominio e influencia, Al-Ma'mun, califa abbásida, inteligente e ingenioso, vivía todavía en Marw (que formaba parte del Jorasán de entonces) cuando le escribió una carta al Imam Reza (P) que habitaba en Medina, ordenándole acudir a Marw. El Imam Reza (P) buscó justificaciones y se excusó de diferentes maneras para acudir a Marw. Pero Al-Ma'mun no desistió. Escribió carta tras carta hasta que fue evidente para el Imam que el califa no desistiría.

Dejó pues, el Imam Reza(P) Medina por Marw, donde Al-Ma'mun le propuso hacerse cargo de los asuntos del califato. El Imam, que había leído en el fuero interno de Al-Ma'mun y sabía que esta propuesta tenía una intención puramente política, no suscribió de ninguna manera su proposición.

Este asunto continuó durante dos meses en los mismos términos, con la insistencia de una parte y el rechazo y la repulsa de la otra.

Finalmente viendo que su posición no era aceptada, Al-Ma'mun propuso al Imam que aceptase ser su sucesor. El Imam aceptó este puesto con la condición de que fuera una cuestión puramente formal y que él no tomaría ninguna responsabilidad de gobierno ni intervendría en ningún asunto político, y Al-Ma'mun consintió en ello.

De esta manera Al-Ma'mun obtuvo del pueblo el juramento de

fidelidad. Envió una circular por las diferentes ciudades, dando la orden de acuñar moneda y predicar desde el púlpito en nombre del Imam.

Llegó un día de fiesta, 'Id al-Gorbán, (la fiesta del Sacrificio). Al-Ma'mun envió un sirviente junto al Imam para rogarle que asistiese a esta fiesta e hiciese la oración del 'Id con el pueblo a fin de implicarle más en los asuntos oficiales. El Imam le hizo transmitir el siguiente mensaje:

- Nuestro pacto estipula que yo no intervendré en ningún asunto oficial. Por consiguiente, me excusó de acudir.

- Es preferible que vayas allí -le respondió Al-Ma'mun-, a fin de que sea confirmada la cuestión de sucesión.

Insistió y persistió tanto y de tal manera que el Imam terminó por decir:

- Es preferible que me dispenses de ello pero, si a pesar de todo, es necesario que vaya, cumpliré esa prescripción divina de la misma manera que el Enviado de Dios y 'Ali ibn Abu Tálib lo hicieron.

- Eres dueño de hacerlo como desees -aceptó Al-ma'mun-.

La semana del día de la fiesta, conforme al uso y costumbres adquiridas en tiempos de los califas, los jefes del ejército, los nobles y los notables se vistieron con suntuoso ropajes y, así preparados, montados en caballos enjaezados, se presentaron delante de la casa del Imam, para participar en la oración del 'Id. Las gentes del pueblo se prepararon, ellos también, en las calles y en los pasajes esperando el glorioso cortejo del sucesor para dirigirse, escoltándolo, hasta el lugar de la oración. Un gran número de hombres y mujeres estaban también subidos en las terrazas a fin de contemplar de cerca la majestuosidad y la magnificencia del cortejo del Imam. Todos esperaban el momento en que la puerta de la casa del Imam se abriera y apareciese el cortejo imperial.

Anecdótico

Por otra parte como se había comprometido con anterioridad con Al-Ma'mun, el Imam Reza (P) se disponía a participar en la oración del 'Id de la misma manera que la llevaban a cabo el Enviado de Dios y el Imam 'Ali y no como la realizaron posteriormente los califas.

Así, al despuntar el alba, hizo el *gusl* (baño ritual de purificación), después se colocó un turbante blanco, uno de cuyos extremos caía sobre su pecho y el otro sobre la espalda, se descalzó, levantó el bajo de su vestido y dijo a sus hombres que hicieran lo mismo. Tomó en su mano una caña con contera de hierro y salió de su morada en compañía de sus hombres y, conforme a la tradición islámica para ese día, exclamó en voz alta: "*Allahu Akbar, Allahu Akbar*" (¡Dios es más grande!. ¡Dios es más grande!).

La muchedumbre unió su voz a la suya para recitar esta consigna, y lo hizo al unísono y con tanto fervor y emoción que parecía venir del cielo, de la tierra y de todas partes. El Imam hizo alto un instante ante la puerta de la casa y recitó con voz fuerte esta oración:

“Dios es el más grande, Dios es el más grande, Dios es el más grande. Que le sea agradecido el habernos guiado. Dios es el más grande, que Le sea agradecido el habernos acordado el ganado (del sacrificio). Alabanzas a Dios que nos ha hecho salir victoriosos de la prueba”.

Toda la muchedumbre repitió al unísono esta frase con una voz poderosa mientras todos lloraban con cálidas lágrimas en la exaltación de sus sentimientos. Los comandantes del ejército y los oficiales, que habían venido de uniforme, montados a caballos y calzados con botas, se imaginaban que el sucesor del trono saldría a caballo. En cuanto vieron al Imam a pie, en este estado de sencillez y atención a Dios, se vieron sumergidos por la emoción a tal punto que con lágrimas, elevaron la voz para recitar la oración. Descendieron a toda prisa de sus monturas y se descalzaron las botas. Aquel que encontraba un cuchillo para cortar los cordones

de sus botas sin entretenerse en desatarlos, se consideraba más feliz que los demás.

La ciudad de Marw no tardó en llenarse de lamentaciones y lloros y a no ser más que un lago de sensaciones, emoción, fervor y lamentos. Cada diez pasos, el Imam Reza (P) paraba y repetía la oración cuatro veces, y la muchedumbre en llanto le acompañaba con una voz cargada de emoción. El estrépito y la grandeza espiritual, de verdad habían avivado tanto las sensaciones del pueblo que se olvidaron del fasto y la grandeza de los símbolos materiales. Las filas de gente se pusieron en marcha con fervor y entusiasmo en dirección al lugar de oración.

La noticia llegó a oídos de Al-Ma'mun. Sus próximos le advirtieron que si esta situación continuaba algunos minutos más, se presagiaba el peligro de una revolución. Al-Ma'mun se sintió sacudido. Inmediatamente hizo decir al Imam:

- Vuelve a tu casa, pues puede que seas importunado y corras algún peligro.

El Imam pidió su calzado y sus ropas, se las puso y volvió diciendo:

- Ya os había advertido desde el principio que mejor sería que me hubierais dispensado de esto.

24 - Escuchando la invocación maternal

Aquella noche, escuchaba sin fin los propósitos de su madre, que se había orientado hacia la *qiblah* (en dirección a la Kaaba en la ciudad de Meca) en un rincón de la habitación. Esa noche, madrugada del viernes, observaba las inclinaciones y prosternaciones, los movimientos de la oración maternal. Aunque todavía era un niño, estaba atento a su madre, que hacía tantos *du'as* en favor de mujeres y hombres musulmanes, nombrándolos uno a uno y pidiendo a Dios Todopoderoso felicidad, clemencia, favor y dádivas para cada uno de ellos, sin solicitar nada a Dios para ella misma.

El Imam Hasan permaneció despierto aquella noche hasta la mañana, siguiendo con la vista la conducta de su madre Fátima (P). No terminaba la larga espera para ver como su madre invocaba a Dios en su propios favor, y qué beneficio, qué felicidad le pediría par ella misma.

El alba sucedió a la noche transcurrida en oraciones y en *du'as* en favor de otros, sin que el Imam Hasan escuchara a su madre pronunciar una sola palabra de invocación en favor de ella misma.

- *Madre* -le dijo por la mañana- *te he escuchado toda la noche. ¿Por qué has solicitado el bien para los demás sin pedir nada para ti misma?*

- *Hijo mío bien amado* -respondió con ternura la madre- *primero son los vecinos, luego tu propio hogar.*

25 - Ante el juez

Un demandante presentó su demanda ante el poderoso califa de la Época, Umar ibn al-Jatab. Las partes litigantes fueron convocadas para exponer su diferencia. La persona contra la que era puesta la demanda era Amir al-Muminin, ‘Ali ibn Abu Tálíb (P). Umar convocó a las dos partes y se sentó en el lugar del juez. Según las prescripciones islámicas, las dos partes del litigio deben sentarse al lado una de la otra y el califa llamó al demandante por su nombre y le ordenó estar de pie en un lugar, preciso ante el juez. Después se volvió hacia ‘Ali y le dijo:

- *¡Oh Abal Hasan!, colócate al lado del demandante.*

Al oír esta frase, los rasgos de ‘Ali se ensombrecieron y signos de contrariedad aparecieron en su rostro.

- *¡Oh ‘Ali! -le dijo el califa-. ¿No te agrada estar de pie al lado de tu demandante?.*

- *Mi contrariedad no es debida a que deba estar de pie al lado de la parte contraria. Lo que me ha disgustado ha sido el hecho de que no has respetado enteramente la justicia, pues mientras me has nombrado con respeto y te has dirigido a mí por mi sobrenombre diciendo: “¡Oh Abal Hasan!” te has dirigido a la parte contraria por su nombre propio. Esta es la razón de mi pena y contrariedad.*

26 - En la comarca de Mina

Un cierto número de peregrinos estaban reunidos en la comarca de Mina. El Imam As-Sadeq (P) y un grupo de sus compañeros se habían sentado un instante para comer uvas. Apareció un mendigo que pidió asistencia. El Imam tomó unas uvas y quiso dárselas, pero el mendigo no las aceptó.

- *Dame dinero* -dijo-.

- *En absoluto, no tengo dinero* -le respondió el Imam-.

Contrariado, el mendigo se fue. Pero tras haber dado algunos pasos, cambió de idea y dijo:

- *Entonces dame esas uvas.*

- *En absoluto* -le respondió entonces el Imam, que no le dio las uvas-.

No tardó en presentarse otro mendigo y solicitar asistencia. El Imam tomó para él un racimo de uvas y se lo dio. El mendigo lo tomó y dijo:

- *Alabanzas al Señor de los Mundos que me ha concedido la subsistencia.*

Escuchando esta frase, el Imam le ordenó pararse, se llenó las dos manos de uvas y se las dio. Por segunda, vez el mendigo dio gracias a Dios.

- *Espera, no te vayas* -le dijo- *el Imam, se volvió hacia uno de sus hombres que se encontraba allí y le preguntó:*

- *¿Cuánto dinero tienes?*

Tenía cerca de veinte dirhams que a una orden del Imam dio al mendigo. Por tercera vez, este último alabó al Creador diciendo:

- Alabanzas a Dios solo, Mi Dios, Tu eres el Benefactor y no tienes asociado.

Oyendo esta frase, el Imam se quitó su vestido y se lo dio al mendigo. En aquel momento, el mendigo cambió de tono y pronunció una frase de agradecimiento hacia el Imam. Tras esto, el Imam no le dio nada más y se fue.

- *Comprendimos* -dijeron los compañeros que estaban sentados allá- *que si el mendigo hubiese continuado agradeciendo y alabando a Dios, el Imam le habría prestado todavía más asistencia. Pero como cambió de tono, alabando al Imam y testimoniándole su gratitud, dio fin a su ayuda.*

27 - Los levantadores de peso

Dos jóvenes musulmanes, practicantes de deportes, realizaban un concurso de levantamiento de peso. Había allí una gran piedra que era tomada como medida de la fuerza y virilidad de estos jóvenes, y que cada uno desplazaba según su capacidad. En ese momento llegó el Profeta (PBd).

- *¿Qué hacéis?* -preguntó-.

- *Hacemos deporte. Queremos ver cuál de entre nosotros es el más fuerte y el más poderoso.*

- *¿Queréis que os diga yo mismo quién es el más fuerte y el más poderoso de todos?.*

-*¡Claro!. ¡Quién mejor que el Enviado de Dios para que sea el árbitro del concurso y quien conceda el premio de honor!* - respondieronle-.

Los miembros de la asamblea estaban todos a la expectativa, por ver a quién iba el Enviado de Dios a designar como el héroe. Algunos decían, que el Profeta (PBd) iba a alzarle ahora la mano y presentarle como el gran ganador del concurso.

Así pues, he aquí lo que dijo el Enviado de Dios:

- *Más fuerte y más poderoso es todo aquel cuyo interés por una cosa que le place y de la que se enamora no le separa del eje de la justicia y de la benevolencia y no le lleva a maquinarse ninguna villanía. El más fuerte es aquel que, si en alguna ocasión se arrebatara y una ola de cólera invade su espíritu, guarda*

Ayatullah Morteza Mutahari

el control de sí mismo, no dice otra cosa que la verdad y no pronuncia una palabra de mentira ni de insulto; Éste adquiere poder e influencia, por la cual son superados obstáculos y trabas, y no sobrepasa, sin embargo, la medida de aquello a lo cual tiene derecho.

28 - Francamente convertido al Islam

Dos vecinos, uno musulmán y el otro cristiano, charlaban a veces a propósito del Islam. Un día el musulmán, que era un hombre piadoso y muy practicante, describió y contó tanto sobre el Islam que su vecino cristiano se sintió atraído por el Islam y se convirtió.

La noche llegó y de madrugada, el cristiano recién convertido oyó llamar a su puerta.

- *¿Quién es?* -preguntó, sorprendido e inquieto-.

Una voz se oyó desde detrás de la puerta:

- *Soy yo, Fulano...*-Se trataba del vecino musulmán a través del que se había convertido al Islam-.

-*¿Qué quieres a estas horas de la noche?*

- *Haz rápido tu ablución y vístete que vamos a la mezquita para rezarla oración del alba.*

Por primera vez en su vida, el recién convertido hizo la ablución y salió para la mezquita en compañía de su amigo musulmán. El amanecer estaba lejos todavía, vino el momento de la oración meritoria de la noche, e hicieron la oración hasta el inicio del alba. Se aplicaron a continuación a la oración del alba (*Subh*) y, entre ruegos y súplicas, amaneció.

El nuevo convertido se levantó para volver a su casa.

- *¿Dónde vas?* -le preguntó su amigo-.

- *Quiero volver a casa. Acabamos de hacer la oración del alba y no tenemos nada más que hacer aquí.*

- *Espera un poco y haz las súplicas de la oración hasta que el sol se eleve* -insistió el viejo musulmán-.

- *Muy bien, así lo haré* -accedió el recién convertido-.

Volvió a sentarse y conmemoró a Dios hasta que el sol se elevó y más aun. Se levantó entonces para irse, pero su amigo le tendió un Corán diciendo:

- *Lee un poco del Corán hasta que el sol se eleve en el cielo. Además, te aconsejo ayunar hoy mismo, ¡No sabes que el ayuno incrementa el mérito y la virtud!*

El mediodía se acercaba poco a poco.

- *Espera un poco* -le dijo entonces- *es mediodía, haz la oración de Dohr en la mezquita.*

La oración de *Dohr* fue rezada.

- *Espera* -le dijo entonces- *el momento de la oración de la tarde (Asr) no tardará en llegar. Haremos ésta también en el momento privilegiado, en el que se obtiene mayor bendición.*

Tras la oración de *Asr*, haciéndole ver que la jornada estaba casi finalizada, lo retuvo hasta la hora de la oración del ocaso (*Magrib*). Tras esta oración, el nuevo convertido quiso ir a romper el ayuno.

- *No falta más que una oración, la de la noche (Isha)* -le dijo su amigo- *espera todavía alrededor de una hora tras la caída de la noche». Llegó la hora de Isha y también esta oración fue rezada. Después, el nuevo convertido pudo regresar a su casa.*

A la noche siguiente, al llegar el alba, escuchó de nuevo llamar a la puerta.

-*¿Quién está ahí?* -preguntó-.

Anecdotalario

- Soy Fulano, tu vecino -le respondió- Haz rápido la ablución y vístete a fin de que vayamos juntos a la mezquita.

- Anoche de vuelta de la mezquita, renuncié a esta religión. Ve a buscar algún otro más desocupado que yo, que no tenga nada que hacer y pueda pasar su tiempo en la mezquita. Yo soy un hombre pobre y padre de familia numerosa, necesito trabajar y ganar el pan de cada día.

- Así,-dijo el Imam As-Sadeq (P) a sus compañeros tras haberles contado esta historia- este hombre piadoso pero severo hizo salir del Islam al infeliz que había hecho entrar. En consecuencia, cuidado de no ser intransigentes para con los demás. Tened en cuenta su capacidad de resistencia y su aptitud a fin de poder hacer de manera que sean atraídos por la religión y no que la huyan. ¿Sabéis que, si bien la táctica política de los Omeya se basa en la moral severa, la brusquedad y el rigor; nuestra línea de conducta reposa en la dulzura, la moderación, la amabilidad y la conquista de los corazones?.

29 - En la mesa del califa

Charik ibn Abdullah Najai, uno de los reputados jurisconsultos del siglo segundo de la Hégira, era conocido por su ciencia y su piedad, y Al-Mahdi ibn Al-Mansur, califa abbásida, estaba extremadamente deseoso de confiarle el cargo de juez. Pero, para mantenerse a distancia del sistema opresor, Charik ibn Abdullah no lo aceptaba. El califa deseaba igualmente hacerle profesor particular de sus hijos a fin de que les enseñase la ciencia del *hadiz*, pero Charik rehusó también esta tarea y se contentaba con la existencia libre y pobre que llevaba.

Un día, el califa le hizo venir y le dijo:

- Hoy tienes que consentir en una de estas tres cosas: o aceptas el cargo de juez, o tomas a tu cargo la instrucción y educación de mis hijos, o bien, hoy mismo te sientas a nuestra mesa y comes con nosotros.

Charik reflexionó y dijo:

- Puesto que soy violentado y forzado a una de estas tres tareas, la tercera me resulta evidentemente más fácil.

Así pues, el califa ordenó al jefe de cocina preparar ese día para Charik los manjares más deliciosos. Se prepararon platos multicolores a base de médula mezclada con azúcar cande y miel, y fueron servidos en la mesa.

Charik, que hasta entonces no había comido ni tan siquiera visto tales manjares, comió con gran apetito.

Anecdotario

- *Juro por Dios* -murmuró el cocinero al oído del califa- *que este hombre no verá más el rostro de la salvación.*

No tardó en verse a Charik tomar a su cargo la instrucción de los hijos del califa, y aceptar el puesto de juez. Con cargo al tesoro público, le fue igualmente fijada una pensión.

Un día, porfiaba con el encargado de la distribución de salarios, que le dijo:

- *¡No nos has vendido trigo para porfiar de esa manera!*

- *Os he vendido algo mejor que el trigo* -respondió acalorado Charik- *os he vendido mi religión.*

30 - Quejas de un vecino

Una persona se dirigió al Profeta (PBd) y le presentó quejas contra su vecino, diciendo que aquél le importunaba y le privaba del descanso.

- Ten paciencia y no provoques escándalo contra tu vecino -le respondió el Profeta (PBd)-, puede ser que cambie de comportamiento.

Tras algún tiempo, el hombre volvió reiterando su queja.

- Paciencia -le dijo también esta vez el Profeta (PBd)-.

Pero el hombre volvió una tercera vez diciendo:

- ¡Oh Enviado de Dios!, mi vecino no renuncia a su comportamiento y nos causa molestias continuamente.

- El viernes próximo -le respondió esta vez el Profeta (PBd)-saca de tu casa tus pertenencias y tus efectos y ponlos a la vista donde pasa la gente. Te preguntarán por qué has sacado allí tus cosas. Diles que es a causa de un mal vecino, y expón tus quejas a todos el mundo.

Llegado el Viernes, el demandante así lo hizo. El vecino perjudicial, que se imaginaba que el Profeta (PBd) daría la orden de tener paciencia y resistir, ignoraba que cuando se trata de eliminar la opresión y de defender los derechos, el Islam no reconoce al trasgresor, ni respeto, ni honor. Así que, cuando éste vio lo que estaba sucediendo, se sumió en súplicas, implorando al hombre que volviese a meter sus cosas en la casa. y se ocupó al instante de no causar de ninguna manera más molestias a su vecino.

31 - La palmera datilera

Samarah ibn Jandab poseía una palmera datilera en la propiedad de un *Ansar*. La casa del hombre *ansar*, que vivía con su mujer y sus hijos, se encontraba justo a la entrada de la propiedad. Samarah iba allí a veces a recabar noticias de su datilera o a recoger dátiles. Bien entendido que, según la ley islámica, tenía «derecho» de entrar y salir de esta propiedad y ocuparse de su árbol.

Así, cada vez que quería ir a ver su árbol, Samarah entraba en la casa con desenvoltura y sin prevenir, y aprovechaba para lanzar miradas indiscretas.

El dueño de la casa le rogó que no entrase de improviso, pero éste no consentía en ello. El dueño de la casa se vio obligado a presentar sus quejas ante el Profeta (PBd).

- Este hombre entra en mi casa sin avisar -le dijo- Pídele que no entre de improviso y sin advertir a fin de que mi familia sea avisada con antelación y se guarde de sus miradas indiscretas.

El Profeta (PBd) hizo venir a Samarah y le dijo:

- Un hombre se queja de ti. Dice que entras en su casa sin avisar y que inevitablemente ves a su familia en un estado en el que no les gusta ser vistos. Pide antes permiso y no entres sin advertir y sin ser autorizado.

Pero Samarah no consintió.

- Entonces vende el árbol -le dijo el Profeta (PBd)-.

Pero Samarah no consintió en ello. El Profeta (PBd) elevó el precio, pero Samarah nunca aceptaba. Subió todavía más su precio, mientras Samarah persistía en rehusar.

- Si lo vendes -le decía el Profeta (PBd)- habrá un árbol para ti en el Jardín. Pero Samarah decía siempre que no. Permanecía obstinadamente en sus posiciones, no estando dispuesto ni a renunciar a su árbol, ni a pedir permiso al propietario antes de entrar en la propiedad.

- Tú eres un hombre pernicioso e intransigente -le dijo entonces el Profeta (PBd)- pues el causar perjuicio y mostrarse intratable no tiene lugar en la religión del Islam. Después se volvió hacia el hombre ansar y le dijo:

- Ve y arranca el datilero y échalo delante de Samarah.

El hombre marchó a su casa e hizo lo que el Profeta (PBd) le había dicho.

- Ahora -dijo entonces el Profeta (PBd) a Samarah- ve a plantar tu árbol allá donde el corazón te diga.

32 - En la casa de Umm Salamah

El Profeta (PBd) se encontraba aquella noche en la casa de Umm Salamah. A la mitad de la noche, Umm Salamah se despertó y se dio cuenta de que el Profeta (PBd) ya no estaba en su lecho. Se preguntó, inquieta, que le habría podido pasar. Sus celos instintivos la llevaron a averiguarlo. Se levantó pues y se puso a buscarlo. Encontró al Profeta (PBd) en un rincón oscuro, con los brazos elevados hacia el cielo, y derramando lágrimas mientras decía :

- ¡Dios mío, no me tomes las cosas buenas que Tu me has dado; Dios mío no me expongas al reproche de los enemigos y envidiosos; Dios mío, no me abandones jamás a mi mismo, aunque solo sea por el tiempo de un abrir y cerrar de ojos!.

Oír esas palabras así dichas, hizo temblar a Umm Salamah, que se sentó en un rincón y se puso a llorar. Sus lloros tomaron en seguida tanta intensidad que el Profeta (PBd) fue a preguntarle.

- ¿Por qué lloras?.

- ¿Cómo podría no llorar?. ¡Tú que gozas de una posición tal, de un rango tal ante Dios, Le temes hasta ese punto, Le pides que no te abandone a ti mismo ni un instante!. ¿Qué decir entonces de mi y de mis semejantes?.

- ¡Oh Umm Salamah! -le respondió el Profeta (PBd)-. ¿Cómo podría sentirme seguro y sin inquietud? El Profeta Jonás fue abandonado un instante a él mismo y le aconteció lo que es sabido.

33 - Mercado negro

La familia del Imam As-Sadeq (P) había crecido y sus gastos domésticos se habían incrementado. El Imam concibió el proyecto de obtener algo de dinero con el comercio a fin de satisfacer los gastos familiares. Reunió un capital de mil dinares y dijo a su servidor Mossadef,:

- Toma estos mil dinares y prepárate a viajar a Egipto y comerciar.

Mossadef se fue pues y compró con esta suma de dinero el tipo de mercancía que era ordinariamente transportada hacia Egipto. Después se puso en camino con una caravana de mercaderes todos los cuales transportaban el mismo género.

Se aproximaban a Egipto cuando se cruzaron con otra caravana de comerciantes que volvía. Se interesaron naturalmente por los acontecimientos, y resultó fuera de discusión, que las mercancías que llevaban escaseaban y se vendían bien. Los propietarios de las mercancías se alegraron por su buena suerte. Esta mercancía se encontraba entre las cosas de necesidad corriente, y la gente estaba obligada a comprarlas costase lo que costase.

Tras haber escuchado esta gozosa noticia, los mercaderes acordaron entre ellos no vender a menos del cien por cien de beneficio.

Siguieron camino y llegaron a Egipto. La situación era tal y como les habían informado. Fieles al pacto que habían realizado entre ellos, establecieron un mercado negro y no vendieron a menos de dos veces el precio de coste.

Anecdotalario

Mossadef volvió a Medina con un beneficio neto de mil dinares. Se dirigió, feliz y contento, a presencia del Imam As-Sadeq (P) y depositó ante él dos bolsas conteniendo cada una mil dinares.

- *¿Qué es esto?* -Preguntó entonces el Imam-

- *Una de las bolsas contiene el capital que me diste y la otra, que encierra una suma igual al capital, el beneficio neto obtenido.*

- *Es un gran beneficio, respondió el Imam. Dime, ¿cómo es que has podido sacar tanto provecho?*

- *Sucedió como sigue: en los alrededores de Egipto, nos enteramos de que nuestras mercancías escaseaban y acordamos entonces no vender a menos del cien por cien de beneficio neto, esto es lo que hicimos.*

-*¡Gloria a Dios!. ¡habéis tenido suerte!. ¡Habéis jurado establecer un mercado negro en el seno de los musulmanes!. ¡Habéis jurado no vender a un beneficio neto inferior al capital!. No, yo no quiero nada en absoluto de un comercio tal ni de un beneficio tal.*

Después el Imam tomó una de las bolsas diciendo:

- *Este es el capital que yo invertí -y sin tocar la otra bolsa, añadió:- En cuanto a ésta, eso no me atañe.*

¡Oh Mossadef! -dijo entonces- es más fácil batirse a espada que hacer comercio lícito.

34 - El retrasador de la caravana

En la oscuridad de la noche, se oía a lo lejos la voz de un joven que imploraba y pedía ayuda. Su camello, débil y endeble se había quedado retrasado de la caravana, y finalmente se había echado, agotado.

Hizo todo lo que pudo, en vano, para reanimar al camello, y terminó de pie, contrariado, al lado de su montura, lamentándose. Mientras tanto, el Profeta (PBd), que se ponía en camino generalmente el último y avanzaba a la cola de la caravana, para que jamás un débil, un impotente se descolgase de la caravana y permaneciese solo y sin asistencia, escuchó desde lejos sus lamentaciones.

-¿*Quién eres?* -le preguntó tras haberle recogido-

- *Soy Yaber.*

-¿*Por qué esperas?. ¿Por qué estás en apuros?.*

-*¡Oh Enviado de Dios!. Por la sola razón de que mi camello está agotado.*

- ¿*Tienes un bastón?* -le preguntó el Profeta (PBd)-.

- *Si* -respondió-.

- *Dámelo.*

El Profeta (PBd) tomó el bastón, con ayuda del cual hizo avanzar al camello, después le hizo arrodillarse y, haciendo con sus manos un estribo, dijo a Yaber que montase.

Yaber montó pues y los dos se pusieron en camino. Entonces

Anecdótico

el camello de Yaber tomó velocidad. A lo largo de todo el camino, el Profeta (PBd) no dejaba de demostrar benevolencia hacia el joven. Yaber calculó que rogó en total veinticinco veces por la remisión de sus pecados.

-¿Cuántos hijos ha dejado Abdullah tu padre? -le preguntó a Yaber en el transcurso del viaje-

- Siete hijas y un hijo que soy yo mismo.

- ¿Le quedaron deudas? -se interesó el Mensajero de Dios-

- Sí.

- Bien, de vuelta a Medina, habla con sus acreedores, y avísame en el momento de la recolección de los dátiles.

- Muy bien -respondió el joven-

-¿Estás casado?.

- Sí.

- ¿Con quién?.

- Con una de las hijas de Fulano, una de las viudas de Medina.

-¿Por qué no te has casado con una chica joven de tu edad?.

-¡Oh Enviado de Dios!. Teniendo varias hermanas jóvenes y sin experiencia, no he querido casarme con una chica joven y sin experiencia: he creído preferible elegir por esposa una mujer madura..

- Has hecho muy bien. ¿Cuánto has pagado por este camello?.

- Cinco woghyés de oro.

- Que sea mío a ese precio. Cuando llegues a Medina, ven a buscar el dinero.

Este viaje llegó a su término y entraron en Medina. Yaber llevó el camello para entregarlo al Profeta (PBd), quien dijo a Bilal:

Ayatullah Morteza Mutahari

- Da a Yaber cinco woghyés de oro por el precio del camello, más tres woghyés a fin de que pague las deudas de su padre Abdullah, y que su camello sea suyo.

Después preguntó a Yaber:

- ¿Has redactado un contrato con los acreedores?.

- No, Oh Enviado de Dios.

- ¿Lo que tu padre ha dejado, basta para cubrir el resto de las deudas?.

- No, Oh Enviado de Dios.

- Entonces avísame en el momento de la recolección de los dátiles.

Cuando llegó el momento de la recolección de los dátiles, Yaber avisó al Profeta (PBd), quien vino y reembolsó a los acreedores, dejando suficientemente para la familia de Yaber.

35 -El cordón de la sandalia

El Imam As-Sadeq se dirigía con algunos de sus compañeros a casa de uno de los suyos para presentarle su pésame, cuando, en el transcurso del camino, su cordón se rompió de tal manera que su calzado no se sujetaba al pie. Cogió su calzado con la mano y se puso a caminar descalzo.

Abdullah ibn Abu Ya'far, que era uno de sus compañeros allegados, se descalzó de inmediato, desató su calzado y tendió el cordón al Imam a fin de que anduviese calzado y seguir Él mismo su camino descalzo.

El Imam, resuelto a no aceptar el cordón, desvió su cara de Abdullah con aire enfadado.

- Aquel al que le sobrevienen alguna dificultad -dijo- es más apto que ninguno para enderezarla. No tiene sentido que un incidente sobrevenga a una persona y que sea otra quien lo sufra.

36 - Hisham y Farasdaq

Hisham Ibn Abol Malek, aun siendo el sucesor de una época que veía el gobierno Omeya en el apogeo de su poder, es decir, el primer decenio del segundo siglo de la Hégira, se esforzó en vano, tras las vueltas dadas alrededor de la Kaaba, en alcanzar la Piedra Negra y en tocarla con la mano. Todos los peregrinos estaban vestidos con el mismo atuendo blanco, el *ihram*, pronunciaban las mismas frases de *dikr*, y llevaban a cabo las mismas acciones. Estaban hasta tal punto sumidos en sus emociones puras que no podían pensar en la mundana personalidad de Hisham ni en su posición social. Los individuos que había traído con él de Siria a fin de que cuidasen su honor y prestigio parecían insignificantes al lado de la grandeza y del esplendor espiritual de la Peregrinación.

Fuesen cuales fuesen sus esfuerzos, Hisham no llegó a alcanzar la Piedra Negra ni a tocarla conforme al rito de la Peregrinación, a causa de la densidad de la multitud. Se vio obligado a volverse y se le instaló un sillón en una altura, desde donde se puso a contemplar la muchedumbre. Entonces apareció allí un hombre de rostro virtuoso. El tampoco, como los otros peregrinos, llevaba más que una simple vestimenta blanca de dos piezas sin costuras ni adornos. Se puso sin más a dar vueltas alrededor de la Kaaba, después se dirigió hacia la Piedra Negra con aire apacible y un paso decidido. Entonces la muchedumbre, a pesar de su densidad, al verle, hizo un pasillo permitiéndole así que se aproximase a la Piedra Negra.

A los Sirios, que habían visto antes, como el sucesor al trono, a pesar de su importancia y su fasto, no había conseguido acercarse a

Anecdótico

ella, se les desorbitaron los ojos a la vista de esta escena quedando estupefactos.

-¿*Quién es esa persona?*. -preguntó uno de ellos a Hisham-.

Aunque Hisham sabía perfectamente que se trataba de ‘Ali Ibn Al-Husein Zain-ul-Abidin, cuarto de los Imames Purificados de Ahlul Bait, puso cara de no conocerle.

- *Ignoro quien es* -dijo-.

¿Quién habría osado presentarle en ese momento ante Hisham a cuya espada le gustaba la sangre?. Entonces Hamam Ibn Ghaleb, famoso poeta árabe, conocido bajo el nombre de Farasdaq, que habría debido proteger más que cualquier otro el honor y el prestigio de Hisham, dado su oficio y las particularidades de su arte, se sintió provocado en su fuero interno hasta tal punto, que replicó de inmediato:

- *¡Pues yo sí, yo lo conozco!*.

Y lejos de contentarse con una simple explicación, de pie, subido a un alto, recitó, improvisando, un elocuente poema que se cuenta entre las obras maestras de la literatura árabe, pues solo en los momentos de emoción, cuando el alma del poeta ondula como el mar, se puede concebir semejante discurso :

“Esta persona es alguien conocido por todos
los guijarros de la tierra,
la Kaaba le conoce,
la tierra del Harám de la Meca
y la tierra exterior al Harám. le conocen
Es hijo de las mejores criaturas de Dios,
es célebre, virtuoso, puro entre los puros.
Diciendo que no le conoces,
no le alcanza ningún perjuicio,
¿Que importa que uno no conozca
al que es conocido por árabes y no árabes...?”.

Hisham se inflamó de cólera y furor oyendo este poema, esta lógica y estas frases. Ordenó que fuese cortada la pensión acordada a Farasdaq del Tesoro Público, y que fuese encarcelado en Asfan, entre la Mecca y Medina. Pero Farasdaq no dio la menor importancia a estos acontecimientos, resultado de su audacia al expresar sus convicciones, ni a la supresión de su salario y su pensión, ni a su encarcelamiento. Y en su prisión, no paraba de satirizar y criticar a Hisham escribiendo deliciosos poemas.

‘Ali Ibn Husein (P) envió a la prisión para Farasdaq, cuya fuente de recursos se había agotado, cierta suma de dinero, que este rehusó diciendo:

- No he compuesto este poema más que en virtud de mis convicciones y mi fe y, por Dios, no tengo deseos de tocar el dinero que os devuelvo.

‘Ali Ibn Husein reenvió por segunda vez esta suma a Farasdaq, con este mensaje: “*Dios conoce tu intención y tu deseo y te retribuirá en función de esta intención y ese deseo. El aceptar esta ayuda no disminuirá ninguna de tus recompensas junto de Dios*”.

Y le hizo jurar que aceptaría esta ayuda, cosa que Farasdaq consintió.

37 - Al Bizantí

Ahmad Ibn Muhammad Ibn Abu Nasí al-Bizantí, que formaba parte de los sabios de su tiempo, terminó por convencerse de la justeza del Imamato del Imam Reza (P) tras intercambiar una abundante correspondencia repleta de preguntas con él .

Un día dijo al Imam:

- Deseo visitarte en persona en algún momento en que nada se oponga a ello y cuando mis idas y venidas no creen problemas desde el punto de vista del sistema gubernamental, para disfrutar de tu presencia.

Un día al final de la jornada, el Imam Reza (P) envió su montura personal e hizo venir a Al Bizantí a su lado. La velada se desarrolló hasta medianoche llena de preguntas y respuestas científicas. Al-Bizantí se enorgullecó de esta ocasión que le había sido ofrecida y no podía contenerse de alegría.

La velada pasó y llegó el momento de dormir. El Imam hizo venir a su servidor y le dijo:

- Trae el colchón donde duermo y extiéndelo para Al-Bizantí a fin de que descanse.

Este testimonio de amistad exageró la medida del efecto en Bizantí, que se puso a forjar quimeras. Se decía en su fuero interno:

- Nadie en el mundo es hoy más feliz ni más afortunado que yo. El Imam envió para mi su montura personal, con la que me hizo venir a su casa. Es conmigo con quien ha estado sentado

toda una velada en privado, respondiendo a mis preguntas. Además de todo esto, es para mi que el Imam da orden, llegada la hora de dormir, de que extiendan su colchón personal. ¿Quién en el mundo será pues más feliz y más afortunado que yo?.

Al-Bizantí estaba así sumido en estas dulces quimeras y veía a sus pies el mundo y lo que contiene. De repente el Imam Reza que estaba apoyado sobre sus brazos, en el momento de levantarse y partir, le dirigió la palabra, rompiendo el hilo de su imaginación.

- ¡Oh Ahmad! -le dijo-. No hagas de lo que te ha ocurrido esta noche una razón para enorgullecerte y prevalecer sobre los otros. Pues Sa'at Ibn Sufián, que se encontraba entre los mayores compañeros de 'Ali Ibn Abu Tálib (P) habiendo caído enfermo, fue visitado por 'Ali y le testimonió mucha amistad y benevolencia y apoyó su mano por gentileza en la frente de Sa'at. Pero cuando quiso levantarse para irse, se dirigió a Él en estos términos: "No hagas jamás de estas cosas un motivo de superioridad y de orgullo. No constituyen un motivo para atribuirse nada. Si he hecho todo esto, es a causa del deber que me incumbe y nadie debe jamás hacer de este género de cosas una razón para suponerse alguna perfección".

38 - Aqil, huésped de ‘Ali

En la época del califato de Imam ‘Ali (P), su hermano Aqil fue a visitarlo a su casa en Kufa.. ‘Ali hizo señas a su hijo mayor, Hasan (P), para que le regalara un vestido a su tío. Así, el Imam Hasan ofreció así a su tío Aqil una camisa y un manto que le pertenecían.

Se hizo de noche y hacía calor. ‘Ali y Aqil estaban conversando, sentados en la terraza de la residencia califal. Llegó la hora de cenar. Aqil, que se consideraba invitado a cuenta del califato, se esperaba naturalmente una mesa abigarrada. Pero contrariamente a lo que se esperaba, fue dispuesta una mesa extremadamente simple y pobre.

-¿Esto es todo lo que hay para cenar? -preguntó con gran asombro-

-¿No es esto una bendición divina? -le respondió ‘Ali (P)-. *En cuanto a mi, agradezco ¡Oh cuanto! a Dios por estas bendiciones y Le doy las gracias.*

- Entonces necesito exponer mi petición lo más rápido y despedirme -respondió Aqil- *Estoy lleno de deudas. Da la orden de que sean pagadas lo más rápidamente posible, y asiste a tu hermano con la suma que quieras, a fin de que vuelva a mi casa sin preocuparme más.*

-¿A cuánto ascienden tus deudas? -quiso saber Imam ‘Ali (P)-

- A mil dirhams -respondió Aqil-

-¡Oh, mil dirhams!. ¡Que suma tan elevada!. ¡Estoy desolado,

querido hermano, de no tener tanto para pagar tus deudas. Pero espera a que llegue el momento de la distribución de los salaris. Guardaré entonces de mi parte y te la daré, cumpliendo así con las obligaciones de ayuda y fraternidad. Si no fuera el sustento de mi familia, te daría toda mi parte sin guardar nada para mi mismo.

-¿Cómo?! -Respondió Aqil- ¿Esperar a que llegue el momento de la distribución de los salarios?! ¿El Tesoro Público y las rentas del país están en tus manos y me dices que espere el momento del reparto de las partes proporcionales, para que me des la tuya?!. Tú puedes descontar sobre el Tesoro Público la suma que quieras. ¿Por qué me remites al momento del pago de los salarios?. Y además, ¿a cuánto se eleva tu salario?. Aun suponiendo que me des la totalidad de él, ¿en qué remediaría mi problema?.

- Estoy sorprendido de tu proposición -respondió ‘Ali- Que las cajas del Estado contengan o no dinero, ¿Qué nos atañe a ti y a mi?. Nosotros somos como el resto de los musulmanes. Es cierto que eres mi hermano y que debo, en la medida de lo posible, socorrerte y asistirte con mis bienes, ¡Pero con mis propios bienes, y no con el Tesoro Público de los musulmanes!.

La discusión continuaba, y Aqil, obstinado, insistía empleando diferentes argumentos, concluyendo siempre :

- Da la autorización de que me den del Tesoro Público una suma suficiente, a fin de que marche a ocuparme de mis asuntos.

El lugar en el que estaban sentados daba sobre el bazar de Kufa. Desde allí, se podían ver los cofres conteniendo el dinero de los comerciantes y vendedores. Mientras que Aqil insistía obstinadamente, ‘Ali le dijo:

- Si haces lo que te diga, podrás liquidar la totalidad de tus

Anecdótico

deudas y poseer una suma más importante todavía.

-¿Qué debo hacer?.

- Allá, abajo, se encuentran los cofres llenos de oro. Cuando el lugar esté desierto y no haya nadie en el bazar, desciende por aquí, rompe los candados y sírvete tanto como te diga el corazón.

- De quién son los cofres?.

- Pertenecen a esos vendedores, que vuelcan dentro sus ganancias netas.

- ¡Es sorprendente!. ¿¡Me sugieres que abra los cofres de esas pobres gentes y tome los bienes que han adquirido y volcando en esos cofres al precio de mil penas, antes de marcharse invocando el nombre de Dios!?.

- Si eso te sorprende, entonces. ¿Cómo puedes tú sugerirme que abra para ti el cofre del Tesoro Público de los musulmanes?. ¿A quién pertenece entonces su contenido?. Pertenecer también a esas pacíficas gentes que se han ido a descansar a sus casas. Tengo otra proposición que hacerte, acéptala si lo deseas.

-¿Qué proposición nueva es esa?.

- Si estás dispuesto, toma tu espada, yo tomaré la mía. En los alrededores de Kufa se encuentre Hirah, una ciudad antigua donde viven grandes comerciantes y hombres riquísimos. Vámonos allí nosotros dos, ataquemos a uno de ellos de improviso y nos beneficiamos de la gran fortuna así obtenida.

- ¡Querido hermano!. Yo no he venido para robar ni para que me hables así. Mira lo que te digo: permite que me den el dinero del Tesoro Público y de la Caja del Estado que están bajo tu poder; para que pague mis deudas.

- Justamente a eso me refiero. Es preferible que robemos los

Ayatullah Morteza Mutahari

bienes de una persona antes que los de cientos de millares de musulmanes. ¿Cómo es que hurtar con la espada los bienes de una persona es un robo mientras que hurtar el de todo el mundo no lo es?. ¿Tu te has figurado que el robo se reduce a atacar a alguien y a arrancar su bien por la fuerza?. Pues el más abyecto de los robos es precisamente ese que tú me estás proponiendo -concluyo diciendo ‘Ali (P)-.

39 - un sueño aterrador

El sueño que había tenido le sumió en un gran espanto. En todo momento, le venían al espíritu interpretaciones espantosas. Aterrado, se dirigió al Imam As-Sadeq (P).

- He tenido un sueño -dijo- He soñado que un fantasma de madera, o puede que sea un hombre de madera, monta un caballo de madera; tiene una espada en la mano, que agita en el espacio. La vista de este espectáculo me ha sumido a un espanto extremo y ahora quisiera que me des la interpretación de ese sueño.

- Se trata seguramente -respondió el Imam- de una persona determinada en posesión de un bien que tú tratas de arrebatárselo por no importa que medio. Teme a Dios que te ha creado y te hará morir; y renuncia a tu resolución.

- Eres con toda seguridad el verdadero esclarecido y has puesto la ciencia en su cauce. Confieso que tenía una idea así en la cabeza: Uno de mis vecinos tiene una granja que quiere vender por necesidad de dinero, pero por el momento no tiene más comprador que yo. Estos días, sueño permanentemente en aprovecharme de su necesidad de dinero y arrancarle esta granja a bajo precio.

40 - En el territorio de los Bani Sa'edeh

Era de noche y el tiempo estaba lluvioso y húmedo. Aprovechando la oscuridad de la noche y la soledad de la calle, el Imam As-Sadeq (P) salió de su casa solo y sin advertir a ninguno de sus hombres, y se encamino al territorio de los Banu Sa'edeh.

Moalla Ibn Jenís, que era uno de sus próximos compañeros y, en ese momento, el administrador de su casa, se dio cuenta por casualidad de que el Imam había salido.

- No debo dejarlo solo en esta oscuridad -se dijo- Y marchó tras él discretamente, dejando algunos pasos de distancia, por lo que las tinieblas no le permitía ver más que la silueta del Imam.

Caminando así tras el Imam, le pareció que algo había caído de repente de la espalda de éste y se había desparramado por el suelo. Entonces oyó murmurar al Imam:

-¡Dios mío, concédemelo de nuevo!.

Entonces Moalla se adelantó y saludó. El Imam le reconoció por la voz.

- ¿Estás bien Moalla? -le preguntó-.

- Si, estoy bien -respondió- y se dispuso a buscar lo que se había caído al suelo. Vio una determinada cantidad de pan que se había esparcido por el suelo. El Imam le pidió que lo recogiese y se lo diese. Moalla recogió poco a poco los panes y se los dio al Imam. Había un gran saco de pan que una per-

Anecdótico

sona sola difícilmente podía llevar a la espalda.

- Permíteme llevarlo yo mismo -dijo Moalla-

- No, no es necesario, yo soy más apto que tú para hacerlo.

El Imam se echó el saco de pan a la espalda y los dos se pusieron en camino hasta que alcanzaron el territorio de Banu Sa'edeh. Había allí, una concentración de pobres y miserables. Allí vivían los sin recursos, todos dormían, nadie de entre ellos velaba. El Imam depositó los panes, de uno en uno, de dos en dos, bajo el manto de cada uno de ellos sin olvidarse de ninguno, y se disponía a volver cuando se dirigió a Moalla diciendo:

- ¡Oh Moalla!. la limosna hecha de noche o en secreto aplaca la cólera de Dios, borra los pecados y vuelve fácil el día del Juicio final a aquel que la ha dado.

41 - El saludo de un judío

Aisha, esposa del Profeta (PBd), estaba sentada en su presencia cuando entró un judío, quien en lugar de decir al entrar “*As-Salam alaikom*” (que la paz sea sobre vosotros), dijo: “*As-sam alaikom*” (muerte a vosotros). No tardó en entrar otro que en lugar de saludar pronunció las mismas palabras. Era evidente que no se trataba de una casualidad, sino más bien de un plan destinado a atormentar al Profeta (PBd).

Aisha montó en cólera y gritó:

- *Muerte a vosotros mismos..*

- *¡Eh Aisha! -le dijo el Profeta (PBd)- no profieras injurias. Si la injuria era intencionada, tendrá los peores y más feos aspectos. La dulzura, la moderación y la paciencia en soportar las ofensas adornan y embellecen todo aquello a lo que están sujetas, y aminoran la belleza de cualquier cosa a la que están sustraídas. ¿Por qué te has puesto nerviosa y exaltada?.*

-*¿No ves ¡oh Enviado de Dios!, lo que dicen con tanta insolencia y desvergüenza en lugar de saludar?.*

- *Claro que sí, y yo también les he respondido: “alaikum” (sobre vosotros), y esto me basta.*

42 - Carta a Abu Dhar

Abu Dhar recibió una carta que abrió y leyó. Venía de lejos, y su autor le pedía un consejo general. Era de aquellos que conocían a Abu Dhar por la atención y el favor de que éste era objeto por parte del Profeta (PBd) que le había enseñado la sabiduría con su palabras elevadas y llenas de sentido.

Abu Dhar no le escribió en respuesta más que una frase, una corta frase:

“No obres con maldad ni enemistad con la persona que tu más amas en el mundo”.

Después cerró la carta y la envió.

Este hombre no entendió nada de la carta de Abu Dhar.

-¿Qué quiere decir esto? -se preguntó-. ¿Dónde quiere llegar?.
«No obres con maldad ni enemistad con la persona que tu más amas en el mundo». *¿Qué significa esto?.* *Con seguridad esta frase esconde una verdad evidente.* *¿Puede que se tenga un ser querido, el más querido de los bienamados, y que se le haga un mal?.* *No solamente no se le hará ningún mal, sino que se sacrifica a él cuerpo y bienes.*

Por lo demás meditaba que no podía perder de vista la personalidad del autor de esta frase.

- El autor de ella es Abu Dhar, y. Puesto que Abu Dhar es el Luqmán de la comunidad islámica y razona con sabiduría, no tengo otro remedio que pedirle que me explique lo que ha que-

rído decir con ello..

Le escribió una segunda carta a Abu Dhar, pidiéndole aclaraciones. Abu Dhar le escribió en respuesta:

- Por el más adorado y el más querido de los seres para ti, entiendo tú mismo, tú mismo y nadie más. Tú te amas a ti mismo más que a cualquier ser del mundo y si digo que no hagas prueba de enemistad hacia el más querido de tus bien amados, esto significa: no seas hostil contra ti mismo. ¿No sabes pues que toda trasgresión, todo pecado que comete el hombre le perjudica directamente a él mismo y que es él el perjudicado?...

43 - Un salario indeterminado

Aquel día, Soleyman Ibn Ya'far al Ya'fari y el Imam (P) habían salido juntos por algún asunto, anocheció y Soleyman quiso volver a su casa.

- *Ven a nuestra casa y quédate con nosotros esta noche* -le dijo el Imam Reza (P)-.

Obedeció y acompañó al Imam a la casa.

El Imam, encontró allí a sus criados plantando flores. Su mirada recayó entonces sobre un extraño que trabajaba con ellos.

- *¿Quién es?* -preguntó-.

- *Lo hemos contratado hoy para que nos ayude* -le respondieron los criados-.

- *Muy bien, ¿Qué jornal habéis fijado para él?*

- *Le daremos algo de dinero y la comida.*

En el rostro del Imam aparecieron. signos de tristeza y de enfado Soleyman Al-Ya'fari se adelantó y le preguntó:

- *¿Por qué te disgustas?.*

- *Ya he ordenado en diferentes ocasiones* -le respondió el Imam- *que no encargasen a nadie un trabajo sin determinar en qué consiste éste y su remuneración.*

Fijad al principio el jornal de la persona en cuestión, después hacedle trabajar. Aun habiendo fijado la remuneración correspon-

diente al trabajo, podéis, al término del mismo añadir algo. Viendo que le dais más que la suma acordada, esta persona se sentirá agradecida, os apreciará y el afecto entre vosotros se fortalecerá. E igualmente si mantenéis la suma convenida, no se quedará descontenta. Mientras que si encargáis un trabajo a alguien sin determinar su jornal, sea cual sea la suma que le deis al finalizar la tarea, no pensará que habéis sido benévolos con él, imaginando por el contrario que le habéis dado menos de lo que se debía.

44 - ¿Esclavo o libre?

Se oía música y canto. Cualquiera que pasaba cerca de esa casa, podía adivinar lo que ocurría en su interior. Era un despliegue de juerga y borrachera donde se consumía copa tras copa. La pequeña sirvienta había barrido la casa, y con la basura en la mano había salido para tirarla en un rincón. En ese mismo momento pasaba por allí un hombre cuyo rostro mostraba signos de adoración y cuya frente revelaba largas prosternaciones:

-¿El dueño de esta casa es esclavo o libre? -preguntó a la sirvienta-

- Libre -respondió ella-

- Es evidente que es libre, respondió el hombre, pues si fuera esclavo, temería a su Amo y su Dios y no se prestaría a tal ostentación.

Este intercambio de frases entre el hombre y la sirvienta hizo que ésta permaneciera por más tiempo fuera de la casa. Cuando entró, su amo le preguntó:

-¿Por qué has tardado tanto?

La sirvienta le relató el incidente diciendo:

- Un hombre de tal y tal condición y de tal y tal apariencia pasó y me hizo esta pregunta, a la que di tal respuesta.

El relato de este incidente le sumió unos instantes en sus pensamientos. Ésta frase en particular le traspasó el corazón como una flecha: “*Si fuera esclavo, temería al amo de su libertad*”. Se levanta

tó de repente y sin darse tiempo a calzarse, fue tras el autor de estas frases. Corrió hasta que distinguió a aquel que no era otro que el séptimo Imam, Musa Ibn Ya'far (P). Gracias a él accedió al arrepentimiento y en recuerdo de ese día en que se arrepintió descalzo, no llevó calzado nunca más. Él, que era conocido hasta ese día bajo el nombre de Bochr Ibn Harez Ibn Rahman Marwazi, recibió el sobrenombre de Al Hafí. Permaneció toda su vida fiel a su compromiso y no se acercó más al pecado. A pesar de que, hasta ese momento era de la clase de los burgueses y juerguistas, desde ese momento se unió a la de los hombres piadosos y virtuosos.

45 - En el *miqat*

Malek Ibn Anas⁷, célebre jurisconsulto de Medina, fue un año el compañero de ruta del Imam As-Sadeq (P) en el viaje de peregrinación a la Mecca. Alcanzaron el *miqat*, es decir el lugar donde el peregrino abandona sus ropas mundanales, y llegó el momento de vestirse el *ihram*, las dos piezas de tela sin costuras propias de los peregrinos, y de recitar la famosa oración: “*Labeyk, Allahumma, Labeyk*” (Aquí estoy ¡Oh Dios mío! Obedeciendo a Tu llamada). Los otros peregrinos, como de costumbre, pronunciaron esta fórmula. Entonces Malek Ibn Anas se dio cuenta de que el Imam estaba trastornado, y que cuando quería recitar la oración era presa de una emoción que estrangulaba su voz, perdiendo hasta tal punto el control de sí que corría el riesgo de caer involuntariamente de su montura.

-¡Oh Descendiente del Enviado de Dios! -dijo Malek aproximándose a él-. ¿Es que no recitas tu oración.

-¡Oh descendiente de Abu Amar!. ¿Cómo osaría, cómo tendré el valor de decir Labeyk?. Decir Labeyk significa decir: “¡Dios mío! accedo con la mayor prontitud a aquello a lo que Tú me convocas y estoy siempre dispuesto a obedecer tus órdenes!”. ¿Con que certeza podré hacer prueba de tal audacia a los ojos de mi Dios y presentarme como una criatura presta a obedecer, cuando temo que mi compromiso no sea admitido?.

46 - La carga de palmeras datileras

El Imam ‘Ali (P) había salido de su casa y se dirigía como de costumbre hacia la estepa y las huertas donde estaba acostumbrado a trabajar, transportando una carga.

-¡Oh ‘Ali! ¿Qué llevas ahí? -le preguntaron-.

- Palmeras datileras, si Dios quiere -respondió-.

-¿Palmeras datileras, si Dios quiere?. ¿Qué significa eso? -se preguntaron-.

El asombro de estos hombres no se disipó hasta que, tras un cierto tiempo, vieron que todos los huesos de dátil que ‘Ali (P) transportaba aquel día para plantarlos, con la esperanza de ver cada uno de ellos convertirse en un robusto datilero, habían germinado y se habían convertido en árboles, formando un palmeral.

47 - El sudor del trabajo

El Imam Kazem (P) estaba trabajando y labrando la tierra en un terreno que le pertenecía. La gran actividad había hecho chorrear el sudor por su cuerpo de. ‘Ali IbnAbu Hamzah Nataeni llegó en estas circunstancias.

-¿Por qué no encargas este trabajo a otros? -le preguntó-.

-¿Por que encargarlo a otros?. Personas mejores que yo han trabajado permanentemente en este tipo de trabajos -respondió el Imam-.

-¿Quién por ejemplo? -inquirió Abu Hamzah-.

- El Enviado de Dios, la paz y las bendiciones de Dios sean sobre él y sobre su familia purificada -respondió el Imam, añadiendo-, Amir Al Muminin ‘Ali, sobre él la paz, mi padre y todos mis antepasados. El trabajo de la tierra es parte de la tradición de los profetas, pertenece a la herencia de los profetas y de las criaturas virtuosas de Dios.

48 - La amistad rota

Nadie había podido creer que esta amistad se rompiera, y que estos dos amigos siempre inseparables el uno del otro se separasen un día. Uno de ellos era sobre todo conocido más por el nombre de su amigo que por el suyo propio, y cuando querían hablar de él, se dejaba de lado, por lo general, su nombre diciendo: “El amigo de fulano de tal”. Así, se había hecho célebre bajo el nombre de “El amigo del Imam As-Sadeq”.

Así pues aquel día en el que estaban juntos como de costumbre y que entraron juntos en el bazar de los zapateros, ¿Quién habría podido imaginar que el hilo de su amistad se rompería para siempre antes de que saliesen del bazar?

Tras ellos iba un sirviente negro del Imam.. En medio del bazar, el Imam se volvió de repente y no vio a su servidor. Tras algunos pasos, miró de nuevo tras de sí sin encontrarlo, se volvió por tercera vez, pero ni un rastro de su servidor, que se había sumido en la contemplación de los alrededores y se había quedado rezagado. Cuando volvió la cabeza por cuarta vez, vio por fin a su servidor.

- *¿Dónde estabas?* -le pregunto el amigo del Imam colérico, insultando a su madre-.

Cuando hubo pronunciado estas palabras, el Imam As-Sadeq (P), estupefacto, levantó la mano y se golpeó con fuerza la frente diciendo:

- *¡Gloria a Dios!. ¿Insultas a su madre?. ¿Le acusas de un acto indecente?. Yo te creía piadoso y casto, pero parece que*

Anecdótico

no existen en ti ni temor de Dios ni piedad.

- ¡Oh descendiente del Enviado de Dios!. Este servidor es originario de Sind y su madre es también de aquella región. Sabes como yo que aquellas gentes no son musulmanas. La madre de este servidor no era una mujer musulmana para que mis frases representen una calumnia.

- Si es cierto que su madre no era musulmana, no es menos cierto que cada pueblo posee una cierta costumbre y una cierta ley relativas al matrimonio. Aquellos que se amoldan a esta costumbre y a esta ley no son adúlteros y sus hijos no son considerados como hijos ilegítimos.

Tras haber dicho estas palabras, el Imam añadió:

- Aléjate en lo sucesivo de mi -y desde entonces, nadie más vio al Imam ir en su compañía, hasta que la muerte vino a sancionar su separación-.

49 - Un insulto

El servidor de Abdullah Ibn Muqaffa, escritor iraní de renombre, retenía por su cabestro el caballo de su amo. Sentado ante la morada de Sufián Ibn Mu'awiah Mohlebi, gobernador de Basora, esperaba que su amo, concluidos sus asuntos, saliera y montara su caballo para regresar a su casa.

La espera se eternizaba e Ibn Muqaffa no salía. Otras personas, que habían acudido después ante el gobernador, habían salido y se habían marchado hacía tiempo, pero de Ibn Muqaffa no había ninguna noticia. Su servidor fue poco a poco en su busca. Todos aquellos a los que se acercaba a preguntar, le expresaron su ignorancia, o mirándole de la cabeza a los pies, se encogían de hombros y se iban sin decir palabra.

El tiempo pasó y el servidor, inquieto y preocupado, se presentó ante Issa y Soleyman - hijos de 'Ali Ibn Abdullah Ibn Abbas y tíos del poderoso califa de la época, Al-Mansur Dawaniqi - de quien Muqaffa era escriba y secretario, y les relató el incidente.

Issa y Soleyman sentían afecto por Abdullah Ibn Muqaffa, quien era un secretario erudito, un escritor competente y un hábil traductor, y le aseguraron que se tomarían interés por el asunto. Ibn Muqaffa, contaba con la protección de ambos. Era un hombre temerario por naturaleza, audaz y de mala lengua, y no se guardaba de atacar verbalmente a los demás. La protección de Issa y Soleyman, que eran los tíos del califa, le había vuelto más osado y más insolente todavía.

Issa y Soleyman fueron a reclamar por Abdullah Ibn Muqaffa

Anecdótico

ante Sufián Ibn Mu'awiah, quien negó categóricamente los hechos.

- Ibn Muqaffa no ha venido a mi casa -dijo-. Pero, como en pleno día, todos habían visto que Ibn Muqaffa había entrado en casa del gobernador, no había lugar a desmentirlo.

No se trataba de un asunto sencillo. Se hablaba de homicidio, que además era el de una personalidad célebre y erudita como Ibn Muqaffa. Las partes en discordancia eran el gobernador de Basora por un lado y los tíos del califa por otro. Naturalmente, el asunto fue llevado a la corte del califa de Bagdad. Las partes en conflicto, los testigos y todos los enterados del tema se reunieron en torno de Al-Mansur. El objeto de la querrela fue expuesto y los testigos testimoniaron, tras lo cual el califa dijo a sus tíos:

- Por mi parte, yo no veo inconveniente en condenar a Sufián a muerte inmediatamente bajo la acusación de asesinato de Ibn Muqaffa. Pero, ¿Quién de vosotros dos se compromete, si Ibn Muqaffa estuviera vivo y, tras la ejecución de Sufián, entrara sano y salvo por esta puerta, a que yo lo ejecute para vengar a Sufián?.

Issa y Soleyman, paralizados de estupor, no pudieron responder a esta pregunta.

- Y si Ibn Muqaffa estuviese vivo -se decían y Sufián lo hubiese enviado sano y salvo al lado del Califa?. Se vieron así obligados a renunciar a su demanda y volverse. El tiempo pasó y de Ibn Muqaffa no hubo ni más noticias, ni rastro. Poco a poco, su mismo recuerdo se borró de las memorias-.

Así, tras un cierto tiempo, vuelta la calma, se vio que Ibn Muqaffa había molestado siempre verbalmente a Sufián Ibn Mu'awiah, y que incluso le había insultado un día a propósito de su madre. Sufián esperaba pues sin prisas la ocasión de vengarse de las palabras de Ibn Muqaffa., retenido por el miedo a Issa y Soleyman, los tíos del califa, hasta el día en que sobrevino el incidente siguiente:

Se había convenido que Abdullah Ibn ‘Ali, otro tío de Al-Mansur, escribiese un salvoconducto y que Al-Mansur lo firmase. Abdullah Ibn ‘Ali rogó a Ibn Muqaffa, que era el secretario de sus hermanos, que redactara este salvoconducto, y éste así lo hizo. En este salvoconducto, deslizó sutilmente comentarios insolentes e injuriosos a propósito de Al-Mansur, el sanguinario califa abbásida. Cuando la carta llegó a las manos de Al-Mansur, éste se sintió fuertemente contrariado.

-¿*Quién ha redactado esto?* -preguntó-.

- *Ibn Muqaffa* -le respondieron. Y Al-Mansur comenzó a abrigar contra él los mismos sentimientos que habían invadido con anterioridad a Sufián Ibn Mu’awiah, gobernador de Basora-.

Al-Mansur escribió confidencialmente a Sufián para castigar a Ibn Muqaffa. Sufián esperaba pues la ocasión propicia. Hasta el día en que Ibn Muqaffa fue a su casa para una instancia, dejando a su servidor y su montura en la puerta.

Cuando entró, Sufián y cierto número de sus servidores y verdugos estaban sentados en una habitación en la que habían encendido un horno. Desde que Sufián posó su mirada sobre Ibn Muqaffa, las frases satíricas que le había escuchado pronunciar hasta ese día le fueron viniendo a la memoria y su alma se inflamó de cólera y de rencor como el horno que tenía ante él. Se volvió hacia él y le dijo:

-¿*Te acuerdas de aquel día en que me insultaste a propósito de mi madre?*. *Este es el momento de la venganza.*

Sus excusas fueron en vano, e Ibn Muqaffa fue hecho desaparecer en el acto de la peor manera.

50 - El filo del lenguaje

‘Ali Ibn Abbas, célebre poeta panfletario y panegírico de la época abbásida, que vivió a mediados del tercer siglo de la Hégira y que era conocido bajo el nombre de Ibn-al-Rumi, estaba divirtiéndose en una recepción organizada por Qassem Ibn Obaydollah, visir de al-Motaddid, califa abbásida.

Ibn-al-Rumi se vanagloriaba siempre del poder de su lógica, de su elocuencia, y del filo de su lenguaje. En cuanto a Qassem Ibn Obeydollah, temía y le aterraba lo mordaz de su lenguaje, pero no dejaba traslucir ni su malestar ni su cólera. Por el contrario, se comportaba de tal manera que Ibn-al-Rumi no dejaba de frecuentarle, a pesar de todas las dudas y las precauciones de las que hacía prueba, ya que presagiaba algo malo,.

Aquel día, Qassem ordenó secretamente que pusieran veneno en la comida de Ibn-al-Rumi. Éste se dio cuenta tras haberla tragado y se levantó a toda prisa para irse.

- *¿Dónde vas?* -le preguntó Qassem-.

- *Me voy allá donde tu me has enviado* -respondió el poeta-.

- *Saluda entonces a mi padre y a mi madre de mi parte* -le dijo Qassem-.

- *¡Lo siento, pero yo no paso por el infierno!* -replicó Ibn-al-Rumi, que entró en su casa y se hizo cuidar, aunque todo fue en vano. Terminó por sucumbir víctima del filo de su lenguaje-

51 - Dos compañeros

La amistad, la intimidad y la colaboración sinceras de Hisham Ibn al Hakam y de Abdullah Ibn Yazid Abadi eran el asombro de toda la gente de Kufa. Se habían convertido en el símbolo de dos buenos socios y de dos colegas íntegros y sinceros. Tenían a medias un comercio donde almacenaban y vendían mercancías. Aun con tanto como vivieron no estalló entre ellos ni diferencia ni que-rella. Lo que asombraba a todo el mundo era el hecho de que sus convicciones religiosas respectivas les situaban en polos totalmente opuestos. En efecto, Hisham se contaba entre los Ulemas y oradores shiitas de renombre y era uno de los compañeros allegados del Imam Ya'far As-Sadeq (P) convencido del Imamato de Ahl-ul-Bait. En cuanto a Abdullah Ibn Yazid, formaba parte de los Ulemas abadies⁸

Cuando se trataba de defender sus opiniones religiosas, estos dos hombres se situaban en dos frentes totalmente opuestos, pero habían sabido impedir la intervención del fanatismo religiosos en los otros aspectos de la existencia y llevar a bien con gran seriedad la tarea de colaboración, de comercio y de negociación.

Más sorprendente todavía era que bastante a menudo, shiitas y alumnos de Hisham llegaban al almacén, donde les enseñaba las cuestiones y principios del shiismo y Abdullah no mostraba ninguna molestia en escuchar argumentos opuestos a sus propias convicciones religiosas.

Por otra parte, abadies también llegaban y recibían bajo la mirada de Hisham sus enseñanzas religiosas propias, frecuentemente

Anecdotalario

opuestas al shiismo, y Hisham no manifestaba tampoco ningún malestar.

- Somos amigos íntimos y colaboradores -dijo un día Abdullah a Hisham-. Me conoces bien. Quisiera que me aceptases como yerno dándome como esposa a tu hija Fátima.

Hisham no pronunció más que una frase en respuesta a Abdullah

- Fátima es una piadosa creyente.

Abdullah no dijo una palabra al oír esta respuesta y no volvió jamás a abordar este tema. Pero este incidente tampoco pudo enturbiar su amistad y su colaboración siguió su curso. Solamente la muerte alcanzó a separar estos dos amigos y a alejarlos el uno del otro.

52 - La prohibición sugerida al bebedor

Bajo la orden del califa Al-Mansur, se había abierto el cofre del tesoro público y se le daba a cada uno algo. Chagrani formaba parte de aquellos que les tocaba tomar parte, pero como nadie le conocía, no encontraba el medio de conseguirlo. Por el hecho de que uno de sus antepasados fue un esclavo liberado por el Profeta (PBd) y que él había heredado naturalmente la libertad, Chagrani era apodado “El liberado del Enviado de Dios”. Esto constituía por un lado para Chagrani un honor y un emparentamiento con el Profeta (PBd), y se consideraba desde este punto de vista ligado a él.

Mientras que Chagrani buscaba con los ojos a un conocido o cualquier medio de tomar su parte del Tesoro Público, divisó al Imam As-Sadeq (P). Se aproximó a él y le expuso su problema. El Imam se fue y no tardó en volver trayendo una parte destinada a Chagrani. Así, mientras se la entregaba, le dijo con un tono benevolente:

- Una buena acción es una buena acción la haga quien la haga, pero sin embargo es mejor y más bella si la haces tú por la relación que tienes con nosotros, como persona ligada a la familia del Profeta (PBd), de la misma manera, una mala acción es mala la haga quien la haga, pero es más fea y más detestable si la haces tú a causa de esa relación. El Imam As-Sadeq dijo esto y calló.

Chagrani comprendió por estas palabras que el Imam estaba al corriente de que bebía alcohol, a pesar de que él había procurado mantenerlo en secreto. Y el hecho de que el Imam, aún sabiéndole

Anecdotalario

bebedor, le hubiese testimoniado su benevolencia, consiguiéndole el dinero, le llenó de confusión en su fuero interno e hizo que Changrani corrigiese su defecto.

53 - La camisa del califa

En la época de su califato, que se produjo entre el 99 y el 101 de la Hégira, Umar Ibn AbdulAziz estaba un día dando un discurso desde el *minbar*. Mientras hablaba, la gente que se encontraba al pie de la escalera veía como de vez en cuando se llevaba la mano a la camisa y la sacudía. Este gesto había suscitado el asombro del auditorio, quienes se preguntaban los unos a los otros por qué el califa actuaba así al hablar.

La reunión terminó y así pudieron enterarse de que el califa, por celo para con el Tesoro Público y para compensar los excesos de sus predecesores en despilfarro y dilapidación del mismo, no poseía más que una camisa. Habiéndola lavado y no teniendo otra que ponerse, se había visto obligado a vestirse de inmediato y la sacudía mientras hablaba para que se secara más rápido.

54 - El joven pleno de certeza

El Profeta (PBd) había rezado la oración del alba en la mezquita con la gente. La luz era ya intensa y se veía claramente la asistencia. Entonces los ojos del Profeta (PBd) se posaron en un joven que parecía encontrarse en un estado anormal, pues su cabeza se balanceaba sobre sus espaldas colgando continuamente de uno y otro lado. Posando su mirada en su rostro, observó que su tez había amarilleado, que sus ojos estaban hundidos en sus órbitas y que su cuerpo se había vuelto alargado y delgado.

- *¿Cómo te encuentras?* -le preguntó-.

- *Me encuentro en un estado de certeza, ¡Oh Enviado de Dios!*
-respondió el joven-.

- *Toda certeza tiene signos que demuestran su autenticidad. ¿Cuáles son los signos de tu certeza?* -quiso saber el Mensajero de Dios-.

- *Mi certeza no es otra que la que me ha invadido de dolor, que ha robado el sueño nocturno a mis ojos, y que me hace terminar la jornada sediento. En lo sucesivo me he apartado de esta vida y me he tornado hacia la del más allá. Es como si viera el Juicio Final así como la reunión de todas las criaturas; es como si contemplara la gente del Paraíso en un remanso de delicias y los condenados al Infierno en un tormento doloroso; es como si el ruido de las llamas del Infierno me resonara en este mismo instante en el oído.*

El Profeta (PBd) se volvió a la asistencia diciendo:

Ayatullah Morteza Mutahari

- He aquí una criatura a la que Dios ha esclarecido el corazón con la luz de la fe. Preserva en ti este estado -añadió dirigiéndose al joven-.

- *¡Oh Enviado de Dios!* -le dijo éste- *pide a Dios que me otorgue el yihàd y el martirio en el camino de Dios.*

El Profeta (PBd) hizo este ruego por él. Más adelante no tardó en surgir un *yihàd*, en el que este joven participó y del que fue el décimo mártir.

55 - Los emigrados a Abisinia

Año tras año y mes tras mes, el número de musulmanes de la ciudad de la Meca iba en aumento. La presión y las molestias de los habitantes de la Meca contra ellos, no solamente no habían conseguido que los nuevos musulmanes abandonasen el Islam sino que tampoco había impedido que el número de hombres y mujeres que se unían al Islam creciera.

Esto hizo que la ira y el enfado de los Quraix fuera en aumento y que cada día se incrementasen las molestias y los malos tratos contra los convertidos a la nueva fe.

Las posibilidades de trabajo para los musulmanes escaseaban, pero ellos lo soportaban todo con paciencia.

El Profeta (PBd) Generoso (Bendiciones y paz sobre el y su familia) tratando de aliviar la presión de los Quraix sobre los musulmanes, les propuso a estos que se alejaran de la Meca y que emigrasen a Etiopía. Dirigiéndose a ellos, dijo: *«El gobernador de Etiopía es un hombre justo y recto, podéis permanecer una temporada junto a él, hasta que Dios Altísimo disponga una apertura para todos nosotros»*.

Un grupo numeroso de los musulmanes emigraron a Etiopía. Allí vivían tranquilos y libres, pudiendo practicar su religión sin obstáculos, cosa que en la Meca se les había vuelto imposible.

Cuando Quraix supo que los musulmanes habían huido a Etiopía y que allí vivían tranquilamente, temieron que fuera a establecerse allí una base del Islam.

Se reunieron y diseñaron un plan para obligar a los musulmanes a regresar a Meca y poder así controlarlos de cerca como siempre. Eligieron de entre ellos a dos personas inteligentes y adecuadas para la misión y les enviaron cargados de regalos valiosos para el Negus, rey de Etiopía y para los mandatarios importantes cercanos a él.

Dieron a estas dos personas la orden de dirigirse, nada más llegar a Etiopía, a las personas más cercanas al Negus y, después de presentarles sus regalos, hablarles de esta manera:

- Un grupo de nuestros jóvenes inexpertos e ignorantes han abandonado últimamente nuestra religión y tampoco han aceptado la vuestra, aunque se encuentran ahora viviendo entre vosotros.

Los grandes de nuestro pueblo nos han enviado junto a vosotros para que expulséis a estos jóvenes de vuestro país y nos los entreguéis. Os rogamos que, cuando este asunto llegue a la presencia de su majestad real el Negus, apoyéis nuestra posición.“

Los emisarios de Quraix, fueron visitando uno a uno a todos los personajes importantes de la corte del Negus. A cada uno de ellos le dieron un regalo y le hicieron prometer que les apoyaría ante el rey.

Después de esto se presentaron ante el mismo Negus, le entregaron los valiosos presentes que traían y le expusieron sus peticiones.

Conforme al acuerdo previo, todos los miembros del consejo real apoyaron las peticiones de los representantes de Quraix, opinando que los musulmanes debían ser expulsados y entregados a los enviados de Quraix.

El Negus, sin embargo, no se rindió ante estas opiniones y dijo:

- *Estas gentes han abandonado su tierra para venir a refugiarse a mi país. No es correcto que, sin investigar el asunto,*

Anecdótico

emita un juicio de expulsión de estas personas. Es necesario que se presenten ante mí y que yo pueda escuchar sus razones antes de tomar una decisión.

Cuando los Quraix escucharon estas palabras, sus rostros palidecieron y los latidos de sus corazones se aceleraron, pues temían que el Negus se encontrase con los musulmanes y tuviera oportunidad de escucharles. Hubieran preferido que los musulmanes permanecieran en Etiopía, pero sin ser recibidos por el Negus.

¿Acaso todo lo que posee esta nueva religión no son discursos?. ¿Acaso toda la atracción mágica que posee no se encuentra escondida precisamente en sus palabras?.

Ahora, quién sabía lo que podía pasar. Quizás los musulmanes recitasen en esa reunión las palabras que habían memorizado con el mismo efecto que producían entre las gentes de Meca. Pero ¿qué se podía hacer?. El Negus había ordenado que ese grupo de gente refugiada en Etiopía se presentasen ante él.

Cuando los musulmanes supieron de la llegada de los enviados Quraix, de los regalos que repartían y las visitas que realizaban a las familias importantes, cercanas al rey, comprendieron perfectamente las razones que les traían a Etiopía y se preocuparon mucho de que la labor de aquellos tuviera éxito y verse obligados a regresar a Meca.

Cuando el enviado del Negus llegó ante ellos y les ordenó que se presentaran ante el rey, comprendieron que el peligro temido estaba sobre ellos. Se reunieron y discutieron que hacer al encontrarse frente al Negus.

La opinión de todos coincidió en que deberían decir únicamente la verdad de su situación cuando todavía eran ignorantes y después de ello, explicar la verdad, los mandatos y el espíritu que caracterizaba al Islam. No ocultar nada, ni decir una palabra opuesta a la verdad.

Con este pensamiento se presentaron ante la asamblea real.

Por su parte, como el asunto tenía que ver con la existencia de una nueva religión, el Negus había ordenado que asistiera un grupo de los sabios de la religión oficial de Etiopía, que en aquellos tiempos era cristiana. También participaban un gran número de obispos, investidos de los atributos propios de su posición.

Delante de cada uno de ellos fue colocado una copia sagrada del Nuevo y el Antiguo Testamento. Cada uno de los miembros del gobierno ocupaba sus puestos.

Las formalidades reales y religiosas, se daban la mano con una majestuosidad y esplendor especiales. El propio Negus aparecía sentado en su trono y el resto, según su rango y posición ocupaban sus respectivos asientos.

Cualquier observador habría quedado deslumbrado ante tanta majestuosidad.

Los musulmanes, a quienes la fe y la creencia en el Islam había investido de una grandeza especial, aparecían sin embargo lo suficientemente modestos como para dormir sobre la tierra desnuda, teniendo el cielo cuajado de estrellas sobre ellos y una piedra como almohada.

Con confianza y tranquilidad fueron entrando uno a uno en la asamblea. Ya'far iben Abi Tálib iba delante.

No parecían prestar ninguna atención a toda aquella riqueza y grandiosidad y lo que más llamaba la atención es que no observaban el protocolo habitual de la corte, consistente en besar el suelo al entrar. Simplemente entraron en la sala y saludaron diciendo: "¡Salam Aleikum!" por ello, un murmullo de rechazo se extendió por la sala, pero ellos, rápidamente, respondieron :

- Nuestra religión, que nos a traído hasta aquí buscando refugio, no nos permite postrarnos ante otro que el Dios Único.

Este comportamiento causó una profunda impresión en los presentes, dejando la sensación en ellos de encontrarse ante gentes de

Anecdótico

personalidad tan sorprendente e inusitada que la grandiosidad y majestuosidad de la asamblea quedo eclipsada.

El propio Negus, les preguntó:

-¿Qué nueva religión es esa que practicáis y consideráis comparable tanto a vuestras creencias anteriores como a nuestra propia religión?.

El liderazgo de los musulmanes en Etiopía correspondía a Ya'far iben Abi Tálib, hermano mayor de Emir al-Mu'minín Alí, sobre el la paz y, por tanto, él debía responder a las preguntas y dar las explicaciones necesarias.

Ya'far dijo:

- Éramos una gente que vivía en la ignorancia y adoraba a los ídolos. Comíamos carroña, nos dominaba la corrupción, no éramos misericordiosos con los seres, perjudicábamos a nuestros vecinos, nuestros dirigentes arrebataban los derechos de los más débiles. Vivíamos en tales condiciones que Dios Altísimo nos envió un profeta del que conocemos perfectamente sus nobles orígenes. El nos llamo a la creencia y adoración de un Dios único y a el abandono de la adoración a los ídolos, las piedras y las maderas. Nos ordenó que fuéramos veraces al hablar, que respetáramos a nuestros semejantes y fuéramos buenos vecinos, que no atentásemos contra la propiedad ajena, nos prohibió las malas palabras y las conversaciones vacías, el usurpar la herencia de los huérfanos y el difamar a las mujeres honradas. Nos ordenó no adorar junto a Dios a nadie ni a nada más, la oración, el pago de los impuestos religiosos y el ayuno...

Nosotros creímos en él y atestiguamos que lo que él dice es cierto y acatamos lo que nos ha ordenado, pero nuestro pueblo ha considerado que nuestro comportamiento es ofensivo y nos presionan para que lo abandonemos y regresemos a nuestras creencias y prácticas anteriores, a la adoración de los ídolos y a los innobles

comportamientos. Como hemos rechazado obedecerles, nos persiguen y torturan y, por eso es que huimos de ellos y nos refugiamos en vuestro país con la esperanza de vivir seguros entre vosotros.

Cuando las palabras de Ya'far llegaron a este punto, el Negus dijo:

- *¿Recuerdas algunas palabras procedentes de Dios que hayáis escuchado a vuestro profeta?*

- *Sí* -respondió Ya'far-

El Negus dijo:

- *Exponlas aquí para nosotros.*

Ya'far, teniendo en cuenta que las personas que participaban en la asamblea eran todos cristianos, decidió recitar una parte de la *surah* de María que habla sobre la Virgen, Jesús, Zacarías y Juan Bautista. El ritmo corto y melodioso de esta *surah*, recitada con voz dulce y armoniosa por Ya'far, causó un gran impacto en los presentes. En las aleyas que recitaba, quedaba claramente expuesta ante los cristianos la justa y correcta lógica del Corán sobre las personas de Jesús y María, permitiéndoles comprender a estos que el Corán les considera personas sagradas, aunque no dioses.

La asamblea quedó sorprendida por la grandeza de la situación. Las lágrimas resbalaban por las mejillas de los presentes. El Negus dijo:

- *Juro por Dios que esto es la verdad que trajo Jesús. Estas palabras y las de Jesús proceden de una misma raíz.*

Después, volviéndose a los enviados de Quraix, les dijo:

- *Regresad a vuestras obligaciones* -Y ordeno que les fueran devueltos los presentes que habían traído-

Posteriormente, el Negus llegó a aceptar el Islam, antes de morir, el año noveno de la Hégira. El Mensajero de Dios rezó para él la oración del muerto desde lejos.

56 - El trabajador y el sol

Vestido con una ropa áspera de trabajador y pala en mano, el Imam As-Sadeq (P) estaba trabajando en su huerta. Desarrollaba tanta actividad que estaba cubierto de sudor de la cabeza a los pies.

Abu Amir Cheybai llegó en estos momentos y vio al Imam en este estado de lasitud y pena.

- Si el Imam -se dijo- ha tomado la pala con su mano y se ocupa él mismo de su labor, es que no ha encontrado otra persona y se ha visto obligado a ponerse a trabajar. Se aproximó y le dijo:

- Dame esta pala, ya lo haré yo mismo.

- No -le respondió el Imam- Aprecio realmente el que el hombre pase penalidades y soporte el sol para ganarse el sustento.

57 - El nuevo vecino

Un hombre de los *ansar*, aquellos creyentes que ayudaron a los musulmanes cuando emigraron de Meca a Medina, compró una nueva casa en uno de los barrios de Medina y se mudó a ella. Solamente entonces se dio cuenta de que le había tocado en suerte un vecino molesto.

Se dirigió al Profeta (PBd) y le dijo:

- He comprado una casa en tal barrio, en el seno de tal tribu, y me he mudado a ella. He aquí, que el más cercano a mis vecinos es alguien que no solamente su existencia no me es benéfica, sino que tampoco estoy a salvo de su maldad. No estoy seguro de que no nos cause perjuicio y tormento.

El Profeta (PBd) encargó a cuatro personas: ‘Ali, Salmán, Abu Dhar, y otro que podría tratarse de Miqdad, transmitir a voces la siguiente frase a la gente, hombres y mujeres, en la mezquita:

- No tiene ni una pizca de fe aquel de quien los vecinos temen persecución y molestias.

Este anuncio fue repetido en tres ocasiones. Después el Profeta (PBd) mostró con la mano las cuatro direcciones y dijo:

- En cada dirección, habréis de considerar como vecinos hasta cuarenta casas.

58 - Últimas palabras

Desde que la mirada de Umm Hamidah, madre del Imam Kazem (P), se posó sobre Abu Bassir, el cual había llegado a presentarle sus condolencias con ocasión del fallecimiento de su eminente esposo, el Imam As-Sadeq (P), sus lágrimas comenzaron a correr por su rostro. Abu Bassir lloró también. Cuando los lloros de Umm Hamidah cesaron, dijo Abu Bassir:

- Tú no estabas presente durante la agonía del Imam, cuando surgió una cosa extraña.

- ¿Qué fue lo que sucedió? -preguntó ella-

Eran los últimos momentos de vida del Imam. Sus párpados estaban cerrados. Los abrió de repente diciendo:

- Reunid inmediatamente a todos los míos. Era sorprendente que el Imam diese una orden así en ese instante. En cuanto a nosotros, nos pusimos a ello y les reunimos a todos. No quedó ni uno de los suyos y de sus allegados que no estuviese presente. Todos estaban a la expectativa, atentos a lo que el Imam quisiera hacer y decir en un momento tan delicado. Y el Imam, cuando les vio a todos presentes, dijo dirigiéndose a la asamblea:

- Nuestra intercesión no estará jamás con aquellos que toman la oración a la ligera.

59 - Nassibah

La cicatriz que marcaba la espalda de Nassibah, hija de Ka'b (llamada Umm Amarah por el nombre de su hijo), evocaba una gran herida antigua. Las mujeres, en particular las chicas jóvenes y las mujeres que no habrán conocido la época del Profeta (PBd) o eran pequeñas entonces, notando por casualidad ese hueco en la espalda de Nassibah, le interrogaban con mucha curiosidad sobre el trágico incidente que habrá producido esta herida. Todas esperaban escuchar de su boca la sorprendente aventura de Nassibah en el campo de batalla de Uhud.

Nassibah no pensó para nada que en Uhud fuese a combatir espada con espada con su esposo y sus dos hijos y a defender al Enviado de Dios (PBd). Ella no había hecho más que cargar un odre de agua a sus espaldas para llevar agua a los heridos en el campo de batalla. Se había provisto también de vendas para curar sus heridas.

Al inicio del combate, aunque los musulmanes eran poco numerosos en efectivos y no tenían armamento en cantidad suficiente, infligieron una gran derrota al enemigo, que se puso en fuga y dejó vacío el lugar. Pero aprovechando el descuido en el ejercicio de su función de un destacamento de centinelas que vigilaban la colina de Eynin, el enemigo les atacó por la retaguardia de improviso. La situación cambió y un gran número de musulmanes fue dispersado lejos del Profeta (PBd).

Cuando Nassibah vio que la situación tomaba este cariz, depositó el odre de agua en tierra y tomó la espada en su mano. Se servía

Anecdótico

tanto de la espada como de un arco y flechas. Recogió el escudo de un hombre que huía, del que se sirvió igualmente. Se dio cuenta entonces que un guerrero enemigo gritaba: «¿Dónde está Muhammad?. ¿Dónde está Muhammad?» Se le enfrentó de inmediato y le asestó algunos golpes, que no tuvieron mucho efecto sobre él, ya que se había puesto dos corazas, una sobre la otra. En cambio él, dio un gran golpe en la espalda desprotegida de Nassibah, provocándole una herida que hubo de serle atendida durante un año. Viendo la sangre brotar de la espalda de Nassibah, el Profeta (PBd) llamó a uno de sus hijos y le dijo: “Cura rápido la herida de tu madre” Éste la curó y Nassibah se incorporó al combate de nuevo.

Entonces se dio cuenta de que uno de sus hijos había sido herido a su vez. Sacó sobre la marcha las vendas de las que se había provisto y vendó a su hijo. El Profeta (PBd) les observaba con una sonrisa en sus labios, viendo la bravura de aquella mujer. Cuando Nassibah hubo vendado la herida de su hijo, le dijo:

- *Hijo mío, levántate rápido y disponte a combatir.*

No había terminado su frase cuando el Enviado de Dios le señaló un hombre diciendo:

- *Aquel es el que ha golpeado a tu hijo.*

Nassibah atacó al hombre como una leona y de un golpe de espada le hirió la pierna, haciéndole caer por tierra.

- *Bien te has tomado la revancha* -le dijo el Profeta (PBd)- *Dios sea loado por haberte dado la victoria y haberte satisfecho.*

Un cierto número de musulmanes encontraron el martirio y otro cierto número fue herido. Nassibah había recibido tantas heridas que no había muchas esperanzas de que sobreviviera.

Tras la batalla, para asegurarse de la situación del enemigo, el Profeta (PBd) dio la orden de avanzar en dirección a Hamrat-ul-

Ayatullah Morteza Mutahari

Assad. Un cuerpo de la tropa se puso en marcha. Nassibah quiso ir allí a pesar de su estado, pero sus graves heridas no se lo permitieron. Cuando el Profeta (Pb) volvió de Hamrat-ul-Assad, no entró en su casa, sin enviar antes a alguien para interesarse por la salud de Nassibah. Cuando se le informó de su buena salud, el Enviado de Dios sintió una gran alegría.

60 - La petición del Mesías

El profeta Issa hijo de María(sobre él la paz) dijo a sus apóstoles:

- Tengo una petición que haceros si me prometéis consentir en ello.

- Nosotros obedeceremos todo lo que ordenes -le respondieron los apóstoles-.

Issa entonces, poniéndose en pie, comenzó a lavar los pies a cada uno de ellos. Los apóstoles sentían vergüenza, pero habiendo prometido consentir, se plegaron a ello e Issa les lavó los pies a todos. Cuando hubo terminado, los apóstoles le dijeron:

- Tú eres el que nos instruye, más conveniente habría sido que nosotros hubiéramos lavado tus pies y no tú los nuestros.

Issa les respondió diciendo: «He obrado así para haceros comprender que el hombre sabio debe ponerse al servicio de sus semejantes. He realizado este acto de humildad para enseñaros una lección de modestia; para que cuando tras de mí os encarguéis de la instrucción y guía de los hombres, hagáis de vuestra vía y vuestro método un testimonio de humildad y un servicio a la creación. La sabiduría crece fundamentalmente sobre el terreno de la humildad y no sobre el orgullo, de la misma forma que las plantas crecen sobre la fértil tierra del valle mejor que sobre la dura tierra de las montañas.

61 - Recolección de leña en la estepa

Durante uno de los viajes que el Profeta (PBd) realizaba con sus compañeros, llegaron a un lugar desértico y árido. Tuvieron necesidad de fuego y el Profeta (PBd) dijo:

- ¡Recoged un poco de leña!.

-¡Oh! Enviado de Dios! -respondieron sus compañeros- mira que desértica es esta tierra, no se ve un solo trozo de madera.

- Sea lo que sea -insistió el Mensajero- que cada uno recoja la cantidad que pueda.

Los compañeros buscaron por la estepa. Miraban la tierra con atención y si veían un palito lo recogían. Cada uno recogió poco a poco lo que pudo y lo llevó. Cuando todos volcaron una sobre otra su recolecta, se juntó una gran cantidad de madera.

Los pequeños pecados, dijo entonces el Profeta (PBd), son también como estos trocitos de madera, no se ven a primera vista, pero todas las cosas tienen un buscador y un perseguidor. De la misma manera que habéis buscado y rebuscado y que así habéis reunido tanta madera, son vuestros pequeños pecados, si los buscáis con cuidado pronto veréis como reunís un buen montón.

62 - Vino en la mesa

De tiempo en tiempo, el califa Mansur Dawaniqi llamaba al Imam As-Sadeq (P) de Medina a Irak con diferentes pretextos, y lo mantenía vigilado, oponiéndose, en ocasiones durante largos períodos, a su retorno al Hiyaz. Durante uno de estos periodos que el Imam pasaba en Irak, uno de los jefes de la armada de Mansur hizo circuncidar a su hijo y dio por ello un gran festín al que invitó un gran número de gente,. Todos los nobles, notables y dignatarios estaban presentes y el ImamAs-Sadeq (P) se contaba también entre ellos. La mesa fue dispuesta, los invitados se sentaron a la mesa y comenzó la fiesta. Uno de los invitados pidió agua, pero bajo lo que en realidad se le sirvió disimuladamente fue una copa de vino. El Imam As-Sadeq (P) se levantó inmediatamente a pesar de que la comida ya estaba iniciada y salió. Quisieron hacerle volver. Volvió, en efecto, pero solamente para citar estas frases del Profeta (PBd):

- Que la maldición de Dios sea sobre cualquiera que se siente en una mesa en la que se sirve vino.

63 - Escuchando Corán

Ibn Masud era uno de los escribas de la revelación, es decir, uno de aquellos que anotaba cuidadosamente todo lo que era revelado al Profeta (PBd) de Dios, registrándolo sin omitir nada de ello.

El Profeta (PBd) le dijo un día:

- Lee un poco del Corán, para que yo escuche.

Ibn Masud abrió su registro del Corán por la surah «*Las Mujeres*». Leyó y el Profeta (PBd) escuchó con atención, hasta que llegó al versículo que dice:

«¿Qué pasará cuando Nos hagamos venir un testigo de cada comunidad, y cuando hagamos que tú vengas como testigo contra ellos?»

Corán IV:41

Cuando Ibn Masud recitó este versículo, los ojos del Profeta (PBd) se llenaron de lágrimas y le dijo:

- Esto basta por el momento.

64 - Prestigio popular

El nombre de cierta persona era muy frecuentemente citado desde hacía algún tiempo entre las gentes de la comunidad citando su fama de santidad, piedad y religiosidad. Todo el mundo hablaba todas de su grandeza y eminencia. Repetidas veces, en presencia del Imam As-Sadeq (P), se había hecho alusión a este hombre y al afecto y devoción que le tenía el pueblo llano.

El Imam decidió ver de cerca y en secreto a este hombre eminente que había ganado a tal punto el interés y la simpatía populares. Un día, se dirigió de incógnito donde él y vio que sus discípulos, que pertenecían todos al pueblo llano, alborotaban a su alrededor. Sin mostrarse ni darse a conocer, el Imam observó la escena. Lo primero que llamó su atención fueron las maneras y los aires demagógicos que se daba este hombre, hasta que se separó de la gente y se fue solo en una dirección concreta. El Imam se puso subrepticamente a seguirle para ver dónde iba y lo que haría y saber de qué naturaleza eran sus acciones tan interesantes y dignas de atención.

El hombre no tardó en pararse ante una panadería. El Imam vio con asombro cómo este hombre, aprovechando un descuido del panadero, cogía dos panes apresuradamente y los escondía entre sus ropas y seguía su camino.

- Puede que su intención fuese la de comprarlos -se dijo el Imam- habiendo pagado estos panes con anterioridad o quizás decidió pagar más tarde... Pero si esto es así, ¿Por qué ha escondido los panes, en cuanto vio al panadero mirar para

otro lado, y se fue?.

El Imam continuó tras el Pensaba todavía en el incidente de la panadería cuando observó cómo se paraba también un momento en un puesto de fruta, y en cuanto vio que el vendedor miraba para otro lado, tomó dos granadas que disimuló bajo su ropa y se fue. Esto aumentó la sorpresa del Imam. Sorpresa que llegó al colmo cuando vio que este hombre fue a un enfermo, le dio los panes y las granadas y se marchó. Entonces el Imam le alcanzó y le dijo:

- He observado hoy que has tenido un extraño comportamiento -Y contándole toda la historia, le pidió explicaciones-

El hombre le echó un vistazo a la cara del Imam y dijo:

- Supongo que tú eres Ya 'far Ibn Muhammad.

- Sí, lo has adivinado, soy Ya 'far Ibn Muhammad».

- Eres descendiente del Enviado de Dios y tienes un noble linaje. ¡Pero qué lástima que seas ignorante hasta este punto! - dijo-

- ¿Qué ignorancia has encontrado en mí?. Quiso saber el Imam.

- La pregunta que me has hecho roza ella misma el summum de la ignorancia. Parece que no puedes comprender un cálculo simple en los asuntos religiosos. ¿No sabes tú que Dios dice en el Corán:

«Cualquiera que lleve a cabo una buena acción, recibirá en recompensa diez veces otro tanto, y cualquiera que comete una mala acción no recibirá más que un castigo equivalente...»

Corán, VI:160.

Siguiendo este cálculo, los dos panes que yo he robado hacen dos faltas, las dos granadas que yo he robado hacen otras dos faltas, lo que hace un total de cuatro faltas. Pero habiendo dado por otro lado, por la causa de Dios estos panes y estas granadas, tengo por cada uno de ellos el equivalente de diez buenas acciones a mi favor,

Anecdótico

lo que hace un total de cuarenta buenas acciones. Y así, un sencillo cálculo aclara el resultado del problema, a saber, que sustrayendo cuatro a cuarenta, me quedan treinta y seis. Tengo en consecuencia treinta y seis buenas acciones netas a mi favor. Este es el sencillo cálculo del que te hablaba y que eres incapaz de comprender.

- ¡Qué Dios acabe contigo!. El ignorante eres tú que calculas así según tu propia ilusión. ¿No has escuchado el versículo coránico que dice: «Dios no acepta más que las acciones de los virtuosos». Baste por el momento un cálculo muy simple que te saque de tu error. Has cometido cuatro pecados según tu propia declaración, y como has dado los bienes de otros a título de limosna y caridad, no solamente no tienes buenas acciones a tu favor, sino que has cometido otro pecado por cada una de ellas. Cuatro pecados se suman pues a tus cuatro primeros pecados, lo que hace un total de ocho pecados y ninguna buena acción.

Dicho esto, y mientras el hombre le miraba estupefacto, el Imam le dejó y se volvió.

- Este tipo de interpretaciones y de explicaciones ignorantes y detestables -dijo el Imam cuando contaba esta historia a sus amigos- hace que algunos se extravíen y extravíen también a otros.

65 - Los propósitos que reconfortaron a Abu Talib

Sin dar importancia a las circunstancias, el Profeta (PBd) resistía contra los Quraish con una fortaleza sorprendente, y proseguía su vía hacia sus objetivos. No se guardaba ni de humillarlos ni ofenderlos, ni de considerar a los idólatras como insensatos, ni de acusar de extravío y aberración a sus padres y antepasados. Los notables de Quraish, exasperados, expusieron el asunto a Abu Tálíb, el tío del Mensajero, y le rogaron que, o bien contuviese personalmente a su sobrino, o bien permitiese a los Quraish enfrentarse directamente a él. Abu Tálíb hizo lo que pudo para calmarlos con palabras conciliadoras, hasta que la situación se agravó poco a poco y llegó a ser insoportable para los Quraish.

Se hablaba de Muhammad en cada casa, y, cuando dos personas se encontraban, evocaban con inquietud y malestar sus frases y comportamiento, así como el hecho de que, de uno en uno o en grupo, se encontraban por aquí y por allá a sus partidarios. No se podía esperar más. Todos se pusieron de acuerdo en el hecho que era necesario frenar a cualquier precio aquel desastre. Tomaron la decisión de abordar una vez más este asunto con Abu Tálíb y hablarle esta vez de una manera más seria y resuelta.

Los jefes y notables de los Quraish se reunieron pues con Abu Tálíb y le dijeron:

- Te hemos rogado que contengas a tu sobrino y no lo has hecho. A causa de tu edad y por respeto a ti, no le hemos importunado antes de hablar del problema contigo, pero no po-

Anecdótico

demos tolerar que denigre a nuestros dioses, que se ría de nuestras ideas y acuse a nuestros padres de aberración y extravío. Hemos venido esta vez para dirigirte un ultimátum: ¡Si no contienen a tu sobrino, no tendremos miramientos ni con tu edad ni con el respeto que te corresponde y entraremos en guerra con vosotros dos hasta que uno de los dos partidos sucumba!

Este ultimátum tan explícito preocupó mucho a Abu Tálib, que jamás había escuchado hasta entonces frases tan bruscas de parte de los Quraish. Era evidente que Abu Tálib no tenía la capacidad de resistir y luchar contra los Quraish. Así pues, si llegaba al caso de que la situación evolucionaba peligrosamente, él, su sobrino y todos los suyos serían eliminados.

Por ello, decidió enviar a alguien junto al Profeta (PBd) para exponerle el problema y decirle:

- La situación ha llegado demasiado lejos, estate quieto pues estamos en peligro.

El Profeta (PBd) notó que el ultimátum había hecho su efecto en Abu Tálib. Fue a visitarle y le dijo una frase que hizo olvidar a Abu Tálib todos los propósitos de los Quraish:

- ¡Querido tío!. Si me pusieran en la mano derecha el sol y en la izquierda la luna para que, a cambio, renunciase a mi actividad, no lo haría mientras la llamada de Dios a seguir Su Religión no hubiera sido difundida o yo encontrase la muerte en el intento.

Tras estas palabras, las lágrimas fluyeron de sus ojos y se levantó para dejar a Abu Tálib. Apenas había dado unos pasos cuando su tío le hizo volver.

- Puesto que esto es así, dijo, actúa como te parezca bien. Juro por Dios que te defenderé hasta mi último aliento.

66 - Un estudiante de edad madura

Sakoki era herrero y artesano. Había confeccionado, con gran destreza y dedicación, un tintero de gran delicadeza, dotado de una cerradura más delicada todavía, que era digno de ser ofrecido al soberano. Escuchaba sobre su arte toda suerte de alabanzas y por eso decidió ofrecérselo al soberano con mil esperanzas. Al llegar al palacio, tal y como había esperado, fue objeto de una gran atención, pero, estando en la audiencia con el soberano, sobrevino un incidente que transformó el pensamiento y el modo de vida de Sakoki.

Mientras que el rey estaba contemplando esta obra y Sakoki estaba sumido en sus quimeras, se anunció la llegada de un gran sabio o jurisconsulto. Cuando este hombre entró, el rey se ocupó tanto y tan amablemente de él, que se olvidó totalmente de Sakoki, y de su obra y su arte. Este acontecimiento provocó una transformación profunda en el espíritu de Sakoki.

Se dio cuenta de que su profesión y arte no era tan apreciada y valorada como él había pensado y que todas sus esperanzas eran inoportunas.

Pero el espíritu ambicioso de Sakoki no era de aquellos que se pueden aplacar. ¿Qué podía hacer entonces? Decidió seguir el mismo camino que aquel hombre tan considerado y estimado había seguido. Tenía que salir en busca de lecciones y libros y reencontrar por ese camino las esperanzas y los deseos perdidos.

Aunque devenir compañero de jóvenes estudiantes y comenzar por los rudimentos de la enseñanza no fuera una tarea ligera

Anecdótico

para un hombre maduro, al que la juventud había ya abandonado, no tenía otra solución. ¿Acaso no se dice que *«El pescado es siempre fresco cuando se pesca»*?

Lo peor de todo, cuando comenzó a estudiar, fue darse cuenta de que no sentía ningún ardor ni aptitud para este trabajo. Puede ser que el hecho de haberse consagrado durante años a trabajos técnicos y artesanales hubiesen apagado su ardor científico y literario; pero ni su exceso de edad, ni el declive de sus facultades pudieron hacerle renunciar a la decisión que había tomado. Se puso manos a la obra con gran seriedad, hasta el día en que sobrevino un incidente.

El profesor que le enseñaba Derecho Shafi le pidió que memorizase en árabe la frase siguiente: *“La opinión del maestro es que la piel del perro no queda purificada al ser curtida”*. Sakoki repitió esta frase decenas de veces a fin de decirla bien el día del examen, pero cuando quiso recitar la lección, la enunció así:

-La opinión del perro es que la piel del maestro no queda purificada al ser curtida-.

Los estudiantes presentes estallaron en carcajadas. Todo el mundo se dio cuenta de que este hombre maduro, a quien el deseo de estudiar le había llegado en la vejez, no llegaría a nada.

Sakoki, lleno de vergüenza no pudo permanecer más tiempo ni en la escuela ni en la ciudad y se fue al desierto. El ancho mundo le parecía estrecho. Así llegó por casualidad al pie de una montaña. Se dio cuenta que desde la altura, el agua caía gota a gota sobre una roca y, bajo el efecto del goteo permanente, había hecho un agujero en la piedra. Meditó un momento, y un pensamiento le atravesó el espíritu como un rayo.

- Mi corazón -se dijo-, por inepto que sea, no es más duro que esta piedra. No puede ser que la perseverancia y la constancia queden sin efecto.

Así pues volvió a los estudios y dedicó tanta y tanta actividad

Ayatullah Morteza Mutahari

y perseverancia a ellos que sus facultades se despertaron y su ardor se reanimó, llegando a ser uno de los grandes eruditos de la gramática y la literatura árabe.

67 - El botánico

Los profesores de Charles Linet , totalmente decepcionados por los resultados de éste, aconsejaron a su padre, que era pastor, que no estimulara vanamente el deseo de su hijo por la instrucción y los estudios, habiendo éste probado su falta de inteligencia y aptitud. Mejor sería que le encontrase un trabajo manual adecuado, pensaban.

Pero a pesar de todo, el padre y la madre de Linet, que sentían un gran cariño por él, le enviaron a la universidad para que estudiara medicina. Como eran gente humilde, no dispusieron más que de una módica suma para los gastos de su curso de estudios y, de no haber sido por la compasión y el socorro de un hombre bienhechor que había conocido a Linet en los jardines de la universidad, la pobreza y la indigencia habrían hecho presa de él. A pesar de los deseos de sus padres, Linet no sentía interés por la medicina. El se interesaba por la Botánica. Amaba las plantas desde su infancia, rasgo que había heredado de su padre. El huerto paterno estaba cubierto por hermosas plantas, y desde su tierna infancia, su madre había tomado la costumbre de darle una flor para calmarle cuando lloraba o gritaba...

Durante sus estudios en la universidad de medicina, llegaron a sus manos los escritos de un botánico francés y su lectura e hizo tomar la decisión de volcarse en el estudio de los secretos de las plantas. En esa época, uno de los problemas que movilizaba la atención de los sabios en Botánica concernía al método correcto de clasificación de las plantas y vegetales. Linet estableció un método

de clasificación particular sobre la base del femenino y del masculino de las plantas, que fue acogido con un gran interés. La obra que publicó en este terreno hizo que la universidad en la que estudiaba, removiera cielo y tierra para concederle un puesto en la especialidad para la que había demostrado su aptitud, pero la envidia de algunos se opuso a que este asunto se concretara.

Linnet se emborrachó de su éxito, era la primera vez que gustaba del placer del reconocimiento, por eso no dio importancia a este incidente. Organizó una misión científica de investigación y de estudio de la naturaleza. Como si de un sencillo viaje se tratara, tomó una maleta, algunas mudas, una lupa, y se puso en camino, solo y a pie.

Recorrió ocho mil kilómetros a pie, enfrentándose a dificultades sorprendentes y dignas de ser relatadas, y volvió con un gran botín de conocimientos y estudios. En 1735, es decir tres años después de este incidente, viendo que en su patria, Suecia, no podía obtener más que trabajos precarios, se dirigió a Hamburgo. En el transcurso de la visita a uno de los museos, mostró al director del museo uno de los tesoros que había obtenido durante sus viajes y del que estaba muy orgulloso. Se trataba de una serpiente de siete cabezas, que parecían cabezas de comadreas más que cabezas de serpientes. Eso provocó que el juez del lugar se disgustara violentamente con aquel visitante funesto y de mal augurio, y ordenó su expulsión.

Linnet prosiguió sus viajes, acabando simultáneamente su tesis de doctorado en ciencia médica, y aun tuvo tiempo para publicar en Linneo su libro titulado *El sistema de la naturaleza*. Este libro le proporcionó un cierto renombre, y uno de los ricos habitantes de Amsterdam le propuso administrar su jardín, de una belleza sin igual. Pudo así conceder descanso a sus agotados pies y, gracias a su benéfico protector, pudo igualmente visitar Francia y asomarse a los bosques de Meudon para recolectar diferentes tipos de plantas locales. Al final, añoró su país y retornó a Suecia. Su patria supo

Anecdotalario

esta vez reconocer su valor y ofreció a éste, que un día despidieron sus maestros de escuela, los honores que merecían su genio, su perseverancia y su voluntad.

68 - Un buen orador

Demóstenes, desde los inicios de la pubertad, se preocupó por aprender la técnica del discurso. No pretendía con ello llegar a ser un predicador o director de conciencias, ni poder hablar en las asambleas importantes e intervenir en los discursos políticos y sociales, ni ser un buen abogado defensor en los tribunales judiciales, sino únicamente para procesar ante el tribunal a sus tutores y ejecutores testamentarios de su padre, quienes, durante su infancia, se habían comido la considerable fortuna que su padre había dejado en herencia. Se aplicó en esta tarea durante cierto tiempo y, aunque no obtuvo nada de los bienes de su padre, llegó a ser en cambio un experto en elocuencia, por lo que decidió intervenir en las asambleas públicas de su ciudad.

Al principio su elocuencia no fue verdaderamente apreciada; podían apreciarse algunos defectos en sus discursos, ya sea en los aspectos naturales relativos a la voz, al acento y a la desigualdad de la respiración, o en los aspectos técnicos concernientes a la composición y la expresión. Pero gracias a los ánimos y a las exhortaciones de los amigos, suprimió todos estos defectos con grandeza de alma y muchos esfuerzos. Se marco un tiempo de preparación y espera y se aplicó en solitario a la práctica del discurso. Para corregir su acento, se metía piedras en la boca y recitaba versos en voz alta. Para reforzar su respiración, corría por cuevas arriba o recitaba con una sola aspiración largos poemas. Declamaba ante un espejo a fin de ver su fisonomía y corregir sus expresiones y sus gestos. Perseveró en el entrenamiento y el ejercicio hasta llegar a ser uno de los más grandes oradores del mundo.

69 - El fruto de un viaje a Taef

Abu Tálib, el tío del Profeta (PBd) y Jadiya, su benevolente esposa, dejaron este mundo en un breve intervalo de días. El Profeta (PBd) perdió así en muy poco tiempo su mejor apoyo y defensor en la sociedad, es decir su tío Abu Tálib y a su compañera en el hogar y quien mejor le reconfortaba y animaba en su misión, Jadiya.

El fallecimiento de Abu Tálib costó caro al Profeta (PBd), pues permitió que los Quraish pudieran incrementar su acoso sobre él. Pasados apenas unos días del fallecimiento de Abu Tálib, mientras pasaba por una calle, le volcaron sobre la cabeza un recipiente lleno de inmundicias. Entró en su casa completamente sucio. Una de sus hijas, Fátima (P) la más joven, corrió hacia él y le lavó la cara y el cabello. El Profeta (PBd) pudo ver entonces que ella estaba llorando

-¡Hijita mía! -le dijo- no llores y no te preocupes. Tu padre no está sólo, Dios es su defensor.

Poco después de este asunto, el Mensajero dejó la Mecca en solitario y, con el propósito de invitar al Islam a la tribu de Saqif, se dirigió a Taef, ciudad de renombre por su agradable clima, que había hecho de ella un lugar de descanso par los ricos y opulentos comerciantes pues se encontraba situada a poca distancia al sur de la Mecca.

No había nada que esperar de las gentes de Taef. Los habitantes de esta ciudad opulenta tenían la misma mentalidad que los mequinenses que vivían en la vecindad de la Kaaba y llevaban una vida cómoda ofreciendo limosnas a los ídolos.

Pero el Profeta (PBd) no era hombre que cediese a la desesperanza, el desánimo y las dificultades. Para conquistar a un hombre de corazón, para atraer un ser apto, estaba dispuesto a afrontar las más grandes dificultades.

Entró pues en la ciudad y escuchó de las gentes de Taef las mismas frases que había escuchado con anterioridad de boca de los mequinenses.

-¿No se encuentra en la tierra, le dijo uno, ninguna otra persona para que Dios haya tenido que elegirte a ti?.

- Si tú eres el Profeta (PBd) de Dios, yo he robado el revestimiento de la Kaaba -le dijo otro-

- No estoy dispuesto por nada del mundo a intercambiar una palabra contigo -añadió un tercero-.

Todos en Taef le trataron de la misma manera....No solamente no aceptaron la invitación del Profeta (PBd) al Islam, sino que, temiendo que se encontrasen por aquí o por allá gentes que escuchasen sus palabras, incitaron a un cierto número de niños, golfos y granujas para que lo expulsasen de Taef con insultos y pedradas. El Profeta (PBd) se alejó de la ciudad cubierto de heridas y llegó junto a un jardín situado fuera de Taef perteneciente a Utbah y Sheyba, dos ricos Quraish que justamente se encontraban presentes. Habían sido testigos, de lejos, de los acontecimientos, y se alegraron en su corazón de este incidente.

Los niños y los granujas se volvieron. El Profeta (PBd) se sentó a la sombra de las viñas, lejos de Utbah y Sheyba, para descansar un instante. Estaba solo, solo con Dios. Dirigiéndose humildemente a el Todopoderoso dijo:

- ¡Dios mío!. Me quejo ante ti de mi debilidad y de mi impotencia, de la ausencia de una vía de protección, de la chanza y de la burla de la gente. ¡Oh Tú!. El más Generoso de los generosos. Tú eres el Dios de los siervos y despreciados. Tú que eres mi Dios, ¿A quién me abandonas?. ¿A un extranjero que me

Anecdotalario

reprueba, a un enemigo al que Tú has dado la superioridad sobre mí? Dios mío, si esto que me ha llegado no proviene ni de lo que yo haya cometido ni de Tu enojo hacia mí, no tengo ningún temor. Me refugio en la Luz de Tu Esencia, por la cual son esclarecidas las tinieblas y han sido concebidos los asuntos de aquí abajo y del más allá. Estoy satisfecho de lo que acontece a fin de que Tú estés satisfecho de mí. No hay en el mundo ningún poder, ninguna transformación, ninguna energía si no es de Ti y por Ti..

Aunque Utbah y Sheyba se alegraban de la desgracia del Profeta (PBd), en consideración al vínculo tribal, ordenaron a Edas, el esclavo cristiano que les acompañaba, que llenase un cestillo con uvas y fuese a dejarlo ante aquel hombre sentado bajo la sombra de las viñas, volviendo rápidamente.

Edas le llevó el racimo, lo dejó y dijo: «¡Come!». El Profeta (PBd) tendió la mano y antes de introducir un grano en su boca, pronunció la frase “*Bismillahi ar Rahamani ar Rahim*” (En el nombre de Dios El Clemente, El Misericordioso).

Edas no había escuchado jamás estas palabras hasta ese momento.

- Esta frase no es corriente entre los hombres de esta región - dijo observando atentamente la fisonomía del Profeta (PBd)-.

-¿De dónde eres originario y cuál es tu religión? -preguntó el Profeta (PBd)-.

- Soy originario de Neynawa (Nínive) y soy cristiano.

-¿Originario de Neynawa, patria de la virtuosa criatura de Dios que era Iunus Ibn Mata?.

-¡Es sorprendente!. Tú, en este lugar y entre esta gente, ¿De qué conoces entonces el nombre de Iunus Ibn Mata?. En Neynawa mismo, cuando vivía allí, no se encontraban ni diez personas que supieran que el nombre del padre de Iunus era

Mata!

- Inus es mi hermano, él era un profeta de Dios, como yo - respondió el Profeta (PBd)-.

Utbah y Sheyba observaban de lejos como Edas permanecía respetuosamente de pie ante el Mensajero de Dios y era evidente que estaba hablando con él. Sintieron desfallecer su corazón, pues temían más que cualquier cosa el trato de la gente con el Profeta (PBd). En un momento dado vieron que Edas caía de rodillas tierra y besaba la cabeza, las manos y los pies de Enviado de Dios.

- ¿Has visto? -dijo uno al otro-. ¡Ya ha contaminado al pobre esclavo!.

70 -Abu Ishaq el sabeo

Abu Ishaq As-Sabí se contaba entre los sabios y escritores célebres del cuarto siglo de la Hégira. Fue *Kateb* (escriba) durante cierto tiempo en la corte del califa abbásida de entonces, después en la corte de Ozzol Dawlah Bajtiar (del linaje de Bouyeh). Abu Ishaq era de religión sabea, y reconocía el principio monoteísta pero no admitía el de la profecía. Ozzol Dawlah se esforzó en varias ocasiones para convencerle de abrazar el Islam, pero en vano. Sin embargo, en el mes de Ramadán, Abu Ishaq ayunaba por respeto a los musulmanes y conocía de memoria varios versículos del Corán, que citaba a menudo en sus cartas y escritos.

Erudito, escritor, hombre de letras y poeta, estaba unido por amistad con Sayyid Al-Sharif Ar-Radi, que era un sabio y literato de genio. Abu Ishaq murió hacia el año 384 de la Hégira, y Sayyid Ar-Radi recitó en sus funerales un poema sublime del que reproducimos algunos versos:

“¿Has visto qué personalidad ha sido transportada sobre las planchas del cortejo?.

Y ¿has observaste cómo se ha apagado la antorcha de la asamblea?.

Una montaña se ha hundido que, si lo hubiera hecho en el mar, habría desencadenado una tempestad espumeante en su superficie.

Yo no hubiera creído, antes que la tierra te abrazase, *que pudiesen ser sepultadas las inmensas montañas*”.

Ciertos espíritus limitados hicieron al Sayyid reproches y críticas, pretendiendo que no era conveniente que un hombre como él, del linaje del Profeta (Pb) recitara una oración fúnebre por un hombre sabeo que había rehusado el Islam, y expresara pena por su muerte.

- Es por la ciencia y saber que poseía por lo que he recitado para él una oración fúnebre - dijo el Sayyid-. En verdad, ¡Es por tu ciencia y por tu preeminencia que te he recitado esta oración fúnebre!.

71 - En busca de la verdad

La pasión por la verdad y el acceder a la fuente de la certeza no dejaban en paz a Onwan al-Basir. Recorrió así largas distancias, y llegó a Medina que era el centro de propagación del Islam y de reunión de jurisperitos y de narradores de hadices. Al llegar se dirigió junto a Malek Ibn Anas, narrador de hadices y jurisperito célebre de Medina.

Malek, como de costumbre, relataba hadices del Profeta (PbD) y algunas gentes los anotaban. Onwan al-Basir, al lado de otros alumnos de Malek, se aplicó también a la narración, la transmisión y recopilación de enunciados de *hadiz* y a la memorización de sus referencias, es decir, el nombre de los transmisores del *hadiz*, con la esperanza de poder, quizás por este medio, apagar su sed interior...

En aquella época, el Imam As-Sadeq (P) no estaba en Medina. Cuando volvió tras algún tiempo, Onwan al-Basir decidió asistir también a las enseñanzas del Imam As-Sadeq (P). Pero, buscando en realidad atizar su deseo por el conocimiento, el Imam se desentendió de él y no le prestó atención. En respuesta a su solicitud le dijo:

- Soy un hombre ocupado, y además tengo dhikrs y oraciones que hacer de día y de noche. No me robes el tiempo y no me molestes. Vuelve a los cursos de Malek como al principio.

Estas frases de rechazo alcanzaron el cerebro de Onwan como un martillazo. Se disgustó consigo mismo diciéndose:

Si hubiera visto en mí alguna luz, alguna aptitud y disposición, no me habría despedido de esa manera. Con el corazón en un puño, entró en la mezquita del Profeta (PBd), le saludó y después se fue a su casa lleno de tristeza.

Al día siguiente, al salir de su casa, se dirigió directamente a la tumba del Profeta (PBd). Hizo dos *rakat*⁹ de oración y después abrió su corazón a Dios diciendo:

- ¡Oh Dios! que eres el Maestro de todos los corazones. Te ruego vuelvas el corazón de Ya'far Ibn Muhammad benevolente hacia mí, y que yo pueda disfrutar de su solicitud y de aprovechar de su ciencia, a fin de que encuentre Tu camino recto.

Tras esta oración y esta invocación, volvió directamente a su casa sin ir a ninguna parte. Sentía crecer hora tras hora su interés y su afecto por el Imam As-Sadeq (P), y es por ello que sufría aún más su rechazo. Un gran sufrimiento le encerró en su casa, y no salía de ella más que para cumplir la oración. No había solución. Por una parte, el Imam le había dicho claramente que no le importunara y por otra parte su aspiración y su amor estaban tan exaltados que no pensaba en otra cosa que en él.

Su dolor y su aflicción aumentaron. Estaba al límite. No pudiéndose tranquilizar, se vistió y se calzó y se fue a llamar a la puerta del Imam. Un servidor acudió a abrir la puerta y le preguntó:

-¿Qué es lo que deseas?.

- Solamente quisiera saludar al Imam -respondió-.

El servidor marchó y no tardó en volver

- Entra, te lo ruego -le dijo-.

Onwan entró pues, y saludó al Imam, que respondió a su saludo con amabilidad.

- ¿Cuál es tu sobrenombre? -le preguntó-.

Anecdótico

- *Abu Abdullah* -respondió Onwan-

- *¡Que Dios te preserve el mérito de este sobrenombre¹⁰ y te conceda el éxito!*

El escuchar este *dua* llenó a Onwan de alegría y gozo.

- *No sacaré de esta entrevista otro provecho que este dua, -se dijo- pero esto me basta.*

-*¿Cuál es tu problema?. ¿Qué es lo que quieres?* -le preguntó el Imam-

- *He rogado a Dios que vuelva tu corazón benevolente hacia mí y que me permita aprovechar de tu ciencia. Espero que escuche mi ruego.*

-*¡Oh Abu Abdullah!, el conocimiento de Dios y la luz de la certeza no se adquieren llamando a tal o tal puerta, ni por las idas y venidas y los va y ven detrás de tal o cual persona* -le respondió el Imam-

- *Ningún otro puede darte esta luz, esta ciencia no es una lección, es una luz que Dios, cada vez que quiere guiar a una criatura, hace entrar en su corazón. Si aspiras a un tal conocimiento y a una tal luz, rebusca en el interior de tu propio espíritu la verdad de la sumisión a Dios y encuéntrala en ti mismo. Rebusca la ciencia por la vía de la acción. Requírela de Dios, que Él inspirará a tu corazón...*

72 - El buscador de certeza

A través de todo el reino Selyúcida, las academias de Bagdad y de Nishabour brillaban como dos estrellas rutilantes. Los amantes de la ciencia y los buscadores de saber acudían hacia una de estas dos grandes universidades. La presidencia y la alta cátedra de enseñanza de la academia de Nishabour eran asumidas entre los años 450 al 478 por Abul-Ma'ali Imam ul-Haramain. Cientos de jóvenes estudiantes interesados seriamente en el conocimiento se dirigían a este centro de enseñanza.

Entre todos los alumnos de Imam ul-Haramain, tres jóvenes dotados y entusiastas llamaban la atención y habían adquirido cierto renombre: Muhammad Al-Ghazali, Toussi, Kiahraasi y Ahmad Ibn Muhammad Khawafi.

Las palabras de Imam ul-Haramain acerca de estas tres personas circulaban de boca en boca:

- Al-Ghazali es un mar agitado, Kiahraasi un león feroz y Khawafi un fuego ardiente.

De estas tres personas, Muhammad Al-Ghazali aparcería como el más eminente y el más apto, por lo que era la esperanza del centro de enseñanza religiosa de Nishabour en aquella época.

Imam ul-Haramain desapareció en el año 478 de la Hégira. Al-Ghazali, a quien en adelante no se le conoció igual, decidió colocarse al lado del sabio ministro selyúcida, Kawech Nezam-ol-Molek. Toussi, cuyas clases eran una asamblea de letrados y sabios. Allí gozaba de respeto y consideración. En las controversias y las

Anecdótico

discusiones, vencía a todos sus iguales. En eso, la presidencia en la academia de Bagdad quedó vacante y se esperaba un profesor a la altura que pudiese asumir la enseñanza. No había lugar a dudas, no se podía encontrar una personalidad más adecuada que este joven genio que acababa de llegar del Jorasán. En el año 484 de la Hégira. Al-Ghazali entró en Bagdad con gran pompa y se estableció en la presidencia de la universidad.

Accedió Al-Ghazali con ello a los más altos rangos científicos y espirituales de aquel tiempo. Estaba considerado como el mayor sabio de la época y la máxima autoridad religiosa, e intervenía en los asuntos importantes del momento. Al-Mogtader bil lah, el califa de entonces, y tras él Al-Mostazher bil Lah, le mostraban un gran respeto. Lo mismo que Hálek, el gran soberano del Irán selyúcida, y Jawayeh Hezamol Molk Toussi, su ministro erudito y poderoso, quien le manifestaba el mayor respeto y solicitud.

Al-Ghazali había llegado al apogeo de su esfuerzo y no había rango que no hubiese obtenido. Pero, aunque reinaba en supremacía científica y espiritual y los otros deseaban su disposición, en el interior de su espíritu se encendió una llama que durante toda su existencia brilló más o menos vigilante y que consumió de un golpe la cosecha de su existencia, de su rango y de su gloria.

Durante todo el periodo de sus estudios, Al-Ghazali sintió en él un sentimiento misterioso que le reclama quietud, certeza y seguridad, pero la situación de preeminencia sobre sus iguales, el renombre y los honores no dejaban ocasión a este sentimiento de hacerse realidad y desarrollarse. Fue, después de alcanzar la cima del reconocimiento mundano y quedar saciado cuando comenzó a desarrollarse su sentimiento de curiosidad y de búsqueda de la verdad. Se dio cuenta que sus análisis y razonamientos, que vencían y convencían a los demás, no llenaban su propio espíritu curioso y sediento. comprendió que la enseñanza y los estudios, el debate y el razonamiento no bastan, y que el viaje espiritual, el esfuerzo y la piedad son necesarios. La borrachera, se dijo, no proviene del nom-

bre del vino, ni la hartura del nombre del pan, ni la cura del nombre del remedio. La quietud, la certeza y la seguridad no provienen tampoco de las controversias y entretenimientos acerca de la verdad y la felicidad. La verdad ha de ser auténtica y esto es incompatible con el amor a la gloria, el nombre y los honores.

Un sorprendente conflicto se desencadenó en él. Era un mal del que nadie estaba al corriente más que él mismo y su Dios. Este conflicto se alargó durante seis meses de una manera penosa y se intensificó de tal forma que le privó del sueño y del apetito. No perdió la palabra y sin embargo ni tan siquiera era capaz de enseñar ni dialogar. Cayó enfermo y aparecieron problemas en su aparato digestivo. Los médicos le examinaron y le diagnosticaron un mal espiritual. Todas las vías de la salud estaban cerradas. No había otra salvación más que Dios y la verdad. Rogó a Dios que le socorriese y le librase de este conflicto. No era cosa fácil. Por una parte, este sentimiento misterioso obraba con intensidad y parecía, por otra parte, difícil el renunciar a toda aquella gloria, grandeza, respeto y popularidad.

Pero llegó un momento en que todo este fasto decayó ante sus ojos. Entonces decidió renunciar a su gloria y a su rango. No dijo una palabra a nadie, por miedo a que la gente se lo impidiese y dejó Bagdad con el pretexto de un viaje a Mecca, pero cuando se hubo alejado una cierta distancia y la escolta de despedida se volvió, desvió su camino en dirección a Siria y Beit-ul-Moqaddás.

Para que nadie le reconociese y le molestase en su andadura interior, se vistió las ropas de los derviches. Prosiguió su viaje a través del mundo y las almas, hasta que encontró lo que quería: certeza y paz interior. Su periodo de meditación, soledad y ascetismo duró diez años.

73 - El sediento portador de agua

Era el fin del verano y el calor castigaba con rigor. El hambre y las necesidades habían hecho presa de la gente de Medina. Era entonces la época de la recolección de dátiles y justo entonces la gente comenzaba a disfrutar de una ligera mejoría en su condición, cuando el Profeta (PBd), a causa de las alarmantes noticias anunciado que los romanos amenazaban el territorio islámico por el Noroeste, dio la orden de movilización general.

Los medinenses habían atravesado un periodo de hambre y dificultades y querían beneficiarse de los frutos frescos. No era pues nada fácil el renunciar a ellos y a la sombra fresca y tomar el largo camino de Medina a Siria bajo aquel calor mortal.

La situación era totalmente propicia para las conspiraciones de los impostores e hipócritas, pero ni el calor, ni el temor al hambre, ni las conspiraciones de los impostores pudieron impedir el establecimiento y la salida de un ejército de treinta mil hombres para hacer frente a un eventual ataque de los romanos.

Cuando formaron en el camino del desierto, el sol caía de pleno sobre sus cabezas. No tenían ni monturas ni víveres en cantidad suficiente y el peligro que eso representaba y la intensidad del calor no era menor que el peligro del enemigo. Algunos de fe débil, cambiaron de opinión durante el camino. De repente, un hombre llamado Ka'ab Ibn Málík dio media vuelta y se volvió a Medina.

- *¡Oh Enviado de Dios!* -dijeron los compañeros al Profeta (PBd)- *¡Ka'ab Ibn Málík se ha vuelto!*.

- *Dejadle pues* -respondió- *Si hay algo de bien en él, Dios os lo devolverá en breve y si no lo hay, entonces Dios os habrá librado del mal que hay en él.*

Poco más tarde, los compañeros dijeron:

- *¡Oh Enviado de Dios!. Mararat Ibn Rabi se ha vuelto también!.*

- *Dejadle pues* -repitió el Profeta (PBd)-. *Si hay algo de bien en él, Dios os lo devolverá en breve y si no lo hay, entonces Dios os habrá librado del mal que haya en él.*

Los compañeros no tardaron en volver a decirle:

-*¡Oh Enviado de Dios!. ¡Hilal Ibn Omeyah se ha vuelto también!. -y el Profeta (PBd) les repitió la misma frase que les había dicho en las ocasiones anteriores-*.

En ese momento el camello de Abu Dhar, que acompañaba la caravana, dejó de avanzar. Abu Dhar, a pesar de todos sus esfuerzos, no llegó a alcanzar la caravana. De repente, los compañeros se dieron cuenta de que Abu Dhar también se había quedado atrás.

- *¡Oh Enviado de Dios!* -le dijeron- *Abu Dhar, también se ha vuelto atrás Y el Profeta (PBd) volvió a repetir con calma:*

- *Dejadle, pues. Si hay algo de bueno en él, Dios lo reunirá con vosotros, y si no lo hay, entonces Dios os habrá librado del mal que haya en él.*

Abu Dhar intentó por todos los medios que el camello alcanzase a la caravana, pero fue en vano. Descendió de la montura, cargó sobre sus espaldas el equipaje y retomó a pie la ruta. El sol caía duro sobre su cabeza y jadeaba de sed. Pero se había olvidado de él mismo y su sólo propósito era reunirse con el Profeta (PBd) y con sus compañeros.

Mientras avanzaba así, distinguió una nube en el cielo que parecía indicar que había llovido en aquella dirección. Se desvió de

Anecdotalario

su camino hacia ese lado y llegó hasta donde una piedra con una hendidura en la que había recogida un poco de agua de lluvia. Iba a sorber un poco de ella, pero se abstuvo de beberla. Un pensamiento acudió a su mente, se dijo:

- Será mejor que lleve este agua conmigo y se la de al Profeta (PBd) en el caso de que, Dios no lo quiera, tenga sed y no tenga agua para beber.

La recogió en un odre que llevaba y que puso a sus espaldas con el resto de su equipo. Sufrió el rigor del sol, los pulmones ardientes; su mirada se posó en la mancha negra que formaba a lo lejos el ejército de los musulmanes. Su corazón palpité de alegría y aceleró el paso.

Del otro lado, uno de los musulmanes distinguió también a lo lejos una mancha negra que avanzaba hacia ellos.

- ¡Oh Enviado de Dios! -dijo al Profeta (PBd)- Parece que un hombre viene hacia nosotros desde lejos.

- Sospecho que es Abu Dhar -respondió el Profeta (PBd)-.

La mancha negra se aproximó, un hombre gritó:

- ¡Por Dios, claro que es él, es Abu Dhar!.

- Que Dios absuelva a Abu Dhar -dijo el Profeta (PBd)- camina solo, vivirá solo y morirá solo, y será resucitado solo.

El Profeta (PBd) recibió a Abu Dhar y le descargó de su equipo que dejó en el suelo. Abu Dhar desfallecía de cansancio y de sed.

- Que traigan agua para Abu Dhar -ordenó el Profeta (PBd)- viendo sus labios agrietados.

- Tengo agua conmigo -dijo Abu Dhar-.

-¿¡Levabas agua contigo y no la has bebido!?! -se sorprendió el Mensajero-.

Ayatullah Morteza Mutahari

-¡Oh Enviado de Dios!, he pasado ante una piedra con una hendidura en la que he visto agua fresca y sabrosa. La he saboreado un poco y me he dicho: No beberé de este agua a fin de que beba de ella el enviado de Dios, mi bien amado.

74 -Represalias

Abdul Malek Ibn Marwan dejó este mundo en el año 86 de la Hégira tras veintiún años de reinado despótico. Le sucedió su hijo Walid quien, para reducir el descontento popular, decidió efectuar una reforma en el aparato califal y en el comportamiento con el pueblo. Se dedicó en particular a atraer la atención de los habitantes de Medina, que era una de las dos ciudades santas de los musulmanes y el hogar de los descendientes de los compañeros del Profeta (PBd) y de los sabios de la jurisprudencia y del *hadiz*. Para ello destituyó a Hisham Ibn Ismail Majzouni, suegro de Abdul Malek, que había sido anteriormente gobernador de Medina y había ejercido sobre ella su tiranía y a quien toda la gente odiaba y deseaban ver destituido.

Hisham había sometido a los medinenses a la opresión y a las ofensas. Había hecho dar setenta latigazos a Sa'id Ibn Mossayeb célebre narrador de hadices y respetado por las gentes de Medina, por haberse abstenido de darle juramento de obediencia, después lo había hecho vestir con una ropa grosera y dar así la vuelta a la ciudad, montando en un camello. Con respecto a la familia del Imam 'Ali (P) y en particular del más eminente de los suyos, el Imam 'Ali Ibn Husein Zain-ol-Abidin (P), había mantenido peor conducta todavía que con respecto a los demás.

Walid destituyó pues a Hisham y nombró en su lugar como gobernador de Medina a Umar Ibn AbdulAziz, su joven primo, que tenía reputación de equitativo y tener buena voluntad. Para que las gentes desahogasen su corazón, Umar ordenó que Hisham Ibn Ismail

fuese custodiado ante la casa de Marwan Ibn al-Hakám y que cualquiera que hubiese sufrido su mal hacer viniese a vengarse y dar justicia a su corazón. La gente venía por grupos y le injuriaban y maldecían.

Hisham, estaba alarmado más que nada de la revancha del Imam Zain ul Abidin y de los descendientes del Imam ‘Ali.

- La venganza de ‘Ali Ibn Husein -se decía- por toda la opresión, los insultos y las maldiciones hacia sus eminentes padres que han sufrido de mí, no será menos que la muerte.

Pero, muy al contrario, el Imam dijo a los descendientes de ‘Ali:

- No es nuestra costumbre dar una patada al hombre caído ni vengarnos del enemigo después de que ha sido derrotado o debilitado. Nuestra ética nos llama, por el contrario, a prestar ayuda y socorrer a aquellos que han caído.

Cuando el Imam fue, junto a una gran multitud de descendientes de ‘Ali hacia Hisham Ibn Ismail, la tez de este último, palideció. Esperaba en cualquier momento la muerte. Pero contrariamente a lo que esperaba y como es costumbre cuando un musulmán se encuentra con otro, el Imam le dijo con voz fuerte: “As-salamAlaikum” y le dio la mano. Si puedo serte de alguna ayuda, estoy a tu entera disposición - añadió después, compadeciéndose de su suerte.

Las gentes de Medina, después de contemplar tan notable proceder, no volvieron a molestar a Hisham iben Ismail.

75 - El hombre desconocido

La pobre mujer había cargado el odre de agua sobre su espalda y se volvía para su casa suspirando profundamente, cuando se cruzó con un desconocido que le tomó el odre y lo cargó sobre su propia espalda. Los hijos pequeños de la mujer, en el interior de la casa, con los ojos fijos en la puerta, esperaban la vuelta de su madre. La puerta se abrió y la vieron llegar en compañía de un extraño que llevaba el odre de agua en su lugar. El hombre dejó el odre en el suelo y preguntó a la mujer:

- *¿Cómo es que te has quedado sola?. Pues es evidente que estás sin marido cuando sacas agua del pozo tú misma.*

- *Mi marido era soldado. 'Ali Ibn Abu Tálib. Lo envió a una de las fronteras donde fue muerto. Heme pues aquí sola con varios niños pequeños.*

El desconocido no dijo nada más. Bajando la cabeza, pidió permiso y se fue, pero aquel día el recuerdo de esta mujer y de sus hijos no se apartaba de su mente ni por un instante. Llegó la noche y no pudo dormir con un sueño tranquilo. Al amanecer, llenó un cesto con carne, harina y dátiles y se dirigió a la casa de la víspera. Llamó a la puerta.

- *¿Quién eres?* -preguntó la mujer-

- *Soy la misma criatura de Dios que te llevó ayer el odre de agua. He traído por el momento un poco de comida para los niños.*

- *Que Dios esté satisfecho de ti y que Él mismo juzgue entre*

nosotros y 'Ali Ibn Abu Tálib.

La puerta se abrió y el extraño entró.

- *Quisiera ayudaros -dijo-. Si lo permites, me encargaré de hacer la masa y de poner a cocer el pan, o bien de cuidar a los niños.*

- *Muy bien -dijo la mujer- yo me ocuparé de hacer la masa y poner a cocer el pan. Cuida pues los niños hasta que haya terminado la cocción del pan.*

Mientras la mujer preparaba la masa, el desconocido asó la carne que había llevado y con su propia mano, se la fue dando de comer a los niños con los dátiles.

- *¡Hijo mío!. Perdona a 'Ali Ibn Abu Tálib que ha faltado a su deber con vosotros -decía a cada bocado que daba a uno de ellos-.*

Cuando la pasta estuvo preparada, la mujer llamó al hombre:

- *¡Criatura de Dios!. Enciende este horno. El desconocido fue a encender el fuego. Cuando las llamas se elevaron, aproximó su cara al fuego, murmurando para sí:*

- *Prueba el calor del fuego, pues este es el castigo de aquel que falta a su deber hacia las viudas y los huérfanos.*

En ese momento entro a la casa una de las vecinas y reconoció al desconocido.

- *¡Que Dios tenga misericordia de mí! -dijo a la mujer- ¿¡Aca-so no conoces a este hombre que has tomado por ayudante! ?. ¡Es Amir al-Mu'minín, 'Ali Abu Tálib!.*

La mujer se acercó a él y dijo:

- *Mil veces vergüenza para mí!. Te ruego queme excuses por mi falta de respeto.*

- *Más bien soy yo quien te presenta excusas por haber faltado a mi deber hacia ti -fue la respuesta de 'Ali a la mujer viuda-.*

Notas:

- 1 La Mezquita de Medina, en el albor del Islam, no estaba reservada exclusivamente al cumplimiento de la prescripción divina de la oración: constituía el centro de actividades y movimientos religiosos y sociales de los musulmanes. Cada vez que una asamblea se hacía necesaria, se solicitaba la presencia de la gente en la mezquita, donde eran informados de toda novedad importante; así mismo toda decisión recientemente tomada les era anunciada.

Durante el tiempo que permanecieron en la Meca, los musulmanes fueron privados de toda libertad y de actividades sociales, no pudiendo cumplir libremente sus prácticas ni sus prescripciones religiosas, ni recibir sus enseñanzas religiosas. Ésta situación duró hasta que el Islam penetró en otro punto sensible de Arabia, *Yatreb*, que se hizo célebre más tarde bajo el nombre de *Madinat-al-Nabi* (La ciudad del Profeta (PBd)). Por iniciativa de sus habitantes y conforme al pacto que concluyeron con el Profeta (PBd), éste emigró allí y los otros musulmanes, poco a poco, emigraron a su vez. Es también a partir de este momento que los musulmanes adquirieron libertad de acción. Lo primero que hizo el Profeta (PBd) tras su emigración a Medina fue elegir un terreno sobre el cual, con la ayuda de sus amigos y compañeros, edificó la famosa mezquita.

- 2 Manera coránica de llamar a los judíos, cristianos y zoroastrianos.
- 3 Siria fue conquistada bajo el califato de Umar (segundo califa del Islam). La primera persona a quien fue dada la autoridad y el gobierno de Siria fue a Yazid Ibn Abu Sufián, que murió tras dos años de reinado. El gobierno de esta provincia rica en recursos fue confiada a continuación a su hermano Mu'awiah Ibn Abu Sufián, quien la gobernó durante veinte años enteros con una influencia y una autoridad extremas. Incluso bajo el califato de Umar, cuando los gobernadores eran con frecuencia nombrados y destituidos a su vez, y cuando nadie estaba autorizado a tener bajo su mano durante muchos años el gobierno de una misma región y hacerse su sitio, Mu'awiah se ancló en su jefatura y nadie le molestó. Se afirmó tanto en su plaza que pensó finalmente proclamarse califa. Alcanzó sus fines tras veinte años de gobierno como consecuencia de las sangrantes escenas que suscitó y reinó durante otros veinte años sobre Siria y sobre las otras regiones del vasto territorio islámico de la época. Así, desde el primer día en que abrieron los ojos al mundo del Islam, los sirios se educaron bajo la manumisión de los Omeyas. Como sabemos, los Omeyas tenían una antigua hostilidad contra los Hashemitas. Con la aparición del Islam y los hechos posteriores, esta hostilidad se intensificó y se reforzó, centrándose en la línea de 'Ali. Por consecuencia, a partir del momento en que los sirios escucharon pronunciar el nombre de Islam y se adhirieron a él, adoptaron igualmente la enemistad hacia la línea de 'Ali, enemistad que la propaganda insidiosa de los Omeyas les había llevado a considerar parte de los principios religiosos. Es por ello que eran famosos por estas actitudes.

Ayatullah Morteza Mutahari

- 4 Batalla que 'Ali (P) libró contra los Jawarich, el grupo de los que rompieron su juramento de fidelidad al califa en la batalla de Siffin y que terminaron enfrentándose con todos los que no compartían sus ideas, por no considerarlos musulmanes.
- 5 Hacia el principio del segundo siglo de la Hégira, emergió en el seno de los musulmanes, un grupo en el que los miembros se decían ascetas o sufíes. Tenían un modo de vida particular e invitaban a los demás a imitarles, haciendo creer que tal es la vía de la religión. Pretendían que hay que buscar el alejarse de los beneficios de este mundo, que el hombre piadoso no debe llevar buen vestido, ni comer comidas deliciosas, ni habitar una casa lujosa. Si veían a otros hacer uso de estos bienes, les despreciaban y reprendían violentamente, llamándoles gente mundana y apartada de Dios. La crítica dirigida por Sufián al Imam As-Sadeq revela este mismo modo de pensar. Esta manera de pensar y de vivir tenía antecedentes en el mundo. Existía en Grecia y en la India, e igualmente, más o menos, en toda la tierra. Apareció también en el seno de los musulmanes, y se le confirió un cariz religioso. Se perpetuó a través de las generaciones siguientes y adquirió una influencia sorprendente. Puede decirse que nació así una escuela particular de pensamiento en el seno de la comunidad islámica, cuyo efecto directo era la falta de respeto a los principios de la vida, y la dejadez en los trabajos, y que tuvo influencia en el declive y el retraso de los países islámicos.

La influencia de esta escuela de pensamiento no se efectuó únicamente dentro de los grupos que fueron oficialmente designados bajo el nombre de «*suffies*»: la propagación de este modo de pensamiento particular bajo el nombre de ascetismo, de piedad y de anacoretismo no fue menor en el seno de otras clases y grupos religiosos islámicos que incluso se hacían y hacen pasar por anti-sufíes. Así mismo puede decirse que todos los que fueron llamados sufíes no poseían este modo de pensamiento. No hay ninguna duda que hay que considerar este modo de pensamiento como un tipo de enfermedad social, una enfermedad peligrosa que provoca la parálisis mental de la sociedad, y hay que combatirla. Lamentablemente ninguno de estos combates que fueron y son llevados bajo este título son combates contra esta enfermedad, es decir; esta manera de pensar. Si no que se trata de combates contra nombres, palabras, individuos y personalidades, y en ocasiones son combates para arrebatar puestos mundanos, y numerosos son aquellos que combaten el sufismo sufriendo ellos mismos esta enfermedad y que, de hecho, son agentes de su propagación. O bien aquellos que a causa de su ignorancia y de su falta de discernimiento, toman por blanco una serie de pensamientos grandiosos y sutiles que son obras maestras de la humanidad y a los que tienen acceso muy pocos.

El combate contra el sufismo debe revestir la forma de un combate contra esta enfermedad y este modo de pensamiento tal como lo enuncia el texto del *hadiz* del Imam As-Sadeq (P) al respecto. Es necesario que este combate se libere allá donde se encuentre, sea cual sea la colectividad que la divulgue y bajo el nombre que sea.

El discurso del Imam aportado en este relato es el discurso más completo que existe a propósito de la refutación de un modo de pensamiento que ha estado

Anecdótico

profusamente propagado. Afortunadamente este discurso ha sido registrado y conservado íntegramente en los libros de hadices.

- 6 La guerra del Yamal tuvo lugar en los alrededores de Basora entre Amir al Muminin de un lado y Aisha, Talhah y Zubair del otro. Se le llamó así por el hecho de que Aisha dirigía el ejército sentada sobre un camello (“*Yamal*”, en árabe, significa camello). Esta guerra fue declarada por Aisha, Talhah y Zubair, inmediatamente después del establecimiento del califato de ‘Ali (P) y a la vista de su conducta equitativa que no concedía privilegios a las clases aristócratas. La victoria recayó sobre el ejército de ‘Ali, después de provocar diez mil muertes
- 7 Malek Ibn Anas Ibn Malek Ibn Abu ‘Amar era uno de los cuatro imames sunnitas e imam de la oración, y de él toma nombre la célebre escuela Maliki. Fue contemporáneo de Abu Hanifah, Shafi fue el alumno de Malek y Ahmad Ibn Hambal alumno de Shafi, los cuatro imames sunnitas.

Su escuela jurídico-religiosa era considerada opuesta a la escuela jurídico-religiosa de Abu Hanifah, pues si ésta estaba basada sobre todo en la opción y el silogismo, la de Malek reposaba por el contrario sobre la tradición y el *Hadiz*. Sea lo que sea, según el relato de Ibn Jalkan en *Wafiyat-ul-Ayan* (Vol. III, pág. 286). Malek en el umbral de la muerte lloraba desconsoladamente, inquieto y angustiado de haber emitido en algunas circunstancias *fatwas* de su propio parecer, y decía:

“¡Ay de mí! Si fuera posible que no hubiera emitido *fatwas* según mi opinión personal, estaría satisfecho de recibir un latigazo por cada uno de estas *fatwas* y ser liberado de estos pecados”.

Mientras Malek estaba en Medina, acudía a menudo junto al Imam As-Sadeq (P) y fue de aquellos que recopilaron hadices. Según el relato de *Bihar Al-Anwar* (Vol. XI, pág. 109), cuando Malek le visitaba, el Imam le testimoniaba benevolencia y demostraba a menudo su afecto por él, y Malek agradecía tales gestos del Imam. El libro *Al Imam As-Sadeq* relata estas frases de Malek:

“A lo largo de un cierto periodo, iba y venía en torno al Imam As-Sadeq (P), al que siempre encontraba orando, ayunando o recitando Corán. Ningún ojo ha visto, ningún oído ha oído, ningún corazón a imaginado alguien más docto que Ya‘far Ibn Muhammad (Imam As-Sadeq) en ciencia, en piedad y en práctica de la religión”.

Y es Malek quien, según el relato de *Bihar*, dijo a propósito del Imam As-Sadeq:

“*Se contaba entre los mayores piadosos y virtuosos, temiendo a Dios y conociendo numerosos hadices. Era sociable y acogedor, y su auditorio era abundante. Cuando escuchaba el nombre del Enviado de Dios, su tez cambiaba de color.*”

- 8 Los abadies forman una de las seis ramas cismáticas. Como sabemos, los cismáticos (Jawarich) se manifestaron en primer lugar durante el incidente de Siffin, cuando un cierto número de compañeros de ‘Ali (P) se sublevaron y levantaron contra él. Este grupo, de una parte apoyándose en el Islam y mos-trándose por otra parte ignorante y fanático, se cuenta entre los colectivos más

Ayatullah Morteza Mutahari

peligrosos que aparecieron en el seno de los musulmanes y que importunaban permanentemente al gobierno de la época. Los cismáticos se coligaban de manera general contra el gobierno de Imam 'Ali y el de los Omeyas y tenían a los musulmanes por descreídos e idólatras. Consideraban como ilícito todo matrimonio con ellos, no se reconocían el derecho de la heredad y reconocían esencialmente como lícito el verter su sangre y usurpar sus bienes, pues los abadies eran más inmoderados que los otros cismáticos que reconocían el matrimonio con los otros musulmanes, aceptaban así mismo su testimonio y respetaban su vida y sus bienes. El líder de los abadies era un hombre llamado Abdullah Ibn Abadi, que hizo disidencia al final de la dinastía Omeya. Ver *Al-Milal Wal Nihal*. t.I, pág..172.

- 9 “*Rakat*”: Se le dice a la unidad básica o ciclo completo de actos en la oración islámica. La oración no obligatoria consta de dos ciclos o *rakat*.
- 10 “Abu Abdullah” es el sobrenombre de Imam Husein (P).

Índice

Introducción	3
1 - El Profeta Muhammad y los dos círculos de creyentes	7
2 - El hombre que pidió ayuda	8
3 - Petición de un du'a	10
4 - La ligadura de rodillas del camello	11
5 - Un compañero de peregrinación	12
6 - Comida en comunidad	13
7 - La caravana que iba a la peregrinación	14
8 - El musulmán y uno de "La gente del libro" ²	16
9 - El cortejo del califa	18
10 - El Imam Báqer (P) y el hombre cristiano	19
11 - El Profeta (PBd) y el beduino	21
12 - El Imam Husseín (P) y el hombre sirio	23
13 - El hombre que pidió consejo	25
14 - El cristiano y la coraza de 'Ali (P)	27
15 - El Imam Sadiq (P) y un grupo de sufis	29
16 - 'Ali y Assem ibn Ziad	41
17 - El rico y el necesitado	43
18 - El comerciante y el caminante	45
19 - Al-Ghazali y los bandoleros	47
20 - Ibn Sina e Ibn Mascouvieh	49
21 - Recomendación de un asceta	50
22 - En el banquete del califa	52

23 - La oración del 'Id	55
24 - Escuchando la invocación maternal	59
25 - Ante el juez	60
26 - En la comarca de Mina	61
27 - Los levantadores de peso	63
28 - Francamente convertido al Islam	65
29 - En la mesa del califa	68
30 - Quejas de un vecino	70
31 - La palmera datilera	71
32 - En la casa de Umm Salamah	73
33 - Mercado negro	74
34 - El retrasador de la caravana	76
35 - El cordón de la sandalia	79
36 - Hisham y Farasdaq	80
37 - Al Bizantí	83
38 - Aqil, huesped de 'Ali	85
39 - un sueño aterrador	89
40 - En el territorio de los Bani Sa'edeh	90
41 - El saludo de un judío	92
42 - Carta a Abu Dhar	93
43 - Un salario indeterminado	95
44 - ¿Esclavo o libre?	97
45 - En el miqat	99
46 - La carga de palmeras datileras	100
47 - El sudor del trabajo	101
48 - La amistad rota	102
49 - Un insulto	104

50 - El filo del lenguaje	107
51 - Dos compañeros	108
52 - La prohibición sugerida al bebedor	110
53 - La camisa del califa	112
54 - El joven pleno de certeza	113
55 - Los emigrados a Abisinia	115
56 - El trabajador y el sol	121
57 - El nuevo vecino	122
58 - Últimas palabras	123
59 - Nassibah	124
60 - La petición del Mesías	127
61 - Recolección de leña en la estepa	128
62 - Vino en la mesa	129
63 - Escuchando Corán	130
64 - Prestigio popular	131
65 - Los propósitos que reconfortaron a Abu Talib	134
66 - Un estudiante de edad madura	136
67 - El botánico	139
68 - Un buen orador	142
69 - El fruto de un viaje a Taef	143
70 - Abu Ishaq el sabeo	147
71 - En busca de la verdad	149
72 - El buscador de certeza	152
73 - El sediento portador de agua	155
74 - Represalias	159
75 - El hombre desconocido	161
Notas:	163

Anecdotario

Ayatullah Morteza Mutahari